Manual de · / Semiotica Semiotica GENERAL

Jean-Marie Klinkenberg



Klinkenberg, Jean-Marie, 1944-

Manual de semiótica general / Jean-Marie Klinkenberg. — Bogotá : Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2006.

450 p.; 17 cm.

ISBN 958-9029-85-X

1.SEMIÓTICA. I. Tit.

CDD401.41'K688

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano Carrera 4 No. 22-61 – PBX: 242 7030 – www.utadeo.edu.co

Título original:

Précis de sémiotique générale

© De Boeck & Larcier S.A., 1996

Manual de semiótica general Jean-Marie Klinkenberg ISBN: 958-9029-85-X

Primera edición en castellano: agosto de 2006.

Rector: José Fernando Isaza Delgado Director Editorial: Alfonso Velasco Rojas

Diseño y diagramación: Claudia Lorena Domínguez Pabón y

César Fernando Garzón Paipilla

Coordinación editorial: Mateo Cardona Vallejo Traducción original: Gonzalo Baquero Heredia

Supervisión y corrección de estilo de la traducción original:

Mateo Cardona Vallejo y Carolina Salazar Mora

Distribución y ventas: sandra.guzman@utadeo.edu.co

© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. 2006.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de la Universidad.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia Impreso por Panamericana Formas e Impresos S.A.

Contenido

Introduccion	
Convenciones	29
Capítulo I. Objetos y objetivos	31
1. Semiología o semiótica: ¿un objeto propio?	31
2. ¿Semiología o semiótica?	33
2.1. Una disciplina nueva, de unidad incierta, en estado incierto	33
2.2. De lo general a lo particular	35
2.3. Términos afines	37
3. Perspectivas y niveles de estudio	38
3.1. Semiótica general	40
3.2. Semiótica particular	40
3.3. Semiótica aplicada	43
4. Funciones y funcionamiento del signo: una primera aproximación	43
4.1. El signo como sustituto	43
4.2. El signo como huella de un código	45
4.3. El signo como instrumento de estructuración del universo	48
Capítulo II. La comunicación	53
1. Esquema general	53
1.1. El emisor: una entidad teórica	54
1.2. El receptor: otra entidad teórica	55
1.3. El referente: no es una "cosa"	56
1.4. El canal: las limitaciones físicas del signo	57
1.5. El código. Segunda aproximación	58
1.5.1. El código como interfaz	58
1.5.2. Los códigos como lugares de negociación	59
1.5.3. Los mensajes: entrelazamiento de códigos	59
1.5.4. Los códigos: de lo nítido a lo borroso	60
1.6. El mensaje, lugar donde interactuan los otros cinco factores	61
2. Las seis funciones de la comunicación	61
2.1. La función emotiva o expresiva	62
2.2. La función conativa o imperativa	62

2.3. La función referencial	63
2.4. La función fática o de contacto	63
2.5. La función metasemiótica	64
2.6. La función llamada poética	66
2.4. La función fática o de contacto 2.5. La función metasemiótica 2.6. La función llamada poética 3. Crítica del esquema 3.1. Inconvenientes 3.1.1. La plunalidad de los códigos y mensajes en el intercambio 3.1.2. El feed-back 3.1.3. ¿Son funciones bien diferenciadas entre sí? 3.1.4. ¿Existe una jerarquía de las funciones? 3.1.5. Las formas y las funciones 3.1.6. Conclusión: modelo ping-pong y modelo orquesta 7. 3.2. Ventajas 3.2.1. Interés didáctico 3.2.2. Interés didáctico 3.2.2. Interés didáctico 4.1. La información redundancia y ruido 4.1. La información redundancia 4.3.1. Un mecanismo de protección 4.3.2. La interacción de los códigos, la multiplicidad de los canales 4.3.1. Un mecanismo de los códigos, la multiplicidad de los canales 4.3.3. El contexto pragmático, la estructura de los códigos Capítulo III. La significación 1.1. La significación en la comunicación 1.1.1. La comunicación y la significación, dos conceptos independientes 1.1.2. La decisión semiótica 1.1.3. La significación potencial 1.1.4. La significación potencial 1.1.5. Semiótica de la comunicación y semiótica de la significación 9 1.2.1. La significación como condición de la comunicación 9 1.2.1. La significación como condición de la comunicación	
3.1. Inconvenientes	67
3.1.1. La pluralidad de los códigos y mensajes en el intercamb	io 67
3.1.2. El feed-back	68
3.1.3. ¿Son funciones bien diferenciadas entre sí?	69
3.1.4. ¿Existe una jerarquia de las funciones?	70
3.1.5. Las formas y las funciones	70
3.1.6. Conclusión: modelo ping-pong y modelo orquesta	71
3.2. Ventajas	72
3.2.1. Interés didáctico	72
3.2.2. Interés teórico: tipología de las situaciones de comunicado	ción 72
4. Información, redundancia y ruido	79
4.1. La información	79
4.2. El ruido	80
4.3. La redundancia	81
4.3.1. Un mecanismo de protección	81
4.3.2. La interacción de los códigos, la multiplicidad de los cana	ıles 82
4.3.3. El contexto pragmático, la estructura de los códigos	84
Capítulo III. La significación	87
1. Comunicación y significación	87
1.1. La significación en la comunicación	88
1.1.1. La comunicación y la significación, dos conceptos	
independientes	88
1.1.2. La decisión semiótica	89
1.1.3. La significación potencial	89
1.1.4. La significación actual	90
1.2. Semiótica de la comunicación y semiótica de la significación	91
1.2.1. La significación como condición de la comunicación	91
1.2.2. Las semióticas de la significación	92

1.3. Éxito y fracaso de la comunicación	95
2. El sentido y su descripción	96
2.1. El stimulus	98
2.2. El significante	98
2.3. El significado	100
2.4. El referente	101
2.5. Solidaridad de los elementos del signo	101
2.6. Otras representaciones del signo	102
3. ¿De dónde viene el sentido?	104
3.1. Cualidades y entidades	105
3.2. Entidades e interacciones	108
3.3. Percepción y semióticas	108
3.4. El carácter plural y provisorio de las enciclopedias	109
4. Dos modelos de descripción del sentido: diccionario y enciclopedi	a 111
5. Materia, forma, sustancia	114
5.1. La arcilla, la geometría y el ladrillo	114
5.2. Forma y sustancia, expresión y contenido	116
Capítulo IV. La descripción semiótica	119
1. Las gramáticas y sus componentes	120
1.1. Los sentidos del la palabra "gramática"	120
1.2. Los componentes de las gramáticas lingüísticas	121
1.3. Los componentes de una semiótica	123
1.3.1. Reglas que rigen la constitución de las unidades	123
1.3.2. Reglas que rigen la combinación de las unidades	124
1.3.3. Reglas que rigen el uso de las unidades	125
2. La descripción: una cuestión de punto de vista	126
2.1. Tipo vs ocurrencia, lengua vs habla	126
2.2 Etic vs émic	128
2.3. Sincronía vs diacronía	129
3. El principio de oposición	131
3.1. Presentación general	131
3.2. Declinación de la noción de oposición	131
3.3. Complejidad de las relaciones de oposición	133

3.3.1. Un concepto válido en toda la gramática	133
3.3.2. Más allá de la oposición: la conjunción y la disyunción	134
3.3.3. Multiplicidad de los ejes semánticos y libertad de la descripción	134
3.3.4. Oposiciones constitutivas y oposiciones regulativas	135
3.3.5. Carácter inestable de las oposiciones	136
3.4. Oposición y epistemología	137
4. Sistema y código	138
4.1. El sistema	138
4.2. El código	139
4.3. Del código al sistema y viceversa	140
5. Sintagma y paradigma	142
5.1. El sintagma y su funcionamiento	142
5.1.1. Las relaciones sintagmáticas	142
5.1.2. El sintagma	142
5.1.3. Las reglas sintagmáticas	143
5.2. El paradigma y su funcionamiento	144
5.2.1. Las relaciones paradigmáticas	144
5.2.2. El paradigma	145
5.2.3. La estabilidad de las clases. La prototipia	146
5.3. Solidaridades del paradigma y el sintagma	147
5.3.1. Cruzamiento de los ejes sintagmático y paradigmático	147
5.3.2. El sintagma como garante del paradigma	148
5.3.3. Redundancia e isotopía	148
5.4. Códigos y comportamientos sintagmático y paradigmático	150
6. La articulación: funciones y funcionamiento	151
6.1. Funcionamiento: unidades significativas y unidades distintivas	151
6.1.1. Introducción	151
6.1.2. Unidades significativas	152
6.1.3. Unidades distintivas	153
6.1.4. Función distintiva de las unidades significativas	154
6.2. Funciones: rentabilidad, economía, equilibrio	154
6.3. La articulación del plano del contenido	157
6.3.1. Articulación del plano de la expresión, articulación del plano del	
contenido	157

6.3.2. Dos tipos de articulación semántica: articulación	
conceptual y articulación referencial	158
6.3.3. El análisis infinito	160
6.4. Clasificación de los códigos según su modo de articulación	161
6.4.1. Códigos llamados sin articulación	161
6.4.2. Códigos llamados de segunda articulación solamente	162
6.4.3. Códigos de primera articulación solamente	162
6.4.4. Códigos de doble articulación	162
7. La organización global del sentido	163
7.1. La estructura elemental de la significación: el cuadrado semióti	co 163
7.1.1. Retorno al principio de oposición	163
7.1.2. De un modelo de dos términos a un modelo de cuatro término	os 164
7.1.3. Una estructura universal	165
7.1.4. Conclusión: un modelo dinámico	166
7.2. La mediación	167
7.2.1. El funcionamiento de la mediación	167
7.2.2. Tipología de las mediaciones	169
7.3. La narración	170
7.3.1. El relato: introducción	170
7.3.2. Estructura general del relato	172
7.3.3. El modelo actancial	176
Capítulo V. Las familias de los signos	181
1. Presentación general	182
1.1. Desgloses correspondientes vs desgloses no correspondientes	183
1.2. Arbitrariedad vs motivación	184
2. Tipología	185
2.1. Indicios	186
2.2. Iconos	187
2.3. Símbolos	187
2.4. Signos en sentido estricto	189
3. Retorno a las nociones de arbitrariedad y de motivación	189
3.1. Los signos y la realidad	189
3.2 El reino de la arbitraria	192

	<i>3.3</i> .	Arbitr	rariedad y motivación en los códigos	194
	<i>3.4.</i>	Corol	arios técnicos de la oposición arbitrario vs motivado	197
		<i>3.4.1.</i>	Número de signos	197
		<i>3.4.2.</i>	Número de modos de realización de un signo	197
		<i>3.4.3.</i>	Vinculo psicológico	198
		3.4.4.	Rol del contexto	199
4.	La asi	gnación	de status a un signo	200
5.	Algur	as cate	gorías especiales de signos	201
	5.1.	Indice	rs y conmutadores	201
		<i>5.1.1.</i>	Los indices	201
		<i>5.1.2.</i>	Los conmutadores	203
	<i>5.2.</i>	Signos	ostensivos y signos llamados contiguos	203
		<i>5.2.1.</i>	Los signos ostensivos	203
		<u>5.2.2.</u>	Los signos llamados contiguos. Definición	204
		<i>5.2.3.</i>	La arbitrariedad en los signos contiguos y los signos ostensivos	205
1.	El car	al: ¿un	ralidad de canales, pluralidad de códigos criterio no pertinente?	207 207
2.	La lin	nitación	de los canales	208
	<i>2.1.</i>	Canal	les de funcionamiento próximo	208
	<i>2.2</i> .	Canal	les de funcionamiento lejano	209
3.	La tra	inscodif	ficación	211
	<i>3.1.</i>	Funci	ones y funcionamiento de la transcodificación	211
		<i>3.1.1.</i>	Optimizar el funcionamiento de los canales	211
		<i>3.1.2.</i>	Elevar el nivel de redundancia de los enunciados	211
	<i>3.2.</i>	Un ca	so particular de transcodificación: la escritura	212
		<i>3.2.1</i> .	Introducción	212
		<i>3.2.2.</i>	Dos técnicas: fonografia y logografia	213
		<i>3.2.3.</i>	Hacia una semiótica general de la escritura: funciones	
			grafemológicas y funciones gramatológicas	215
4.	Los d	iscursos	s pluricódicos	219
	4.1.	Introd	lucción. La noción de semiótica sincrética	219
	4.2.	Las re	glas de la interacción	222
		4.2.1.	Interacciones semánticas	222

4.2.2. Interacciones sintácticas	223
4.3. El caso de la escritura	224
Capítulo VII. La variación semiótica	227
1. La diversificación semiótica: un fenómeno universal	227
2. Descripción interna de la variación semiótica	231
2.1. Homonimia y sinonimia	231
2.1.1. Estrategias	231
2.1.2. Clasificación de los códigos según la homonimia y la sinonimia	232
2.1.3. Homonimia y sinonimia intercódicas e intracódicas	233
2.2. Denotación y connotación	234
2.3. El estilo	237
2.3.1. La singularización del enunciado	237
2.3.2. Primera aproximación: descripción de los enunciados	239
2.3.3. Segunda aproximación: descripción del rol	
de los usuarios	240
3. Los factores externos: presentación	241
3.1. Tres ejes solidarios de variación: espacio, tiempo, sociedad	241
3.1.1. De la variación temporal a la variación espacial	242
3.1.2. De la variación espacial a la variación temporal	243
3.1.3. Correlación de las variaciones espacial y social	244
3.1.4. De la variación social a la variación temporal	244
3.1.5. De la variación temporal a la variación social	244
3.2. Fuerzas centrífugas, fuerzas centrípetas	245
4. Factor externo (1): la diversificación en el espacio	247
4.1. Dialecto	248
4.2. Semiótica estándar	251
4.2.1. Funciones de las semióticas estándar	251
4.2.2. Aparición de los estándares	253
4.2.3. Modalidades de constitución de los estándares	254
5. Factor externo (2): la diversificación en la sociedad	256
5.1. Semiótica y estratificación social: las prácticas	256
5.1.1. Primer factor: la situación social de los usuarios	257
5.1.2. Segundo factor: el contexto del intercambio	259

5.2. Semiótica y estratificación social: las actitudes	261
5.3. El problema de la norma	264
5.3.1. Norma objetiva vs norma evaluativa	264
5.3.2. La inseguridad y la seguridad semióticas	266
5.4. La dicodia	268
5.4.1 Variedad y función social	269
5.4.2. Significación de la variedad	269
5.4.3. Dicodia y competencia individual	270
6. Factor externo (3): la diversificación en el tiempo	271
6.1. Evolución interna. El cómo	271
6.2. Evolución interna. El porqué	273
6.3. Los factores internos de evolución interna	274
6.4. Los factores externos de evolución interna	277
6.4.1. Contactos entre variedades semióticas	278
6.4.2. Cambios sociales	281
6.5. Evolución externa	283
6.5.1. El cómo: expansión y retroceso semiótico	283
6.5.2. El porqué: causas de la expansión y el retroceso	286
Capítulo VIII. Pragmática, retórica y conocimiento	289
1. Perspectiva pragmática	289
2. Tres conceptos pragmáticos centrales: el interpretante, lo ilocuto	orio,
la cooperación	290
2.1. El interpretante	290
2.2. Lo ilocutorio	293
2.3. El principio de cooperación	295
2.3.1. Cooperación e interacción	295
2.3.2. Cooperación y pertinencia	296
3. Los sentidos implícitos	298
3.1. El sentido implícito, producto de un cálculo inferencial	298
3.2. Tipología de los sentidos implícitos: presupuesto, subentendid	o,
sentido retórico	301
3.2.1. El presupuesto	301
3.2.2. El subentendido	303

		<i>3.2.3</i> .	El sentido retórico	306
		3.2.4.	Síntesis	307
	<i>3.3</i> .	Extens	sión de la noción de sentido implícito	308
4.	La ret	órica: v	ristazo histórico	309
	4.1.	La ret	órica clásica	309
		4.1.1.	Presentación	309
		4.1.2.	Las cinco subdivisiones de la retórica	310
		4.1.3.	Los tres géneros	312
	4.2.	Evolu	ción y renacimiento de la retórica	313
		4.2.1.	Evolución de la retórica	313
		4.2.2.	Argumentación y figuras: las dos neorretóricas	314
5.	La fig	ura reto	órica	317
	<i>5.1</i> .	Visión	general	317
	<i>5.2.</i>	La pro	oducción de la figura: un proceso en cuatro etapas	318
	<i>5.3.</i>	Rol de	la cooperación y de la enciclopedia	321
	5.4.	Funci	ones de la figura	322
		<i>5.4.1.</i>	Funciones genéricas	322
		<i>5.4.2.</i>	Funciones específicas	323
	<i>5.5</i> .	El pro	blema de la desviación	323
		5.5.1.	La desviación: un concepto recurrente, necesario	
			e insuficiente	323
		<i>5.5.2</i> .	El lugar de la desviación en los códigos	324
		<i>5.5.3.</i>	Las cinco reacciones a la desviación	326
	5.6.	Estruc	tura y clasificación de las figuras	327
		5.6.1.	Nivel formador, nivel portador y nivel revelador	328
		<i>5.6.2</i> .	Operandos	329
		<i>5.6.3.</i>	Operaciones	331
		<i>5.6.4</i> .	Clasificaciones	332
			El caso de los tropos	333
6.			rica: instrumento de reorganización de las enciclopedias	335
			ca y ciencia: dos facetas de un mismo proceso cognitivo	335
			strumentos de la reorganización retórica	336
	6.3.	Conoc	imiento retórico y conocimiento científico: convergencias	
		y dive	rgencias	338

6.3.1. Una base común	338
6.3.2. Sentido científico y sentido retórico: tres oposicione	es de
naturaleza pragmática	339
7. Generalidad del modelo retórico	344
Capítulo IX. Problemas de una semiótica de los iconos visuales	345
1. Introducción	345
1.1. Iconos no visuales	346
1.2. Signos visuales no icónicos	346
1.2.1. Icónico y plástico	346
1.2.2. Descripción de los signos plásticos	347
2. Estructura de los signos icónicos	349
2.1. Cuatro elementos	349
2.1.1. El referente	351
2.1.2. El stimulus	351
2.1.3. El significante	352
2.1.4. El tipo	352
2.2. Cuatro relaciones (dobles)	353
2.2.1. Eje stimulus-referente: las transformaciones	353
2.2.2. Eje referente-tipo	354
2.2.3. Eje tipo-significante	355
2.2.4. Eje significante-stimulus	355
2.3. Observaciones y síntesis. La co-tipia	357
2.4. ¿Por qué un tipo y no un significado?	359
3. Una ojeada a las transformaciones	360
3.1. Transformaciones geométricas	362
3.2. Transformaciones analíticas	363
3.3. Transformaciones ópticas	365
3.4. Transformaciones cinéticas	365
3.5. Transformación, estilo y valor	366
4. La motivación	368
4.1. La motivación imposible	368
4.2. Solución: dos ejes de motivación	369
5. Articulación v sintaxis	370

5.1. Cuatro relaciones entre unidades significativas: subordina	ación,	
supraordenación, coordinación, preordenación	370	
5.2. Relaciones dialécticas	371	
5.3. Tres niveles de unidades: subtipo, tipo, supratipo	372	
5.4. De la articulación a la sintaxis	372	
5.5. Unidades distintivas	374	
6. Sobre la iconicidad de los hechos visuales	374	
6.1. ¿Cuándo es icono un hecho visual?	374	
6.2. Iconos y otros signos	376	
7. El efecto de temporalidad en las imágenes fijas	376	
7.1. Primera técnica: la inyección por la enciclopedia	377	
7.1.1. Principio general	377	
7.1.2 Detalles de las técnicas de inyección por la enciclop	pedia 378	
7.2. Segunda técnica: la inyección por indicios	380	
7.3. Tercera técnica: la inyección por índices	382	
7.4. Cuarta técnica: la inyección por las semióticas exteriores	383	
7.4.1. Códigos de lectura de los mensajes visuales	383	
7.4.2. Intervención de otra semiótica	384	
7.5. Interferencia de las técnicas	384	
8. Retórica de los signos icónicos	384	
8.1. Acercamiento a la figura icónica	384	
8.1.1. Los cuatro estadios de la producción de la figura	386	
8.1.2. Los tres niveles	387	
8.1.3. ¿Cuál es la relación con las figuras lingüísticas?	387	
8.2. Sistemática de las figuras icónicas	389	
8.2.1. Dos parejas de conceptos útiles	389	
8.2.2. Tabla de las figuras icónicas	390	
Bibliografia	393	
Instrumentos de trabajo		
1.1. Introducciones	394	
1.2. Obras de síntesis de acceso menos fácil	396	
1.3. Historias de la semiótica, panoramas, antologías de texto	s 396	
1.4. Bibliografias	396	

1.5.	Diccionarios	397
1.6.	Asociaciones y centros	398
1.7.	Revistas	398
1.8.	Colecciones	401
1.9.	Compilaciones y actas de congresos	401
2. Obras	fundamentales y síntesis que conciernen a disciplinas afines	
(lingüí	stica, teoría de la comunicación, estética, ciencias anexas)	403
2.1.	Semiôtica, semiología	403
2.2.	Comunicación	404
<i>2.3</i> .	Lingüistica general	404
2.4.	Pragmática	404
2.5.	Semántica cognitiva, psicología de la cognición	405
2.6.	Estética	405
<i>2.7</i> .	Filosofia y filosofia del lenguaje	405
<i>2.8.</i>	Lógica	406
3. Semió	ticas particulares	406
<i>3.1</i> .	Zoosemiótica	406
<i>3.2</i> .	Antropología	407
<i>3.3</i> .	Folclor	407
3.4.	Relato	407
<i>3.5.</i>	Texto y discurso	408
<i>3.6</i> .	Retórica	408
3.7.	Literatura	409
<i>3.8.</i>	Semiótica visual	410
<i>3.9</i> .	Cine	411
3.10	Teatro, ópera	411
3.11	. Música	411
3.12	. Comunicación de masas	411
3.13	. Derecho	411
3.14	. Arquitectura y urbanismo	411
3.15	. Proxémica, semiótica del gesto	412
3.16	. Psicoanálisis	413
Índice de	conceptos	415

A Hugo, Marie, Fanny-Sun

Introducción

¡Cuán paradójica disciplina es la semiótica! Está en todas partes y en ninguna a la vez. Intenta ocupar un lugar donde confluyen varias ciencias: antropología, sociología, psicología social, psicología de la percepción y, más ampliamente, ciencias cognitivas, filosofía —especialmente epistemología—, lingüística y disciplinas de la comunicación. La semiótica pretende, por añadidura, aplicarse a objetos tan diferentes que su enumeración parecería breve en un inventario al modo de Prévert, o en un collage surrealista: artes del espacio, sintomatología, derecho, meteorología, moda, lengua, ¿qué sé yo?... A fuerza de abarcarlo todo, acaba, sin duda, por apretar muy poco. Porque, salvo en caso de megalomanía, sus practicantes no pueden tener la pretensión de dominar los pormenores de cada una de estas disciplinas, de cada uno de estos objetos, pues ¿quién podría ser a la vez psicólogo y antropólogo, meteorólogo y especialista en imágenes médicas?

Pero creer en esta pretensión constituiría un error: la semiótica no intenta reemplazar ninguna de las aproximaciones que acaban de enumerarse. Su rol es más modesto (o más inmodesto, como se verá). La semiótica espera hacer dialogar todas estas disciplinas, constituir su interfaz común. Todas tienen efectivamente un rasgo en común, un mismo postulado: la significación. El antropólogo da sentido a las conductas y a los ritos, como el usuario del lenguaje lo hace con sonidos y el fulano con los gestos de su vecino. La semiótica asume la misión de explorar lo que es para los demás un postulado. Estudiar la significación, describir sus modos de funcionamiento, y la relación que ésta mantiene con el conocimiento y la acción. Tarea bastante bien circunscrita y por lo tanto razonable. Pero es también una misión ambiciosa porque, al cumplirla, la semiótica se vuelve una metateoría: una teoría de teorías.

Las divergencias entre las diferentes concepciones de la semiótica —hay más de una— resultan de varios factores, pero sobre todo de éste: la altura variable que puede tomar la semiótica con respecto a cada una de las disciplinas con las que mantiene relaciones. ¿Se mantiene en el puro nivel del objeto común —la significación—? Se caracteriza entonces por un alto nivel de abstracción. "Especulación azarosa", no dejarán de decir aquellos que se niegan a tomar distancia con respecto a lo que ellos llaman cosas concretas. ¿Se ocupa de describir de modo técnico la manera en que la significación se construye y circula por cada uno de los dominios donde se encuentra? "Pretensión cientificista", denuncian entonces aquellos que se niegan a ver que el sentido siempre se materializa en lo cotidiano y no pueden sufrir al ver que pierde su pureza. Tendré que explicarme aquí sobre la alternativa por la que he optado.

Pero ante todo digamos que este manual ha asumido un propósito. Su ambición es dirigirse, en un lenguaje claro, a quienes no tienen todavía ningún conocimiento en semiótica. Su autor ha postulado también que esos lectores y lectoras no tenían ningún conocimiento particular ni en lingüística ni en filosofía y que no habían sido iniciados en esa nebulosa de disciplinas que se llaman ciencias de la comunicación.

Pretendiendo escribir para este público, uno se dirige de hecho muchas veces a sus colegas. Se toman muchas precauciones para hacerles comprender, a fuerza de paréntesis, concetti* sutiles y delicados, que uno no ignora nada de los debates

^{*} Concetti: «conceptos», en italiano. (Ésta y las demás notas, precedidas por asteriscos, corresponden a la presente traducción castellana y no aparecen en el original.)

que sacuden el mundo de ellos, o que uno está tan bien como es posible con las academias en boga y con sus heraldos más conspicuos.

Comenzaré diciendo a esos colegas —a quienes por lo demás abandonaré prontamente— que no me dirijo a ellos. Aunque no pierdo la esperanza de sorprenderlos a la vuelta de alguna página. Mejor aun: me he negado a pensar en ellos, con todo el cuidado que intento definir. Por otra parte, agüemos de una buena vez la fiesta y confesemos ya mismo al verdadero destinatario de estas páginas que ni "la" semiología ni "la" semiótica existen. Lo que suele presentarse como tal es siempre el resultado de la elección de una escuela.

He escrito, pues, para el principiante (y él es el único que podrá decir si alcancé o no los objetivos que defino). Es decir: para lo que se llama "el hombre honesto" (locución sospechosa en varios órdenes, siendo el primero de ellos que no se le conozca femenino). Más precisamente aun, para: el estudiante o la estudiante salidos de la educación media; el espíritu despierto y curioso que desee reflexionar sobre la manera en que se ha constituido la imagen que tiene del universo; el artista, el periodista o publicista que desee reflexionar sobre sus prácticas; el ciudadano que intenta mirar con otros ojos, distintos de los de la costumbre, el mundo que le han fabricado. Porque, entre todos los representantes de las categorías que acabo de enumerar sin ánimo de ser exhaustivo, es a aquellos que se preocupan por lanzar una mirada nueva sobre las prácticas más banales y más cotidianas a quienes me dirijo.

Es un libro, pues, para principiantes. Es decir que, sin sacrificar nada del necesario rigor y sin disimular la complejidad de algunos de los problemas que serán abordados —lo que hubiera sido vulgarizarla en el sentido de volverla banal—, se han seleccionado cuidadosamente esos problemas. También se prefirió siempre la presentación de un cuadro general a la de las particularidades. Pero a cambio nos hemos esmerado en la riqueza y variedad de los ejemplos.

Estos ejemplos quise tomarlos prestados de la vida más cotidiana. ¿No se trata de iniciarse en una disciplina que ha definido muchas veces su objeto como "la vida de los signos en el seno de la vida social"? La diversidad de los ejemplos ha sido, pues, limitada, y esto de dos maneras. Por una parte, hemos explorado sobre todo el marco de la vida cotidiana del europeo urbano a finales del siglo xx. (Ciertamente hubiese sido fácil escarbar los tratados de antropología, y copiar de ellos mil ilustraciones intimidantes por mor de su exotismo; hemos renunciado a esta facilidad, no sin recurrir a veces a ejemplos menos familiares, a fin de comprobar la generalidad posi-

ble de los esquemas descritos.) Por otra parte, hemos explorado expresamente, en cada página o casi, ejemplos retomados de una u otra realidad que se impone a cualquiera: el código de tránsito y la lengua francesa, por ejemplo. Juntando lo que se dice de estos dos objetos, obtendremos quizás una pequeña introducción a la lingüística general, o un breve tratado de la semiótica del código de tránsito.

Y sobre todo, hemos ordenado los temas acordándonos del consejo de Descartes: comenzar por los asuntos más sencillos y más fáciles de comprender para subir poco a poco, y como por grados, hasta el conocimiento de los más complejos. Los asuntos considerados más simples, en una exposición sobre semiótica, son los que están más directamente ligados a la comunicación. Es allí donde el público al que nos dirigimos puede abarcar mejor los lugares donde los signos sirven a la vida social. La evidencia —y aquí me separo de Descartes— no constituye ciertamente un criterio de elección, sin importar de qué camino intelectual se trate: no más que ese sentido común del que cada uno cree estar tan bien provisto. Pero aquí se trata precisamente de rebasar la evidencia y el sentido común. De probar que unos hechos aparentemente simples, y cuyo funcionamiento y descripción uno cree dominar, fueron sabiamente construidos por nuestra cultura y nuestra sociedad.

Ayudar a rebasar la evidencia y el sentido común, colocando los objetos familiares bajo la luz cruda de una nueva claridad, poniéndolos como a la distancia, esto es, de hecho tal vez, uno de los mayores aportes de la semiótica. Luchar contra el provincialismo metodológico, conectar en un mismo esquema conceptual prácticas humanas habitualmente separadas (desde las reglas culinarias hasta los ritos de urbanidad, desde la gestualidad cotidiana hasta la gestión del espacio en la arquitectura o el mobiliario, desde la religión hasta el vestido), presenta incluso un interés ético que no puede pasarse por alto. Semejante práctica sólo puede ayudar al ciudadano a hacer una lectura crítica del universo donde se mueve.

Pero, partiendo de la comunicación y ordenando los problemas de la manera que hemos descrito, esperamos alcanzar el corazón mismo de la semiótica: el sentido. Es decir que, mientras mostramos cómo funciona el sentido en dominios muy concretos, a menudo alcanzaremos ese alto nivel de abstracción que implica el objeto mismo de la disciplina.

Así que vamos a teorizar mucho. Pero para servir al neófito con lealtad, nos hemos esforzado en evitar la trampa de la controversia teórica. Hay, en efecto, dos

maneras de abordar una disciplina donde la unanimidad está lejos de reinar. Y ambas presentan sus ventajas y sus inconvenientes.

La primera es bosquejar un cuadro de las fuerzas en conflicto. A César lo que es de César, lo demás es de Saussure, Peirce o Greimas. La ventaja es grande, es la ventaja de todo ecumenismo. Los inconvenientes son numerosos. Primero que todo, al no tomar una posición se anima al lector a no pensar; lo que entraría en contradicción con el fin al que se apunta. Luego, tales presentaciones se atascan rápidamente en las distinciones sutiles, las equivalencias o las no equivalencias de terminología. La exposición se vuelve compleja; deja de ser una introducción.

La segunda manera de proceder es optar radicalmente por una tesis. Ventaja: moviéndose sobre un universo único, se puede permanecer coherente, si no simple. Pero esto también se paga, pues una exposición semejante vendría a alinearse al lado de otras. Esto no sería una introducción a la semiótica general, sino a la semiología saussureana, o prietana, o a la semiótica peirceana, o greimasiana. Hace también que la semiótica corra el riesgo de no ser más que un anexo del deconstruccionismo, una provincia alejada de la lingüística o un vástago de la teoría de la información.

Sin duda es posible mantenerse, con esfuerzo, por una estrecha senda en la montaña. Pero este camino serpenteará primeramente sobre la segunda vertiente. Tenemos todo que perder, en efecto, poniéndonos a buscar el fantasma de la imposible imparcialidad. Para garantizar la homogeneidad y la honestidad de la exposición, hay que exponer primero lo que uno mismo piensa. Pero si fue trazada con afán de encontrar otra, la senda acaba por llegar a la cumbre, desde donde puede contemplarse la primera vertiente. Basta de metáforas: hemos querido, en principio, ofrecer una síntesis coherente. Aunque coherente, ésta tiene la originalidad de proponerse tratar casi todos los temas examinados hasta ahora por las diversas teorías semióticas disponibles en el mercado. Mis colegas encontrarán fácilmente, aquí y allá, sus aciertos (pero tal vez los encontrarán difíciles de reconocer).

La perspectiva adoptada nos llevaba casi fatalmente a recorrer un campo muy vasto. La imagen que intentaré dar es la de una semiótica cognitiva y pragmática. Expliquemos estos dos términos: cognición y pragmática.

El primero se justifica por mi intención de superar las dificultades suscitadas por determinada concepción de la disciplina, que busca que la descripción de los lenguajes posea la coherencia interna necesaria para adecuarse a su objeto. Esta

posición epistemológica no es criticable en sí, pues consiste simplemente en no ceder a la ilusión de que un objeto, cualquiera que sea, constituye una prueba de lo que se anticipe sobre él. Por otra parte, se afirmará más de una vez a lo largo de estas páginas que toda ciencia debe construir su objeto. Pero esta perspectiva ha llevado muchas veces a que algunos semióticos eliminen radicalmente la cuestión del punto de contacto entre el mundo y los signos. Así se alcanza un alto nivel de rigor en la descripción teórica de la significación. Esta ganancia nos sale cara, al condenarnos a no saber ni de dónde viene el sentido ni para qué sirven los signos. He querido romper con esta concepción abusiva del signo, y mostrar desde el primer momento que éste es el instrumento del saber sobre las cosas. Un instrumento que se elabora al mismo tiempo que este saber y, por lo tanto, al mismo tiempo que el contacto con las cosas.

Por lo demás, había que tomar en serio la otra función del signo. Éste también es el instrumento de la acción sobre el mundo y sobre los otros, y es, a menudo, la acción misma. Si se da una dimensión pragmática al signo, es para no convertirlo en un principio vago sin importancia real.

En resumen, he intentado hacer ver la manera como el mundo y la sociedad se inscriben en los signos.

Desde este punto de vista, tuvimos que proceder a efectuar, de hecho, ciertos ajustes de perspectiva. Algunos capítulos, ya densos, serán considerados quizás un poco flacos en comparación con múltiples trabajos que han tratado la materia que se encontrará aquí expuesta. Pienso, por ejemplo, en el capítulo IV, que trata de "La descripción semiótica". Aunque sea uno de los más amplios, no se encontrarán allí los pormenores de todos los hallazgos en materia de estudio del relato. Por el contrario, aquí y allá hemos desarrollado nuestra propia obra. Por ejemplo, cuando se trata, en el capítulo VII, de exponer un tema como "La variación semiótica". Postulado por todos los trabajos teóricos y abordado en semióticas muy particulares, éste era un dominio que no se había abordado hasta ahora de manera sistemática.

Dedico este libro a mis tres niños, que ya no son niños en el momento en que escribo: Hugo, Marie, Fanny-Sun. Antaño experimenté gran gozo, un gozo que no siempre supo evitar la tensión, al responder sus preguntas. Este placer no carecía de ese interés personal que maquilla el doble sentido del verbo "aprender".*

^{*} En francés, apprendre puede significar «aprender», «experimentar» o «enseñar».

Enseñándoles, yo volvía a aprender. Al existir y apropiarse del mundo, ellos lo cambiaban ante mis ojos. Se trataba a cada instante de dejar de mirar desde la costumbre. Con esta sola condición pueden explicarse cosas que son tan claras para el adulto, que no sueña ya con asombrarse y no tiene a su disposición para explicarlas más que esquemas recibidos. El niño exige imperiosamente explicaciones satisfactorias. Éstas no pueden por tanto ser más que originales, aunque deban adaptarse a la mirada nueva que el niño lanza sobre ellas. Este experimento lo ha hecho todo padre. Y todo padre es, por tanto, semiólogo sin saberlo. Describir un objeto —tarea que se atribuye toda ciencia— es en efecto tenerlo siempre a distancia. Y en una distancia doble. Se trata, por una parte, de sondear el distanciamiento entre el objeto y el observador, quien no sabría fundirse con el objeto so pena de no observarlo más. Pero se trata también de administrar una distancia entre el objeto bruto y la imagen que se proporcionará de éste. Y esta distancia siempre se ha obtenido gracias a técnicas que consisten en trasformar una cosa en otra cosa que no es ella misma: por ejemplo, un planeta se convierte en una naranja; la noción de algo desconocido, en una bolsa de golosinas cerrada...

Ahora bien, esta práctica de la distancia, que está en la base de todo saber, define el concepto que se encuentra en el corazón de la semiótica: el signo. El signo es en efecto una cosa que remite a otra y que no es ella. Esta distancia tiene algo trágico, puesto que al experimentarla uno constata que el acuerdo entre el aire y la piel, la tierra y el pie, este acuerdo especial que a menudo nos transporta, no prevalecerá jamás. Pero la distancia tiene también algo que exalta: si nos forzamos a escoger el punto de vista que adoptaremos sobre las cosas, entonces ello nos asegura una suerte de poder que llega a embriagarnos. Si el placer se acrecienta al convertirse en conocimiento, también el conocimiento tiene algo de placer. Extraña paradoja: es al alejarse sin retorno como se vive el sentimiento de adhesión. La experiencia personal que me ha sido regalada no ha cesado de recordarme —y quiero acordarme siempre— cuán necesario es echar una mirada a la vez devoradora y distanciada sobre las realidades más cotidianas. Bajo esta sola condición puede un conocimiento ser liberador.

En el momento de ofrecer este libro al público, me complace dar las gracias a Benoît Denis y Sémir Badir por el cuidado que pusieron en leer mi manuscrito y por sus cuidadosas observaciones.

Convenciones

Hemos reducido las notaciones técnicas al mínimo estricto. Se encontrará frecuentemente la abreviación vs. Ésta corresponde a la palabra latina versus. Seña-la una oposición, por ejemplo entre dos conceptos («alto» vs «bajo»).

Cuando un término aparece entre barras oblicuas, se refiere al significante —lo que podríamos llamar, en una primera aproximación, la forma— del signo designado por ese término. Así /oro/ designa la forma de la palabra oro (en conjunto, sus sonidos); /atención peligro/ designa la forma de cierta señal del código de tránsito (un triángulo equilátero blanco, bordeado de rojo y con un signo de exclamación en el centro). Matizaremos esto enseguida.

Cuando un término aparece entre comillas angulares, se refiere al significado —lo que podríamos llamar, en una primera aproximación, el sentido— del signo designado por ese término. Aproximadamente, «oro» designa el sentido al que se refiere la palabra *oro*, «atención peligro» designa el sentido de cierta indicación prevista en el código de tránsito.*

^{*} A estas convenciones se han agregado las comillas inglesas ("xxxxxxxx") para mencionar una expresión, dar énfasis a su uso o designar citas de frases.

CAPÍTULO I Objetos y objetivos

1. Semiología o semiótica: ¿un objeto propio?

El lenguaje nos parece cosa simple y natural porque lo adquirimos muy temprano, durante los primeros años de nuestra vida. Pero, cuando se reflexiona un poco sobre la manera como funciona, esta impresión de simplicidad y naturalidad se desvanece. El uso del lenguaje sigue ciertamente unas reglas, pero esas reglas se presentan al observador como algo muy borroso. Así, llegamos a reconstruir las ideas de un discurso a partir de fragmentos de frases dispersas. Podemos comunicar, aun cuando nuestro acento sea bien diferente del de nuestros interlocutores. Cuando una frase está incompleta, logramos a menudo restablecer el sentido de la frase que se ha omitido. A veces tomamos las palabras en un sentido muy diferente del que parecen tener (si digo de alguien que "es un genio", puedo querer decir que lo tengo por un perfecto cretino).

Esta complejidad parece aun más grande si se vuelve la atención hacia los "otros" lenguajes. Porque al lado del lenguaje verbal hay otras mil maneras de comunicar: el lenguaje visual, el de los gestos, y todos los que las culturas ponen a nuestra disposición. Cada uno de estos lenguajes tiene sus propias reglas, a veces tan complejas como las de la lengua.

Así pues, hay lenguaje y lenguajes. No sería difícil acumular ejemplos, traídos de todas las épocas y de todas las culturas: el lenguaje tradicional de las flores o de los "árboles adornados" del folclor (en Valonia,* /avellano/ = «adoración», /pino/ = «injuria», etc.); el lenguaje de los pictogramas («prohibido fumar», «salida», etc.); las indicaciones y órdenes del código de tránsito (señales en las vías, semáforos tricolores, indicaciones a la orilla de las calles o de las carreteras, marcas en el suelo); el lenguaje de los gestos; el lenguaje de los vestidos (uniformes militares, hábitos religiosos, de ceremonia, vestidos de rico o de rústico); las señales de humo (o, menos conocidas, las señales de espejos) de los indios de Norteamérica; las señales de tambores de Papúa Nueva Guinea; los lenguajes silbados de Turquía o de las Canarias; el lenguaje gestual de los sordos, llamado "lengua de signos", que varía de país en país; el código Morse; las actitudes corporales que significan o bien la decencia, o bien la grosería; la manera de caminar en la calle, que difiere según las culturas; la manera de concebir la arquitectura de las habitaciones o de los despachos, que remite a los distintos modos de apropiación del espacio...

Los animales también disponen de lenguajes. Pensemos no solamente en sus bramidos, cantos o rugidos, sino también en sus actitudes físicas, que varían según las especies: un /balanceo de la cola/ significa «cólera» entre los gatos, pero constituye entre los perros un signo de «satisfacción». Ciertas reacciones químicas constituyen también señales (/olores/ sexuales para atraer al compañero o rechazar al enemigo). Pero el lenguaje animal puede tomar formas muy sofisticadas, por ejemplo el famoso caso de la "danza" de las abejas, conjunto complejo de movimientos cuya forma, velocidad y orientación indican la posición de los yacimientos de néctar.

Quizá también lleguemos a decir que las máquinas comunican. Puede hablarse por ejemplo de la comunicación entre la caldera y el termostato, sensible a la temperatura (comunicación estudiada por la cibernética). Por otra parte, ciertos

^{*} Valonia: También llamada región Valona, es una de las tres regiones que componen el estado federal belga, con capital en Namur. Ocupa la parte sur de Bélgica, y en ella se habla sobre todo frances.

lenguajes inventados por el hombre no están directamente destinados a la comunicación entre personas, sino a la comunicación entre máquinas y cosas. Es el caso de los códigos de barras del comercio, o de las huellas magnéticas que se encuentran sobre las tarjetas telefónicas o de crédito.

Cada uno de esos sistemas de comunicación dispone de mecanismos propios que le dan su valor comunicativo particular y que organizan la significación de manera siempre original. Pero hay un concepto común a todas esas descripciones: el de signo. Como veremos enseguida, y en una primera aproximación, un signo es el sustituto de una cosa o de una idea, sustituto que torna fácil el manejo simbólico de dicha cosa. La huella magnética sobre la tarjeta de crédito representa un cierto crédito ante la administración o la compañía competente; el mapa de la ciudad está allí en lugar de la ciudad misma; el tipo de cartera que uno lleva representa cierto nivel social; la forma geométrica que describe el trayecto de la abeja indica determinada distancia. La semiótica puede, pues, definirse como la ciencia de los signos.

Existen diferentes formas de "lenguaje", pero todas están fundadas sobre signos. La disciplina que cubre ese conjunto es la semiótica.

Al conferir a la semiótica un campo de aplicación tan vasto, nos alejamos progresivamente de la idea según la cual esta disciplina tendría un objeto exclusivo. Porque si se reflexiona bien sobre esto, el signo está en todas partes: se halla en el arte de la veterinaria, en los códigos secretos, la meteorología y la caza con galgos. No es, entonces, tanto un objeto particular lo que constituye el terreno de la semiótica, cuanto el punto de vista particular que ella toma sobre una multitud de objetos: volveremos sobre esto, que es importante, en un parágrafo posterior (2.2.).

2. ¿Semiología o semiótica?

2.1. Una disciplina nueva, de unidad incierta, en estado incierto

La semiótica es una disciplina que sólo recientemente entró al campo de las ciencias humanas que son objeto de enseñanza académica: si su existencia fue postulada al comienzo del siglo xx por el filósofo americano Charles S. Peirce por una parte, y por el lingüista ginebrino Ferdinand de Saussure por la otra, es solamente a partir del decenio de 1960 cuando tiende a institucionalizarse.

Sin embargo, esta nueva disciplina es el resultado de preocupaciones mucho más antiguas. Porque si se observa que estudia lo que tienen en común todos los lenguajes de que disponen los humanos, e incluso los animales, se asimila con el conjunto de reflexiones que constituyen la filosofía del lenguaje. Se puede entonces decir que la semiótica tiene fuentes que se remontan a la Antigüedad, y que deriva de la preocupación por establecer las grandes reglas que rigen la comunicación humana en sociedad (Saussure la definía como la disciplina que estudia "la vida de los signos en el seno de la vida social", fórmula que ya hemos citado). Es decir que se inscribe también en la prolongación de la retórica —término que será definido más adelante— y de la filosofía, tanto como en la reflexión sobre las relaciones sociales. Pero también ha contraído sus deudas con la antropología, la psicología, la sociología y la lógica.

Aunque muchos semióticos pueden reconocerse dentro de la fórmula de Saussure, no hay sin embargo actualmente consenso sobre el objeto mismo de la disciplina, y menos aun sobre sus métodos. Esta situación se debe por lo menos a dos razones. La primera es accidental: se trata del carácter reciente de la institucionalización de la semiótica. La segunda es más esencial: hace referencia a la amplitud de las cuestiones que acaban de citarse. Sin embargo la disciplina tiene un núcleo sólido y común a todos los semióticos. Saussure veía en la semiología "la ciencia general de todos los sistemas de signos (o de símbolos) gracias a los cuales los hombres se comunican entre ellos". Peirce, por su parte, escribió lo siguiente: "La lógica, en su sentido general (...) no es más que otro nombre de la semiótica (...), doctrina cuasi necesaria o formal de los signos". Así, los dos padres fundadores convergían sobre dos puntos importantes: primero, en considerar que lo que uno llamaba semiología y el otro semiótica era la ciencia de los signos; enseguida, en anteponer la idea de que esos signos funcionan como un sistema formal.

Más allá de esta base, las divergencias comienzan. Primero que todo, en la terminología al uso. En efecto, como acabamos de constatar, la semiótica es también a veces llamada semiología (aunque este segundo término tiende a ceder su lugar al primero).

Ciertos teóricos utilizan sin embargo los dos términos simultáneamente. Es decir que les dan sentidos diferentes. Pero aquí tampoco hay unanimidad: los conjuntos de conceptos cubiertos por los dos términos no se reparten de la misma manera en todos. No mantendremos aquí más que dos distinciones.

2.2. De lo general a lo particular

En la primera distinción hay una relación de inclusión entre la semiología —el término de la pareja al que se da por consiguiente la acepción más general— y las semióticas, que allí constituyen el término más particular. Para algunos teóricos, semiología designa en efecto a la disciplina que cubre todos los tipos de lenguaje, mientras que semiótica, a uno de los objetos de los que puede ocuparse esta disciplina, o sea uno de esos lenguajes. Por ejemplo, la lengua es una semiótica, como lo son también los pictogramas, los olores de la ciudad, los toques de corneta, el vestido, la lengua de los sordomudos, el mobiliario, etc. Cada una de esas semióticas es, pues, una actualización de la semiología, disciplina general.

En la segunda distinción, el término semiótica aparece como más general. En esta dicotomía, la semiología sería, en efecto, el estudio del funcionamiento de ciertas técnicas expresamente desarrolladas para comunicar en sociedad. El funcionamiento de los pictogramas, de los toques o de las insignias militares, de los gestos de la "lengua de signos" de los sordos, constituirían así objetos de la semiología. Pero los olores, la vestimenta, el mobiliario, que no parecen haber sido creados para comunicar, escaparían a esta disciplina. Sin embargo, nadie negará que estos últimos objetos puedan revestir un sentido. Por consiguiente, debe haber una ciencia que estudie esos objetos en la medida en que tienen sentido, al mismo tiempo que todos los códigos examinados por la semiología. Esta disciplina, muy general, sería la semiótica; y su objeto sería el funcionamiento del sentido entre los humanos. Se comprende que semejante ambición desemboca en cuestiones muy generales, y que la semiótica así entendida se acerca a la reflexión filosófica.

La distinción que acaba de hacerse entre dos concepciones de la disciplina se remonta a sus orígenes, como acabamos de verlo a través de las dos citas de Saussure y de Peirce. El primero insistía en efecto sobre el aspecto humano de los signos y sobre su rol en la comunicación, e inscribía la disciplina en el campo de las ciencias sociales; el segundo insistía sobre su aspecto cognitivo y lógico, y la inscribía más en el campo de las disciplinas filosóficas.

El hecho de que se haya podido diferenciar entre semiótica y semiología y que se les haya dotado de contenidos muy variables sugiere claramente que no hay unanimidad sobre la definición de la disciplina. Cada investigador le asigna objetos diferentes y, de paso, elabora metodologías diferentes para explicar esos objetos: unos

intentarán por ejemplo generar una descripción fina de los mecanismos de funcionamiento del gesto o de las convenciones de la heráldica, mientras que otros especularán sobre la facultad que tiene el ser humano de producir símbolos. Al leer las páginas que siguen, donde hemos intentado abarcar de manera sintética el conjunto de los problemas que se han sometido a esta disciplina, guardaremos constantemente en la memoria que su definición siempre ha sido y es todavía polémica.

Pero ante todo hay que retener esto: una disciplina no se define jamás por su objeto, sino por su metodología. Así, no hay ninguna disciplina científica que se ocupe de mi bolígrafo en cuanto tal. En tanto que se trata de un cuerpo, este objeto tiene una masa; la física puede desde luego ocuparse de esto, y esta física generará una metodología para tratarlo como masa. Pero también podrá intervenir la química; su punto de vista será, sin embargo, diferente. Igualmente la sociología, que relacionará la pertenencia a ciertas clases sociales y el uso de ciertos tipos de bolígrafos. Y si acaso un día nace una ciencia a la que se dé el nombre de "boligrafología", dicha ciencia deberá adoptar un método que privilegie ciertos aspectos del bolígrafo y ponga otros aspectos del fenómeno entre paréntesis.

Se comprende pues que la semiología o semiótica no tiene objeto propio, no más de hecho que la sociología o la psicología, pero constituye una retícula para el análisis particular de ciertos fenómenos. Aborda dichos fenómenos desde una pregunta que constituye su originalidad: ¿cuál es su sentido?

Aunque no tenga objeto propio, la semiología o semiótica tiene sin embargo unos objetos privilegiados. Pero tal privilegio es accidental, no esencial: si algunos objetos como el relato o la imagen visual parecen hoy ser buenos objetos semióticos, es a la vez porque los métodos desarrollados por la disciplina se han revelado particularmente fecundos en su caso, y porque hasta ahora dichos fenómenos no habían sido objeto de aproximaciones análogas a las de la semiótica, pues a menudo las fronteras entre las ciencias están trazadas por los azares de la historia. Así, conocemos una disciplina sólidamente institucionalizada que desde hace algún tiempo se ocupa de una semiótica particular: la lengua. Esta disciplina se llama *lingüística*. La lingüística ha desarrollado métodos que dependen con pleno derecho de la semiología. Pero la prioridad histórica de su disciplina hace que pocos lingüistas admitan que son especialistas en semiótica. No ocurre lo mismo con los especialistas del relato o de la imagen visual, porque hasta ahora sus objetos no habían sido estudiados sino por la estética, la sociología o la historia del arte.

En las páginas que siguen, dejaremos el término "semiología" y utilizaremos el término "semiótica" con el artículo definido ("la semiótica"), en el sentido más general que sea posible. Utilizaremos también la expresión "una semiótica" en el sentido que toma en la primera distinción. Es decir que "una semiótica" designará un lenguaje particular que constituya una actualización de "la semiótica".

¿Por qué optar por este sentido general?

Primero que todo, por una razón de hecho. El término "semiótica" tiende en efecto a convertirse en el más frecuente, y es el que se encuentra en la denominación francesa de la Asociación Internacional de Semiótica, asociación que no ha formulado jamás una definición restrictiva de su objeto (notemos de paso que la denominación inglesa de la asociación —International Association for Semiotic Studies— insiste más que su contraparte francesa sobre la heterogeneidad de su campo de jurisdicción).

En segunda instancia, por una razón de derecho. Incluso si en la exposición que sigue se ha puesto cierto cuidado en describir los mecanismos técnicos que rigen el funcionamiento de medios de comunicación como el código Morse o las señales de tránsito, también se ha buscado hacer ver que su estudio desemboca en cuestiones de índole muy general, tales como "¿qué es el sentido?"

Así pues, si alguien objeta que una parte importante de la exposición conduce a fenómenos que tienen que ver con la "semiología", entendida en el sentido restringido que esta voz tiene en la segunda distinción, ello no significa que hayamos tomado partido a favor de esa semiología restringida contra la semiótica general definida en esta segunda oposición. Dicho de otra manera, no debemos atenernos a una exposición solamente técnica y exclusivamente centrada sobre unos medios de comunicación parecidos a los que hemos enumerado. Al contrario, veremos que no se puede trazar una frontera clara entre las técnicas expresamente desarrolladas para comunicar y las otras prácticas humanas que arrojan sentido. Pero es cierto que, por razones de claridad, siempre que sea posible escogeremos ejemplos concretos. Esto nos llevará a menudo a tomarlos del universo de la comunicación.

2.3. Términos afines

El término semiología conoce también una acepción muy particular. Es la parte de la medicina que estudia los síntomas de las enfermedades (su sinónimo es, por lo demás,

sintomatología). Se ve inmediatamente que si la semiología médica goza de una suerte de prioridad histórica —es en este sentido que el vocablo semiótica aparece por primera vez en el siglo XVI—, dicha semiología hace parte justamente de la semiología general, por cuanto los síntomas constituyen efectivamente una semiótica particular. Se encuentran también, aunque más raramente, las formas semeiología y semeiótica, formas que recuerdan mejor el origen griego de los vocablos de la familia (semeion, signo). Como las de semiología y semiótica, estas formas se utilizaron primero en el campo médico, pero luego salieron de allí. Así, en la clasificación de los conocimientos, el filósofo inglés Locke opone la semeiótica a la física y a la práctica. Estos términos abarcan, de manera amplia, los dominios de la lógica, de las ciencias naturales y otras, y de la moral. Se señala también que semiótica pudo tomar también un sentido militar.

Semántica no debe confundirse con semiótica. Este nuevo término designa en principio a la disciplina que se preocupa por el sentido de las palabras. Es, pues, una subdivisión de la lingüística. Pero el término ha llegado a aplicarse a todas las semióticas. En la descripción de cada una de estas semióticas, se aplica a la parte que se ocupa del sentido de los signos. Aquí utilizaremos dicha acepción, que será precisada en el capítulo IV, sin ignorar, ciertamente, que el vocablo se ha extendido a diversas disciplinas filosóficas ("semántica general", etc.).

Se hallan todavía otros términos afines a aquellos de que nos ocupamos. Por ejemplo, el de semasiología, voz que, en un comienzo, era sinónimo de semántica lingüística. Se puede en efecto estudiar el sentido de las palabras partiendo de sus formas, para ver cómo dichas formas se refieren a ciertos conceptos, pero puede también interesar la manera como un concepto es designado por palabras. En el primer caso, se habla de semasiología; en el segundo, de onomasiología (del griego ónoma, nombre). Tenemos también semiografía, que designó a la estenografía, y más tarde a los códigos cartográficos.

En fin, que el lector y la lectora del presente manual sepan que en función de su interés y/o de su audacia, él y ella podrán al terminar su recorrido escoger llamarse semiólogo, semiólogo o semiótico, semiótica.

3. Perspectivas y niveles de estudio

Primero que todo hay que preguntarse cuál es el estado de las disciplinas que acaban de mencionarse y, para esto, partiremos del ejemplo de la lingüística.

Contrariamente a lo que a veces se imagina, esta disciplina es descriptiva y explicativa. En otras palabras, la lingüística se niega a ser prescriptiva (como lo son a menudo las gramáticas en el sentido vulgar del término). No nos indica cómo "hablar bien", y no tiene por ambición dar trucos para aprender idiomas extranjeros. Intenta —a la vez con más modestia y con más ambición— mostrar cómo funciona la lengua. Más modestamente, porque goza haciendo creer que no sabría tener una utilidad social; más ambiciosamente, porque es difícil describir de manera científica las realidades de las que tenemos una experiencia inmediata. Se sabe en efecto que a menudo resulta muy cómodo ignorar el verdadero funcionamiento de los procesos que nos son más familiares (las reacciones de nuestro cuerpo, la reproducción de los seres vivos, nuestros arranques de cólera o de entusiasmo, el movimiento de los astros). Tenemos ideas totalmente configuradas a propósito de cada una de estas cosas, y la ciencia nos enseña a menudo que son falsas (durante mucho tiempo se negó que la sangre circula en nosotros gracias a la acción de una bomba, que las constelaciones no tienen ninguna homogeneidad, que estamos habitados por fuerzas que preferimos no conocer...). La lengua es una de esas realidades difíciles de describir objetivamente, a pesar de haber invertido tanto en su estudio.

Lo que es cierto para la lingüística lo es también para la semiótica: ésta es igualmente explicativa. No dirá cómo comunicar bien con imágenes, cómo ganar en el juego del retrato chino, cómo convencer a sus contemporáneos o ser un experto en Morse. Pero intentará explicar según cuáles reglas se juega el juego del retrato chino*, cuál es la economía general del código Morse, cómo un dibujo hecho de trazos negros que delimitan unas porciones de espacio plano sobre una superficie blanca puede remitirnos a un universo hecho de colores y de volúmenes, y enumerará todas las variables que intervienen en el proceso complejo de la persuasión. Más allá de estas preocupaciones técnicas, intentará también explicar cómo nace el sentido en nosotros, y cómo damos sentido a las cosas.

Pero evidentemente la semiología, como la lingüística —e incluso como toda ciencia—, puede tener incidencia en la práctica. Una reflexión semiológica puede ayu-

[&]quot; Hacer el retrato chino de un tema o problema es representarlo a partir de imágenes, sonidos, olores u otras sensaciones ya convencionalizadas. Por ejemplo, si fuera un animal, Estados Unidos sería un ornitorrinco formado por migrantes de diferentes países y Japón una hormiga que trabaja sin parar.

dar a comprender cómo funciona la primera página de un diario, cómo está construido el filme que nos impresionó, por qué nos atrae determinado manejo de colores y formas, por qué la forma de andar de determinada persona produce seducción, por qué cierta comunicación se establece bien y por qué otra nos parece confusa. Es al nivel de todas estas incidencias prácticas donde situaremos las preocupaciones normativas.

Distinguiremos, pues, varios niveles de estudio en la semiótica. Enumeraremos tres de ellos.

3.1. Semiótica general

El primero es el de la semiótica general. Su ambición es tratar de poner en evidencia las relaciones existentes entre los diferentes lenguajes. Se sitúa en un nivel de abstracción más bien elevado. Es a este nivel que se formulan preguntas como: "¿qué significa 'hablar' para los seres humanos? ¿De dónde viene el sentido? ¿Cómo funciona? ¿Cómo describirlo?" O incluso: "¿Es la realidad lo que determina las reglas de nuestro lenguaje o al contrario?"...

Al estudiar las condiciones del conocimiento, del mismo modo que la lógica o la epistemología, la semiótica general introduce también una reflexión ética, pues se pregunta por lo que permite afirmar que "las cosas deben ser así y no de otra manera", y pone en evidencia los sistemas de valoración con los que clasificamos y juzgamos.

Se ve inmediatamente que semejante disciplina debe necesariamente ser una ciencia de convergencia. Colinda en efecto con la filosofía del lenguaje, la psicología individual, la psicología de la percepción, la psicología social, la sociología. Ello no significa que se reabsorba en todas esas disciplinas. Su papel consiste, más bien, en hacer comunicar a todas esas disciplinas, habitualmente separadas, y ofrecerles un lenguaje común.

3.2. Semiótica particular

El segundo nivel es el de las semióticas particulares, llamadas también semióticas específicas. Cada una de éstas constituye la descripción técnica de las reglas que rigen el funcionamiento de un "lenguaje" particular, lenguaje considerado lo suficientemente distinto de otros como para garantizar la autonomía de su descrip-

ción. Dichas gramáticas —damos a esta voz un sentido diferente de aquel en que acaba de utilizarse, y que definiremos en el capítulo IV— ponen en evidencia unas reglas generales, incluso universales. Así, como veremos, todos los lenguajes —en un sentido estricto— utilizan los recursos de la linealidad. Otras reglas son de extensión muy restringida. Se pueden encontrar numerosos ejemplos en la semiótica gestual: entre nosotros, hacer un círculo con el índice y el pulgar quiere decir, según el contexto, «todo va bien», o «no vale nada»; en cambio, en Brasil este gesto equivale a algo bastante obsceno.

El problema consiste evidentemente en saber cómo se delimita una semiótica particular. ¿Por qué las señales sonoras que indican los diversos tipos de alertas aéreas constituirían en sí una semiótica distinta de las que emiten las ambulancias o los barcos? Porque todas son emitidas por sirenas. Se intuye: no es el tipo de aparato que produce los signos lo que funda la unidad y la independencia de una semiótica particular. Decidimos que estamos en presencia de semejante semiótica cuando hemos establecido: (a) que funciona sobre un repertorio coherente de reglas que pueden integrarse en un esquema único, y (b) que dichas reglas son totalmente diferentes de las que rigen el funcionamiento de una semiótica vecina. Al contrario de lo que podría creerse, la evidencia proporcionada por la observación inocente no es lo que funda la existencia de una semiótica. A este propósito, el cine o la tira cómica serían semióticas autónomas, pues estos objetos tienen en nuestra cultura una existencia indudable. Sin embargo, éstos constituyen más bien discursos que hacen intervenir a la vez varios tipos de semióticas: verbales, visuales, etc. (Estudiaremos esos "discursos pluricódicos" en el capítulo VI).

Para describir los conjuntos de las semióticas particulares, se han desarrollado sistemas de descripción, constituidos por un agregado de reglas y conceptos, que se abordarán en el capítulo IV. A veces estos sistemas deben ser muy refinados, ya que los lenguajes pueden subdividirse de manera compleja. Por ejemplo, todas las lenguas del mundo tienen reglas comunes, pero el conjunto que forman se subdivide en lenguas dotadas de reglas muy diferentes, como el francés, el ruso, el japonés, el malayo, el húngaro... Del mismo modo, la mímica tiene ciertamente un fondo universal. Para el ser humano se trata de poner ciertas partes de su cuerpo en movimiento dentro de las tres dimensiones del espacio a fin de referirse a sentimientos, órdenes, procesos, ideas. Ahora bien, el cuerpo humano es el mismo en todas partes, y está invariablemente sometido a los mismos apremios físicos; pero

las partes del cuerpo que intervienen en el gesto, los movimientos que se les imprime y el repertorio de significaciones implicadas difieren de una sociedad a otra. Pues al contrario de lo que a veces se imagina, los gestos no son universales, y un japonés experimenta las mayores dificultades para comprender los gestos de un francés.

Ya se trate de describir la mímica común y corriente, la de los sordos o la imagen visual, las semióticas particulares pueden alcanzar un nivel de precisión cercano al de las ciencias exactas.

La lingüística, de la que ya hemos hablado, constituye una de esas semióticas particulares. Esta disciplina se ocupa de un tipo de lenguaje particularmente interesante porque juega un papel capital en las relaciones sociales: el lenguaje verbal. Por haber alcanzado en el seno de la semiótica el más alto nivel de precisión y de refinamiento, la lingüística a menudo ha jugado un papel de modelo para semióticas particulares menos avanzadas, por ejemplo para aquellas que se manifiestan en los canales visual u olfativo, u otras que se manifiestan, como ella, en el canal auditivo (la música, entre otras).

Tomar la lengua como modelo es con seguridad un camino estimulante. No obstante, ello presenta tres peligros. Primero, se corre cierto riesgo de transferir sin precaución conceptos elaborados para una semiótica particular a otra. Por ejemplo, cuando se habla de las "palabras" de la estructura del ADN en la célula, es evidente que esas "palabras" no tienen nada que ver con las de la lengua. Hace falta entonces apreciar en qué medida esta metáfora aclara verdaderamente el fenómeno estudiado. El segundo peligro de tomar la lengua como modelo es que se podría llegar a no ocuparse más que de prácticas de significación y de comunicación muy afines a las de la lengua. El caso es que la prioridad histórica de la que goza la lingüística no le confiere ninguna superioridad ni en jerarquía ni en dignidad. En rigor, la lengua no constituye más que una semiótica entre las demás. Lo que en efecto había visto Saussure, el fundador de la lingüística moderna, cuando escribió: "Las leyes que descubrirá la semiología serán aplicables a la lingüística". En las páginas que siguen recurriremos, por cierto con frecuencia, a ejemplos tomados de las lenguas. Pero no será para privilegiar los signos lingüísticos; será, más bien, para mostrar cómo éstos se insertan en la gran familia de los signos.

Es también en la categoría de las semióticas particulares donde se clasificará el estudio de los discursos pluricódicos. Por ejemplo, la semiótica del teatro deberá

acudir necesariamente a algunas consideraciones sobre la lengua, el relato, la semiótica gestual y la semiótica del espacio.

3.3. Semiótica aplicada

El tercer nivel de estudio es el de las semióticas aplicadas. Éstas aplican a objetos particulares los resultados obtenidos en el segundo nivel, a cierta obra literaria o artística, a determinada emisión televisada, etc.

Una semiótica aplicada puede evidentemente apuntar a fines prácticos, como el entrenamiento para la escritura publicitaria o periodística, el desarrollo de códigos secretos eficaces, sistemas de comunicación económicos, o incluso la traducción automática (el principio de esta última es aplicar a una frase ciertas reglas gramaticales de manera que se establezca una estructura subyacente, de un gran nivel de abstracción, y reconstruir enseguida esta estructura en la lengua de llegada, gracias a otras reglas conformes a su código propio).

No sobra advertir que evidentemente hay vínculos entre estos tres niveles.

4. Funciones y funcionamiento del signo: una primera aproximación

En su libro Signo, el semiólogo italiano Umberto Eco comienza por contar la historia banal de un compatriota que estaba de vacaciones en París. Al sentir un malestar, el señor Sigma se pone a buscar un teléfono, obtiene una cita con un médico y tiene una entrevista con él. Esta breve parábola nos permite observar "la vida de los signos en el seno de la vida social". Con el autor de El nombre de la rosa, seguiremos al señor Sigma para despejar tres observaciones sobre el papel del signo que serán precisadas a continuación.

4.1. El signo como sustituto

Así pues, el señor Sigma comienza por sentir "mal de estómago". Esta expresión, "mal de estómago" (que convencionalmente transcribiremos /mal de estómago/), está puesta en lugar de la sensación de malestar. Es, pues, una cosa (la locución) que está puesta en vez de otra (el objeto: en este caso, una sensación).

Tenemos aquí una primera definición del signo, la más antigua que de él se haya dado. El signo es una cosa que vale por una cosa diferente. En latín: *aliquid stat pro aliquo*.* En esta perspectiva, el signo permite manipular las cosas fuera de su presencia, pues juega un papel de sustituto.

Por ejemplo, si debo mil francos a alguien, puedo hacerle un cheque. Reemplazo así por un signo complejo —unas letras y unas cifras, trazadas en lugares convenidos sobre un papel previsto para el efecto, y acompañado de elementos convencionales tales como mi firma y una fecha— el dinero efectivo que no tengo a mi disposición. Pero el dinero —en este caso un billete de mil francos— es a su vez el sustituto de otra cosa: no es más que una simple hoja de papel. Es en sí mismo un signo, signo de todo lo que es común a las cosas que puedo comprar con él, por ejemplo alimento, servicios, etc. Esta cosa común es una abstracción: un valor. Lo mismo sucede con el señor Sigma y su expresión /mal de estómago/. Porque él comunica este sustituto al médico, este último será capaz de comprender de qué se trata, incluso si nunca antes ha tenido la experiencia de lo que el paciente entiende como «mal de estómago». Podemos pues precisar la definición del signo. Se trata de un instrumento que le permite a uno tratar de aquello sobre lo cual no ha tenido experiencia directa. Pensemos en los ginecólogos varones, que pueden hablar de muchas cosas con sus pacientes, pero que no han sentido jamás aquello de que se trata en su consulta. Pero pensemos también en los mapas geográficos y en las fotografías, que nos llevan adonde no iremos jamás; en las emisiones de televisión y en las películas, que nos muestran personas sobre la luna, donde pocos de nosotros pondremos pie; en los retratos de la reina Victoria o de Trotski, a quienes no podremos encontrar hasta que inventen la máquina de remontar el tiempo; y sobre todo en esos grabados y pinturas que nos muestran productos puros de la invención humana: catoblepas **, duendes, ángeles guardianes, trolls, sirenas, unicornios, arpías y vampiresas. Podemos manipular todas esas realidades gracias a los signos.

Si se define el signo como el sustituto de una cosa de la que no necesariamente se tiene experiencia directa, se enuncia al mismo tiempo que el signo no es la

^{*} Literalmente, "algo está en lugar de algo".

^{**} Catoblepas: animal mitológico. En griego, significa "el que mira al suelo".

cosa. El mapa no es el territorio, la foto no es el ser amado, no nos comemos la palabra /pan/. El signo, que permite manipular las cosas de manera económica, introduce por tanto siempre una distancia respecto a ellas. Al poner las cosas a distancia, permite una visión particular sobre ellas. Ello nos lleva a la segunda función del signo.

4.2. El signo como huella de un código

Volvamos al señor Sigma. Habiendo sentido un mal de estómago, nuestro héroe sale a buscar un teléfono. Para ello, se dirige a un café (los recuerdos parisinos de Umberto Eco, sin duda contemporáneo del "22 en Asnières", son manifiestamente anteriores a la eclosión de los miles de cabinas telefónicas de Francia). Pero los cafés franceses difieren de los italianos en cuanto a su disposición. Allí el teléfono está en el sótano y no junto a la barra como en Italia. Además, el señor Sigma sabe que al sótano se accede generalmente desde el fondo del café. Así que el espacio le ofrece a Sigma unas indicaciones, por la organización que le es propia. El espacio le proporciona signos. Signos visuales y tal vez incluso olfativos (porque la escalera que lleva al teléfono es también la que baja a los sanitarios). ¿En lugar de qué realidad son emitidos esos signos? No se trata ya de una relación simple de un objeto a otro. En efecto, la escalera maloliente no juega en absoluto el mismo papel que una palabra o un billete de banco, y tiene en principio un valor por sí misma, es decir, el de permitir el descenso al sótano. Parece que es por adición que el complejo /café francés/ + /escalera que lleva al sótano/ significa «proximidad de un teléfono». De la misma manera, la baranda metálica en el borde del camino no es en principio y solamente la indicación visual que significa «atención, giro»: es también, y acaso primero, un instrumento de seguridad. Un instrumento de seguridad que significa por adición.

Esta constatación amplía, pues, la noción de signo. En efecto, si las palabras han sido expresamente desarrolladas por nuestra cultura para significar cualquier cosa, como los pictogramas que significan «sanitarios» o «salida de emergencia», la localización de la escalera no está allí para proporcionar intencionalmente una información. Sin embargo, Sigma puede adivinar correctamente la localización del teléfono a partir de la disposición del café, y, a la inversa, puede deducir de la localización del teléfono que se encuentra en un café francés. Ahora bien, esas

deducciones no se realizan por arte de magia. Proceden de un *código*, código que definiremos provisionalmente como un conjunto de reglas que permiten producir o descifrar signos o conjuntos de signos.

Podemos, pues, precisar de paso la noción de signo. Si es una cosa que vale por una cosa diferente, hay que precisar inmediatamente que vale por otra cosa a los ojos de alguien puesto en determinada circunstancia. Alguien que está en capacidad de asociar la cosa y su sustituto gracias a cierto código.

Esta noción de código, que será profundizada más adelante, es de aplicación muy clara en el caso de un billete de banco o de una palabra, pues hay convenciones que nos permiten asociar un determinado valor a la expresión /1000 francos/. Esta remisión de una cosa presente a otra ausente es convencional. Por otra parte, este valor varía mucho según que se trate de francos suizos, francos CFA o francos belgas. Es también en virtud de un conjunto de convenciones establecidas que /mal de estómago/ remite a una afección y no a una operación matemática o a un concepto teológico. Pero si la noción de código es clara en estos casos, también opera en el caso de la escalera. Es un código de usos, vigente solamente dentro de un determinado espacio, lo que permite asociar /café francés/ + /escalera/ con «proximidad a un teléfono». Como se ve, la noción de código es muy amplia. Tan amplia como la de signo. No será difícil enumerar una cantidad de códigos distintos que permiten descifrar un signo: código de la lengua francesa o de cualquier otra lengua, códigos numéricos utilizados en los números de teléfono, lenguaje de los computadores, códigos simbólicos como los de las flores o los colores, reglas que permiten deducir una enfermedad a partir de sus síntomas o la naturaleza de un terreno a partir de su vegetación, el conocimiento de la significación de esas huellas de pasos o de pelo, de esos rasguños en el suelo, de esas raspaduras en los árboles, signos todos que nos permiten saber que un venado ocupa determinada porción de bosque, reglas que permiten deducir el estado social o la nacionalidad de alguien a partir de su vestimenta, o incluso el origen geográfico de un plato por su olor, etc.

Aunque hemos de volver a esto, debemos subrayar ahora varias cosas a propósito de la noción de código.

Primero que todo, recordemos que, en la vida corriente, el vocablo "código" se emplea con múltiples acepciones. Éstas pueden ser a veces muy precisas. Pero a veces esos sentidos no tienen nada de semiótico, por ejemplo la expresión "código civil". Aquí la palabra no designa una asociación entre determinados signos y una

cosa a la que esos signos remiten. A veces, ese sentido común es un sentido semiótico, sin que los usuarios —especies de señor Jourdain—* lo sepan verdaderamente. Es el caso en la expresión "código postal". Aquí el vocablo "código" se refiere efectivamente a una asociación entre signos —/secuencias de cifras/— y una cosa a la que esos signos remiten: una «oficina distribuidora». La expresión "código de tránsito" tiene un poco de ambos casos: por una parte se trata de un conjunto de reglas sociales (y entonces hay que comprender la expresión como en "código civil"), pero por la otra, algunas de esas reglas establecen correspondencias entre señales caracterizadas por /colores/, /formas/ y /motivos/ particulares con algunas «indicaciones», «órdenes», etc.: en este caso, se trata de un código en el sentido semiótico del término.

Lo segundo que debe notarse es que el vocablo "código" parece referirse a convenciones establecidas entre los humanos. Pero el ejemplo de la escalera deja entrever que hay varias clases de convenciones: explícitas, donde las reglas de correspondencia entre los signos y aquello a lo que remiten están clara y previamente establecidas, e implícitas, donde las reglas de correspondencia —como /café francés/ + /escalera/ = «proximidad de un teléfono»— no tienen ese carácter.

Mejor aun, ni siquiera es necesario, para que haya código, que el signo haya sido producido por una contraparte humana.

Podríamos en efecto creer que la aventura semiótica del señor Sigma no es posible sino en una ciudad, dado el número y la diversidad de los signos que se encuentran en semejante entorno o, en todo caso, creer que no es posible sino en el marco de una sociedad y de una cultura muy civilizadas. En ese caso, estaríamos asociando código y grado de elaboración de una sociedad. Pero hay que saber primero que la noción de "sociedad civilizada" es sospechosa: sociedades llamadas "primitivas" pueden ser semióticamente muy complejas. Pero hay más. Incluso en plena campiña, la naturaleza está llena de signos, que valen incluso si el receptor está solo. Así, el musgo sobre los árboles indica el Norte, y sin embargo este musgo no es un mensaje producido y enviado por el árbol al receptor. Hay signo desde que el receptor ha decidido proyectar un código (por lo tanto, una significación, como se verá) sobre ciertos eventos exteriores.

^{*} Jourdain es un personaje de la comedia El burgués gentilhombre, de Molière, quien se entera de que durante toda su vida se ha expresado "en prosa".

Es así como unos datos naturales se vuelven signos culturales. Como tal, la naturaleza no emite ningún mensaje hacia nosotros. Es nuestra cultura la que da ese estatus de emisor (y la noción de emisor debe, por ende, relarivizarse: no se trata necesariamente de un emisor personal y consciente). Utilizar un signo, o servirse de una cosa como signo, es por consiguiente referirse *ipso facto* a una cultura dada, a una sociedad dada. Lo cual nos lleva a reconocer la tercera función del signo.

4.3. El signo como instrumento de estructuración del universo

Los signos no sirven sólo como cómodos sustitutos de las realidades que no se pueden manipular. Sirven también para establecer la existencia misma de esas realidades. Expliquémonos. Una y otra vez, vemos a Sigma realizar categorizaciones del universo: cuando se queja de "mal de estómago", ello postula la existencia de un «mal» y, por compensación, la existencia de un «no-mal». La expresión postula asimismo la posibilidad de estar mal "del estómago", pero también de cualquier otra cosa que no sea el estómago: la cabeza, la nariz, el cóccix o lo que sea. De igual manera lo «alto» postula lo «bajo», lo «grande» postula lo «pequeño», lo «caliente» postula lo «frío», y así sucesivamente.

Al utilizar signos, por tanto, se estructura al mismo tiempo el universo. Se establece que este universo está hecho de alto y de bajo, de caliente y de frío, de bien y de mal, de cabeza y de estómago, etc. Estas distinciones son evidentemente artificiales (en el sentido de "culturales"). En efecto, en sí mismo el universo no está estructurado. El calor no existe en sí, sino en relación con una escala que el hombre ha graduado para su comodidad; en cuanto al mal, sabemos cuán relativa es esta noción.

Disponemos así de escalas que nos sirven para situar los llamados que nos vienen del mundo, o incluso de casillas donde podemos situar esos llamados: determinada sensación será asignada a la casilla «dolor», tal otra a la casilla «deleite».

Conocemos numerosas escalas y estructuras de este tipo. Así, en el continuum de las ondas electromagnéticas existen diferentes longitudes de onda que alcanzan algunos de nuestros receptores capaces de recibirlas. Esas ondas y nuestros órganos son todo lo que existe objetivamente en la naturaleza. Algunos de nuestros órganos reciben algunas de estas ondas y las transforman en sensaciones, por ejemplo sensaciones auditivas, que corresponden a ciertas longitudes de onda mecánicas, o

sensaciones luminosas, que corresponden a ciertas longitudes de onda electromagnéticas. Pero lo importante es que hemos aprendido a clasificar esas sensaciones, calificando tal sonido como agudo o grave, tal color como azul o amarillo. Los colores —el "azul", el "rojo" — o los sonidos —la nota "la", el "do" — no son pues más que los nombres que se dan a subdivisiones de longitudes de onda. Pero esas subdivisiones no existen como tales en la naturaleza. Ésta no nos ofrece más que un espectro continuo, y somos nosotros quienes lo desglosamos en unidades netamente separadas unas de otras o, mejor dicho, en *unidades discretas*.

Esto tiene una repercusión fundamental. El desglose del universo no está definido de una vez. Siempre es relativo, ligado como está al sistema de conocimiento, a los valores de una cultura, a las funciones utilitarias definidas por ella. A lo que llamaremos una enciclopedia.

Un ejemplo clásico de esta relatividad lo proporcionan los nombres de los colores. Ellos varían mucho de una lengua a otra. En cierta lengua de Liberia hay solamente dos nombres de colores: el que designa los colores que nosotros llamamos cálidos y el que designa los fríos. ¿Acaso este ejemplo parecerá demasiado exótico? En las lenguas célticas (emparentadas desde luego con la de nuestros ancestros los galos), no existe como tal nuestra oposición «verde» vs «azul». Los colores que esa oposición abarca están repartidos en categorías donde el francófono pondría también el «gris» y el «pardo» (/gwyrrd/, en galo, corresponde a «verde», /glas/ a «gris claro», «azul oscuro», «azul claro» y «verde», /lwyd/ a «gris oscuro» y «marrón»). Esto no significa que los ciudadanos de Liberia o los bretones tengan una conformación diferente a la nuestra, sino simplemente que las experiencias de sus culturas han sido codificadas de manera diferente. Los términos de parentesco son también muy variables: el malayo no tiene más que un vocablo para "hermano" y "hermana", mientras que el húngaro tiene cuatro. Pero tenemos a nuestra disposición ejemplos menos espectaculares. Para un citadino francófono, la noción «nieve» no exige divisiones muy importantes. Si es cosa necesaria, precisará «nieve derretida», «endurecida», etc. Por el contrario, el inuktikut —lengua de los esquimales— ha desglosado todos los sentidos que cubre el concepto «nieve» en otros tantos conceptos, designados por vocablos diferentes: "nieve que cae", "al sol", "endurecida", "blanda", "polvorosa", que aparecen como cosas diferentes. En náhuatl —lengua de los aztecas—, es la raíz de la palabra que significa «frío» la que, presentada como sustantivo, designa el «hielo» y que, en la expresión /bruma de frío/, designa la «nieve».

En nuestra historia podemos constatar que Sigma y el médico que encuentra no estructuran el universo de la misma manera.

Primero que todo, para Sigma hay un "estómago" y un "mal de estómago". Pero a los ojos del médico, semejantes unidades no tienen pertinencia: para él, no existen "estómago" y "mal de estómago", y una de sus preocupaciones será precisamente traducir a su propio lenguaje —a su propio código o a sus propias estructuras— las informaciones que Sigma le entrega basándose en sus propias estructuras: allí donde Sigma dice /estómago/, el médico pensará «hígado», «páncreas», etc., y /mal de estómago/ le sugerirá hipótesis como «cólicos», «espasmos», etc. Pero no es sólo el universo de los objetos y de las sensaciones lo que constituye objeto de estructuraciones diferentes: también el de los valores. En la obra de Eco, el médico dice en efecto a Sigma: /Si usted sigue bebiendo, yo declino toda responsabilidad/. Pero el paciente declara que él prefiere llevar una buena vida antes que dedicarse a la temperancia. Ello por cuanto él divide la existencia en «vida agradable» vs «vida aburrida», y la muerte viene como un corolario del primer término del desglose. El médico, por su parte, propone un universo que se divide primero en «vida» (y ésta implica para él la acción de dejar de beber) vs «muerte» (ligada ésta a la acción de seguir bebiendo). Así, aunque el vocablo /muerte/ parece referirse a la misma cosa para los dos personajes —al hablar la misma lengua, se entienden de todas maneras acerca de lo esencial—, no lo ponen al mismo nivel dentro de la estructuración de su respectivo pensamiento. Los valores que cada uno maneja no están ni asociados ni opuestos a los mismos valores en el uno y en el otro. Sus códigos, es decir la manera como ellos organizan (asocian, oponen, subordinan...) los valores de sus universos, no son sino parcialmente idénticos.

Resumamos. El desglose del universo propuesto por los signos es siempre relativo. Depende de los grupos sociales (el francés vs el italiano, el francófono vs el inuit esquimal...). Al interior de esos grupos, el desglose depende de las personas y de su estatus (el médico vs el paciente...), y en las personas de sus circunstancias (el médico no conoce un «estómago» como tal cuando practica su arte, pero en otras circunstancias esta noción puede parecerle aceptable).

Ahora podemos, pues, completar de otra manera la primera definición del signo como "algo puesto en lugar de otra cosa". El signo da testimonio de una cierta estructuración del universo (cosas, sensaciones, valores...), válida para determinadas personas, bajo ciertas circunstancias dadas.

Al asociar una porción del universo material (el universo de los sonidos, de los colores, de las formas, de los olores) con una porción del universo conceptual (el universo de las ideas, de las representaciones mentales, de los afectos, de los valores, de la organización de los objetos), el signo organiza —y estructura— a la vez el universo material y el universo conceptual. Desglosa en el primero unidades que se llamarán significantes, y en el segundo unidades que se llamarán significados. Incluso de forma aislada, un signo se refiere pues a un desglose previo, a una organización del mundo en unidades y en categorías. Esta constatación es el fundamento de la perspectiva estructuralista, que será definida más adelante.

Por tanto, ya tenemos dos rasgos para una definición más rigurosa del signo. El signo instituye una cierta correlación entre una porción material del universo y una porción conceptual del universo conceptual y, al hacerlo, estructura el universo. Estos dos rasgos deben considerarse simultáneamente (ciertas definiciones —laxas— no insisten más que en uno de esos dos aspectos: pero no sólo los signos estructuran el universo, y hay correlaciones que no son semióticas).

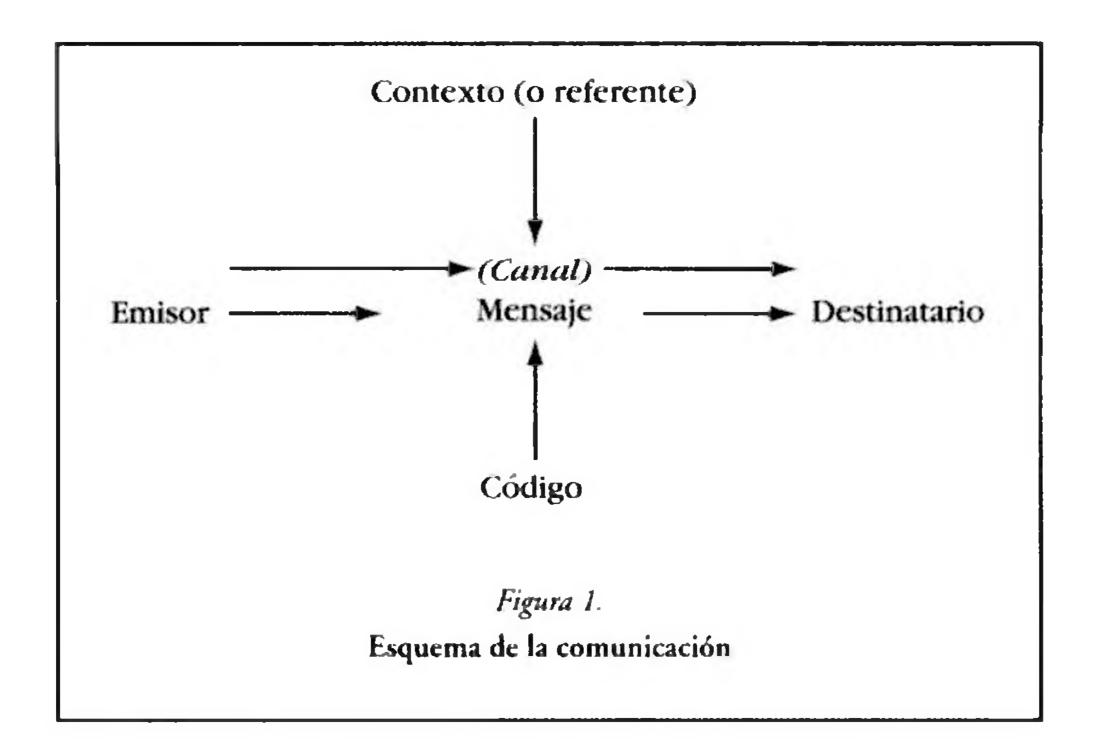
Notemos finalmente que, puesto que la semiótica se ocupa de la estructura del universo —por lo menos en tanto que semiótica general—, su tarea es entonces responder a la pregunta: "¿cómo conocemos el mundo?"

CAPÍTULO II La comunicación

1. Esquema general

El proceso de la comunicación transmisora de información se presenta a menudo en el esquema siguiente. Este esquema, muy clásico y por cierto criticable, ha sido elaborado para explicar la comunicación lingüística, pero vale de hecho para todos los tipos de comunicación.

Ello puede expresarse verbalmente así: "un emisor envía a un destinatario, a través de un canal, un mensaje a propósito de alguna cosa, mensaje que se elabora con la ayuda de un código determinado".



Cada uno de los términos del esquema presentado en la figura 1 debe ser sometido a una serie de observaciones.

1.1. El emisor: una entidad teórica

El emisor — a veces también llamado destinador — no es siempre un ser humano, y menos aun una persona con verdadera intención de transmitir una información precisa. En efecto, como se ha visto, el emisor puede ser un animal, un organismo vivo inconsciente o incluso una máquina; puede también ser una institución o una multitud de personas. Por ejemplo, la "dirección prohibida" de la circulación de tránsito no es emitida por el obrero que plantó el aviso, sino más bien por una nebulosa de responsables entre los cuales cabría citar la administración y la comunidad de usuarios de las vías. Una humareda, a partir de la cual deduzco la existencia de un fuego, no es, hablando propiamente, emitida por una persona. En el mecanismo de un termostato, mencionado antes, el emisor es el termómetro. Por lo demás, en la realidad de una comunicación puede haber una cadena de instancias emisoras. Si tomamos, por ejemplo, la elaboración de un periódico, constatamos que hay un gran número de intermediarios entre el evento que constituye la

información y el lector: corresponsal, redactor, redactor en jefe, tipógrafo, diagramador, director, mensajerías, pregonero, la persona del kiosco, etc.

De todo esto podemos deducir que el emisor es una instancia teórica, y no una persona física, concreta y singular. Todo mensaje postula un emisor ideal. "Postula", escribimos. Es decir que ese emisor se encuentra más o menos inscrito en el mensaje, por el hecho mismo de que éste ha sido emitido. Así, el lector de un libro tenderá a atribuir a un ser ampliamente mítico —el autor— todo lo que se encuentra en la cubierta de ese libro: título, ilustración, color del papel, caracteres. Salvo en casos excepcionales, no prestará atención al hecho de que el editor, el diagramador y el diseñador hayan intervenido en la elaboración de esta cubierta, y que el autor habría preferido tal vez otro título (el del presente manual tenía, por ejemplo, una pequeña debilidad por el título La semiótica explicada a los niños).

1.2. El receptor: otra entidad teórica

A propósito del destinatario (o receptor), pueden hacerse las mismas observaciones que se hicieron sobre el emisor. No se trata necesariamente de una persona física (puede ser el interruptor del termostato). Por otra parte, el receptor real no necesita estar presente, físicamente, en el momento de la producción del mensaje. Pensemos en los lectores de un periódico, en los usuarios de las vías, en el buscador de champiñones que adivina, gracias a la significativa presencia de excremento, que sin duda va a encontrar sus hongos predilectos en el prado que visita...

Tal como habíamos hecho en el caso del *destinador*, nos interesa describir al destinatario como una instancia abstracta; un modelo postulado más que una realidad física. Así como hay un emisor ideal, todo mensaje tiene en efecto un receptor ideal, a propósito del cual formularemos la misma observación que acerca del emisor. El receptor está en cierta forma programado por el mensaje. Así, el lector ideal en quien piensa un novelista, y a quien a veces incluso se dirige, tiene una existencia distinta de la del receptor efectivo.

En conclusión, se deducirá que entre el emisor y el receptor —a quienes designaremos con el nombre genérico de *participantes*—, estando ambos inscritos en el mensaje en tanto que entidades teóricas, se establece necesariamente una interacción que se anuda al interior del mensaje.

1.3. El referente: no es una "cosa"

El referente es "aquello sobre lo cual nos comunicamos", aquello cuyo sentido comunicamos. En el caso particular de la lengua, el referente es eso a propósito de lo cual hablamos. El referente de una maqueta de avión puede ser quizás un avión específico (por ejemplo el "Spirit of St. Louis" de Lindbergh) o la clase constituida por todos los ejemplares de un modelo determinado de avión (el Boeing 747, el Airbus A310); el referente de un mapa de vías es un conjunto de carreteras clasificadas, lugares, localidades, sanitarios, monumentos históricos. A veces hallamos la palabra contexto como sinónimo de referente. Podemos fácilmente justificarlo: todo mensaje se refiere en efecto a algo que le es cercano a la vez que exterior. Pero dado que este vocablo contexto tiene diversos sentidos, entre los que está el de «condiciones de producción y de recepción del mensaje», sigue siendo preferible utilizar el término referente.

Este referente no es necesariamente algo real o verdadero, y menos aun algo palpable. Por ejemplo, se puede muy bien hablar de un unicornio, o pintar esta encantadora criatura; el referente de una foto puede ser engañoso (si ha sido retocada), un novelista puede hablar de una ciudad inexistente, un filósofo hablar de "trascendencia", un semiótico de "polisemia", y el teólogo de "transustanciación". El referente de un mensaje puede ser una pregunta, una operación del espíritu, una actitud moral, una orden. El referente global de un enunciado como /Juan, tráeme un vaso de agua/ es la voluntad muy concreta del emisor de que el receptor —Juan— le traiga un vaso de agua, voluntad confirmada aquí y ahora por aquellos que entienden el enunciado.

La noción de referente plantea problemas importantes, algunos metodológicos y otros filosóficos. Esos problemas serán abordados más adelante.

Sin embargo, subrayemos ya que la cosa que se convertirá en referente gracias a la comunicación es incomunicable en sí misma. La cosa más simple —una manzana por ejemplo— no puede compartirse con otro sin recurrir a procedimientos semióticos: utilizar la foto de /manzana/, o la palabra /manzana/, mostrar la manzana con el dedo o exhibirla —gestos ambos codificados—, o incluso depositarla en un lugar determinado (un mostrador, por ejemplo), etc. Para referirse a una cosa, hace falta en todos los casos que unos signos transportables sean puestos en lugar de ella para comunicarla.

Todo esto plantea un problema que se expondrá más adelante: ¿qué relación mantienen los signos con la realidad? ¿Ésta existe para nuestros ojos porque sólo los signos nos permiten aprehenderla? ¿O los signos han sido elaborados por nuestras culturas porque la realidad los precede?

Notemos finalmente que algunos hablan de un elemento cercano al referente: la *fuente*, que sería el evento o la manifestación productora de informaciones. Vemos sin embargo que ese concepto confunde el referente y el emisor.

1.4. El canal: las limitaciones físicas del signo

En una primera aproximación, podría decirse que *el canal* es el soporte físico de la información transmitida. Todo signo parte, en efecto, de una experiencia sensible.

¿Qué son entonces los signos? Desde un punto de vista físico, son ondas sonoras que impresionan las terminaciones nerviosas en mi oído interno, radiaciones luminosas que golpean mi retina, moléculas que llegan a las terminaciones nerviosas especializadas que se encuentran en mis fosas nasales, presiones físicas que se ejercen sobre mi piel. En resumen, estímulos diversos que en sí mismos están desprovistos de sentido. Esas estimulaciones van a ser "traducidas" por el sistema nervioso central con la ayuda de ciertos programas. Las ondas sonoras se transforman en los fonemas de una determinada lengua, las notas de nuestro sistema musical, los silbatos de tren, los ladridos que identificaremos como «cólera», los silbidos del aire que indicarán al piloto la velocidad de su planeador, etc. Las radiaciones luminosas se convertirán en colores, formas, texturas, signos cartográficos o letras, gestos del lenguaje de sordos. Las moléculas se convertirán en olores. Las presiones físicas en caricias, etc. Como el sistema nervioso central da sentido a los estímulos, él es, de cierta manera, la sede de los códigos semióticos. Aquí resulta tentadora la analogía con una computadora: el sistema nervioso central es el aparato que permite la "traducción"; pero esta "traducción" no puede tener lugar sino gracias a un programa, que describiremos mediante las nociones de código y sistema, las cuales explicaremos más adelante.

Debemos precisar ahora qué se entiende por *soporte* físico. Si se quiere suministrar una definición puramente material del canal, podrá decirse que está constituido por una triple realidad: en primer lugar, por el conjunto de estímulos de los que acabamos de hablar, y depende por tanto del soporte que va a permitir la

transmisión del mensaje (por ejemplo el aire, que es el soporte de las ondas sonoras); pero también, en segundo lugar, por las características del aparato que los emitió y, en tercer lugar, por las características del aparato que los recibe.

La naturaleza y configuración de los mensajes dependen de esos aparatos transmisores. Éstos son sensibles, en efecto, sólo a una gama a veces reducida de fenómenos físicos. El ojo humano no percibe más que una parte de las radiaciones luminosas a las que determinado aparato reaccionaría; las ondas emitidas por el murciélago en vuelo exceden las capacidades del oído humano (ultrasonidos). Como vemos en estos ejemplos, los aparatos receptores no barren todos la misma gama de fenómenos. Los códigos semióticos que van a elaborarse gracias a dichos aparatos van a variar también profundamente. Por ejemplo, como veremos, el canal auditivo no permite manejar a la vez tantas informaciones como el canal visual, mucho más poderoso. En consecuencia, no permite hacer distinciones tan finas como la visión. Parecerá, pues, normal que los lenguajes que transitan por el oído privilegien una sintaxis lineal (donde en principio manejamos las informaciones unas después de otras), y que aquellos que transitan por la vista empleen sintaxis tabulares (o espaciales), donde se maneja simultáneamente un gran cúmulo de . información. Entre los primeros encontramos lenguajes como la lengua verbal o la música, que han sido calificadas como artes del tiempo; entre los segundos tenemos el dibujo o la escultura, artes del espacio.

Entonces, en una primera descripción de los códigos hay que tener en cuenta la estructura de los órganos que emiten y reciben los signos —lo que haremos en el capítulo VI—, y la definición del canal en tres aspectos es de ahí en adelante justificable. Pero el papel semiótico del canal es permitir la aprehensión de aquello que llamaremos la sustancia, es decir la materia bruta de los estímulos tal como ha sido vertida en una forma. Esto sólo podrá ser bien comprendido más adelante en esta exposición: remitimos, pues, al lector, al capítulo III (parágrafo 5).

1.5. El código. Segunda aproximación

1.5.1. El código como interfaz

Ya nos hemos acercado a la noción de código. Este es, en una primera aproximación, la serie de reglas que permiten atribuir un significado a los elementos del mensaje y por ende a su totalidad. Se ha dicho más arriba que los estímulos físicos

eran "traducidos" por el sistema nervioso central, pero que esta traducción operaba gracias a ciertos programas. El código es el conjunto de esos programas. Constituye, pues, una interfaz entre el stimulus, desprovisto como tal de sentido, y el referente: es decir, una estructura que establece una relación entre una porción de experiencia sensible y una del mundo conocible, relación que se denomina significación. El código transforma así la porción de experiencia sensible en signo y la porción de mundo en referente.

Esta segunda definición requiere, sin embargo, precisarse todavía: damos de ella, pues, una tercera definición en el capítulo IV. Pero formulemos, en este punto, tres observaciones al respecto.

1.5.2. Los códigos como lugares de negociación

En una situación de comunicación ideal, emisor y receptor deben disponer del mismo código. Es lo que pasa generalmente cuando la comunicación tiene lugar entre máquinas. Pero hemos visto ya, a propósito de las pláticas entre Sigma y su médico, que este ideal no siempre se alcanza. En términos rigurosos deberíamos entonces reemplazar en el esquema el singular de "código" por un plural. Mejor aun, podemos decir que en la práctica nunca hay una superposición perfecta de los códigos a disposición del emisor, por una parte, y del receptor por la otra; al menos cuando se trata de participantes vivos. Semejante superposición tornaría en efecto inútil cualquier comunicación. Porque una comunicación sirve para compartir con alguien un conocimiento que él no había tenido, sentimientos que no había experimentado, para inspirarle nuevas razones que lo lleven a actuar de cierta manera, etc. La comunicación sirve para modificar el conjunto de datos de que el participante dispone y, por tanto, la organización de los signos en su código.

Esta comprobación —los participantes parten en principio siempre de códigos que presentan divergencias— abre el campo para una verdadera negociación entre participantes, negociación que es objeto de disciplinas diversas (retórica, pragmática) a las que volveremos en el capítulo VIII.

1.5.3. Los mensajes: entrelazamiento de códigos

Una segunda observación acerca de la noción de código. Como todas las citadas hasta ahora, ésta procede de una simplificación de lo real. La palabra se emplea en singular por pura comodidad. Porque en una misma comunicación —y

desde luego en el seno de la elaboración de un mismo mensaje—, pueden coexistir diversos códigos. En una conversación, la lengua y el gesto se socorren mutuamente. El sentido de una frase enunciada depende de las condiciones espaciales precisas de su enunciación, conocidas por los dos participantes. En un aviso publicitario, el sentido que debe darse a los vocablos está profundamente afectado por la imagen. Las tiras cómicas, el cine y el teatro aparecen como clases de mensajes que, a pesar de la gran importancia que en nuestra sociedad tienen, reposan sobre la asociación de códigos muy diferentes: el cine se hace con imágenes —lo que postula un código que llamaremos icónico—, de relatos —que hubiesen podido manifestarse en la tira cómica o la novela, indiferentemente—, de palabras, de música, etc. La ópera se hace con gestos, relatos, movimientos, apropiación del espacio, música, etc.

Por tanto, un intercambio siempre está hecho de varios mensajes entrelazados que sólo podemos aislar mediante cierto esfuerzo de clarificación. Es decir, la existencia de los códigos depende de las decisiones metodológicas de quienes los describen: determinado língüista, por ejemplo, podrá decidir interesarse solamente en ciertos fenómenos de ubicación o de concordancia del verbo, sin preocuparse por el hecho de que las personas que practican la lengua estudiada pongan y hagan concordar los verbos de manera muy diferente según pertenezcan a cierto grupo social. Este lingüista dirá que dichas variaciones se rigen por un código no lingüístico—un código sociológico, por ejemplo— y dejará ese estudio a otros, por ejemplo a los sociólogos o a los antropólogos. Pero otro lingüista podrá, por su parte, tomar en consideración esas variaciones. Elaborará, entonces, otro código que también considerará lingüístico, pero que dará cuenta de los fenómenos que su colega excluía.

1.5.4. Los códigos: de lo nítido a lo borroso

Finalmente, y es nuestra tercera observación, la palabra "código" no debe impresionar por el matiz de precisión imperiosa que presenta en la lengua cotidiana (como es el caso en "código penal"). Un código no es un repertorio fijo de signos donde a cada emisión de sonido o de luz corresponda obligatoriamente y de manera rigurosa un solo sentido o una sola idea, siempre la misma. Los códigos pueden ser imprecisos y débiles, fragmentarios y provisorios, e incluso contradictorios.

Imprecisos y débiles: queremos decir con esto que varían fácilmente con el paso del tiempo y las circunstancias.

Fragmentarios: es el caso cuando se asocian sólo algunos significantes a ciertas porciones de un vasto contenido segmentable.

Provisorios, si están destinados a ser rápidamente reemplazados, o incluso si no son válidos más que para un breve intercambio.

Contradictorios, si las relaciones que establecen entre referentes y estímulos pueden no ser biunívocas.

Volveremos a todo esto más adelante. Estudiaremos en detalle el carácter impreciso y contradictorio de las relaciones en el capítulo VII, y su carácter provisorio en el capítulo VIII.

1.6. El mensaje, lugar donde interactúan los otros cinco factores

El último elemento del esquema es el mensaje. El mensaje, que confundiremos provisionalmente con el enunciado, está hecho de signos. Este mensaje puede presentar niveles de complejidad muy variables: puede estar constituido por numerosos signos o por un signo aislado; puede estar constituido por signos procedentes todos de un mismo código o, si se establece una equivalencia entre mensaje y discurso, por signos que proceden de códigos diferentes, como en los ejemplos de la tira cómica, del cine, del teatro, mencionados más arriba.

Sería tal vez injusto ver en el mensaje sólo un factor entre los demás. ¿No será más bien el producto de esos otros factores? Pues el mensaje es en el fondo una porción de (1) un referente transformado por (2) un código, y donde se anuda la interacción de (3 y 4) los participantes de la comunicación, lo que la hace transmisible por (5) un canal.

Esta última definición, por precisa que sea, peca todavía de cierta falta de tecnicidad. La reformularemos en términos más precisos en el capítulo III, cuando examinemos la cuestión de la sustancia y de la forma.

2. Las seis funciones de la comunicación

Según la importancia que atribuimos a cada uno de los elementos del esquema, podemos distinguir seis funciones de la comunicación. La popularidad de esta clasificación, que será discutida, se debe al lingüista ruso-americano Roman Jakobson. Se dice que un mensaje cumple una de esas funciones cuando hace

énfasis sobre uno u otro de los factores que acabamos de enumerar. En un primer momento, nos contentaremos aquí con definir esas funciones, sin someter sus definiciones a la crítica: ya veremos, sin embargo, que a menudo lo merecen.

2.1. La función emotiva o expresiva

La primera función es la función emotiva: centrada en el emisor, pone en evidencia la condición de éste en el momento de la emisión. Ejemplos: el grito de dolor lanzado por la persona que acaba de dejar caer en su pie un bloque de hormigón, las cabriolas de quien se entera de que su anciano tío le ha dejado una herencia, o incluso —puesto que el emisor puede no ser humano— el chirrido de una pieza eléctrica defectuosa. Los ejemplos que acaban de suministrarse conciernen todos a mensajes relativamente simples. Pero esta simplicidad no es necesaria para la definición. Un largo poema lírico puede también considerarse como una comunicación que tiene una función emotiva.

Como lo demostró el ejemplo del chirrido de la pieza eléctrica, la expresión de "función emotiva" (puede preferirse la de "función expresiva") no debe por tanto tomarse aquí en su sentido habitual, que remite a un afecto humano. No tiene, de hecho, nada que ver con la emoción. Todo mensaje, incluso el más frío, pone en evidencia la condición de su emisor. Es un fenómeno que encontraremos más adelante, y que se estudia bajo el nombre de enunciación.

2.2. La función conativa o imperativa

La segunda función es la función conativa (o imperativa): centrada en el destinatario o receptor, apunta a determinar en éste un comportamiento activo, o a modificar sus condiciones de existencia. Ejemplos muy evidentes de esta función son la
publicidad electoral o comercial, los verbos en modo imperativo, los signos del
dedo índice que quieren decir «¡salga!», las señales de prohibición en el código de
tránsito, el célebre mensaje de Nelson en Trafalgar, las emisiones de olores
sexualmente atractivos entre los animales (o los humanos), los alegatos de abogados, los toques militares... Pero una lección de geografía, una película documental
o una lista de resultados de los juegos de fútbol tienen igualmente una función
conativa, ya que estos mensajes tienen como efecto modificar el bagaje de conoci-

mientos o de creencias del receptor. También determinan las condiciones de existencia del receptor.

2.3. La función referencial

Como su nombre lo indica, la función referencial se centra sobre el referente. Es decir que aparece como algo esencial en toda comunicación informativa. Ejemplos: estado de la bolsa de valores, señal de "caída de piedras", pictogramas en los edificios públicos, la danza de abejas que indica una porción del espacio rica en especies melíferas...

2.4. La función fática o de contacto

La cuarta función se llama *fática* (o *de contacto*): centrada en el canal, apunta a probar el buen estado de éste, y así establecer o conservar las condiciones de la comunicación. Con esto se subraya menos el hecho de transmitir la información que el hecho mismo de comunicar.

Ejemplos: el /aló/ que abre una conversación telefónica. En inglés, la pregunta /how do you do?/, que requiere de una respuesta similar y no de una verdadera respuesta a la pregunta. El /uno-dos, uno-dos/ (o el /one-two, onetwo/) de quienes no esperan que usted se extasíe con su capacidad de contar hasta dos y de ser incluso capaces de hacerlo en inglés, sino que simplemente prueban el buen funcionamiento de su amplificador. La palabrería del folclor estudiantil o de veladas mundanas, las conversaciones sin ninguna importancia, a propósito del clima, de todo, de nada y de poca cosa, las interminables conversaciones telefónicas de amigos inseparables o incluso las comidas serias de hombres de negocios que terminan con la conclusión de "bueno, tenemos que almorzar uno de estos días", etc., son comunicaciones de función esencialmente fática. Se notará que los fragmentos de mensaje con función fática se concentran a menudo al comienzo de un intercambio dado: carraspeos de garganta o miradas imperiosas del profesor, el indicativo musical de una emisión, el grito del guerrero a la carga. Pero pueden evidentemente marcar todo el intercambio: pensemos en una conversación acompasada con locuciones del tipo "sabes", con gestos de complicidad o codazos.

2.5. La función metasemiótica

La quinta función es a menudo llamada metalingüística. Si no se desea privilegiar el lenguaje verbal, puede llamarse función metasemiótica. Centrada en el código, interviene cuando un lenguaje sirve para hablar del lenguaje o, por decirlo de una manera más general, cuando unos signos sirven para designar a otros signos (y por ende a menudo para explicarlos o interpretarlos). Aquí el referente de la comunicación es, pues, un aspecto del código. Ejemplos: las definiciones del diccionario, los libros de semiótica o de lingüística, las precisiones terminológicas dadas en el curso de la conversación, las expresiones del tipo "¿cómo decirlo?" o "y diré algo más", las citas, donde el referente es una porción de mensaje de la que el emisor no asume la responsabilidad. Pero podremos evocar, también, para alejarnos de los ejemplos lingüísticos, las leyendas de los mapas geográficos o de los planos del metro, los manuales para el turista que viaja a Tokio o a Praga, las páginas del directorio telefónico que ofrecen las diferentes significaciones de los timbres sonoros...

Esta función es menos accesoria de lo que a primera vista parece. Pensemos en las conversaciones amorosas: ciertamente, tienen a menudo una función emotiva. ¿Pero no se agotan también con frecuencia en consideraciones sobre la impotencia del lenguaje para expresar lo que se siente? Tales conversaciones tratan, pues, tanto sobre las impropiedades y las limitaciones del código cuanto sobre los sentimientos. Así como las porciones de mensaje de función fática pueden marcar todo el intercambio, la función metasemiótica puede estar presente constantemente. En el curso de una conversación, en efecto, se prueba frecuentemente la hipótesis según la cual los participantes se refieren al mismo código. Si esta hipótesis no se verifica, ciertas precisiones metasemióticas pueden modificar el código en uno u otro de los participantes. Ejemplo de precisión metasemiótica: "la expresión de 'función emotiva' (puede preferirse la de 'función expresiva') no debe por tanto tomarse aquí en su sentido habitual, que indica un afecto humano".

Se dice frecuentemente que existe un *metalenguaje universal*: la lengua o lenguaje en sentido estricto. Sería en efecto la única semiótica que parece poder hablar de todas las demás semióticas (lo que justificaría entonces conservar el término *metalingüística*). De entrada se podría en efecto creer que resulta difícil hablar de música con música, de pintura con pintura, mientras que las palabras permiten fácilmente discutir sobre pintura o sobre música.

Estas eventualidades no son, con todo, infranqueables. Notemos en principio, de manera empírica, que un gesto es a veces más eficaz que una palabra, y que aceptamos de buen grado que "una imagen vale más que mil palabras". Por ejemplo, es difícil encontrar una definición lingüística para glosar el vocablo /caracol/. No es necesario disponer de palabras para manejar un concepto: así, el de «redondez» es familiar a todo niño pequeño, y es capaz de comunicarlo de múltiples maneras aun sin sospechar la existencia del vocablo /redondez/ en su lengua, palabra que acaso el lector de este manual encuentra por primera vez. Asimismo, puede hablarse de la música entre los metalenguajes que no son verbales: la partitura nos ofrece un sistema de notación musical que no es verbal.

La idea emitida más arriba era entonces un poco apresurada. Así, la pintura bien puede hablar sobre pintura. Si determinado pintor pone sobre su tela cuadrados o rectángulos de un rojo, un azul o un amarillo puros, separados por angostas tiras negras que se cruzan en ángulo recto, el receptor que haya aprendido el código de la pintura contemporánea sabrá enseguida que ese mensaje habla de la pintura de Piet Mondrian o de toda la escuela de "De Stijl". Si la cita —pues se trata por cierto de una referencia implícita a otra obra— es hecha por un Roy Lichtenstein, sabremos que Lichtenstein habla de Mondrian, y que esto pone en evidencia el código que hay en la base de De Stijl, pero que habla también de su propia pintura. Las áreas coloreadas mondrianescas las ha tratado en efecto con la trama que hizo célebres sus telas. Pero al hacer esto, Lichtenstein habla también del código de la tira cómica, de donde toma prestados sus cuadros de anchura constante, sus aplanamientos y todas sus convenciones como los globos y los estallidos. Sus citas tienen realmente el efecto de modificar el código a disposición del receptor. Lichtenstein amplía el código de la pintura inyectándole signos que sus predecesores habían proscrito.

Así, la primacía del metalenguaje verbal debe matizarse. En rigor, todo signo puede glosarse (interpretarse, diríamos en la terminología del semiótico americano Peirce, sobre la cual volveremos a hablar en el capítulo VIII) con otro signo, de cualquier naturaleza que éste sea; entonces, en principio, un concepto lingüístico puede recibir un interpretante musical, un signo visual puede recibir un interpretante lingüístico y así sucesivamente. Podremos pues distinguir —que se nos perdone esta pesada terminología— entre metasemióticas homosemióticas y metasemióticas heterosemióticas. En las metasemióticas homosemióticas, un mensaje configurado

a partir del código a habla de ese código a (hablar de lengua con palabras, de pintura con pintura); en las semióticas heterosemióticas, un mensaje configurado a partir del código a habla del código b (las partituras remiten a la música, las palabras a la pintura).

2.6. La función llamada poética

La última función, bastante mal bautizada, se llama función poética (o, a veces, retórica). Centrada sobre el mensaje mismo, llama la atención sobre la manera como el mensaje mismo se ha modelado. Por ejemplo, en poesía la rima impone al enunciado una lógica muy particular. En un mensaje en prosa, nos preocupamos de escoger las palabras en función de su sentido o de su valor expresivo, y no en función de su forma. En cambio la poesía versificada cuida de hacer aparecer esas palabras teniendo en cuenta sus características puramente formales: la longitud y el esquema rítmico de los vocablos, reiteración de ciertos grupos de sonidos, etc. La función comunicativa que estas palabras tendrían en prosa queda así puesta entre paréntesis, en provecho de otro tipo de significación que les confiere su rango particular.

Se dijo más arriba que la función poética ha sido muy mal bautizada. En efecto, aunque se la emplea dentro del género llamado poesía, como lo demuestra el ejemplo que acabamos de ofrecer, se la encuentra también en otros tipos de comunicación. Así, los frecuentes juegos de palabras en publicidad llaman la atención sobre la manera como el mensaje se ha formulado; la función se actualiza también en las adivinanzas, los proverbios, las definiciones de crucigrama, el lenguaje religioso, etc.

Los ejemplos que acaban de ofrecerse han sido tomados todos del lenguaje verbal. Pero puede encontrarse la función poética en otras semióticas. Así, la danza se vale de los movimientos naturales de la marcha, pero descalifica la lógica de la marcha —ir de un punto a otro— al utilizar esos movimientos por ellos mismos, dándoles así otro significado. Comparable a la danza es la marcha de los militares. No se trata solamente de ir de un lugar a otro: la formalización de los movimientos induce significaciones diversas, tales como la sumisión ciega a la autoridad, la creación del espíritu de grupo donde las individualidades quedan abolidas, etc. Los colores, las formas y las texturas que pueden servir para la representación de las

cosas (reconozco el dibujo de una naranja gracias a su color naranja y a su forma redonda) pueden liberarse de esta servidumbre y valer por ellas mismas. Eso es el arte abstracto.

Al igual que el mensaje trasciende los demás factores de la comunicación (ver 1.6), la función poética debe ponerse aparte. El mal funcionamiento de los otros factores crea ipso facto esta función o suscita su aparición. Por ejemplo, interpelar al mar o a la luna, o incluso a sí mismo en términos habitualmente reservados a un interlocutor muy distante, es trastornar la relación normal de los participantes y, por consiguiente, llamar la atención sobre la factura del mensaje. Del mismo modo, una hipertrofia de la función fática tiene por efecto llamar nuestra atención sobre el mensaje. Cuando el escritor Raymond Queneau anota en una grafía especial uno de esos intercambios ordinarios que hacemos todos los días —"apibeursdé touillou"*, por ejemplo--- nuestra atención se dirige a la estructura de esos intercambios. Todos estos procedimientos que hacen énfasis en la materialidad del mensaje han sido designados con el nombre colectivo de desfamiliarización. Se trata en efecto de presentar bajo una nueva luz los mecanismos del intercambio, familiares hasta el punto de que ya no tenernos casi conciencia de ellos. Hemos querido hacer de la desfamiliarización el criterio definitorio de la poesía. Pero, como acabamos de verlo, ésta puede caracterizar también otros tipos de comunicación.

3. Crítica del esquema

3.1. Inconvenientes

Se pueden dirigir algunas críticas al esquema de Jakobson, que se encuentra en todas las obras escolares. Todas van en el mismo sentido: es un esquema seductor y claro, pero demasiado simplificador.

3.1.1. La pluralidad de los códigos y mensajes en el intercambio

En principio, el esquema se queda corto por el hecho de que, en un solo y mismo intercambio, los participantes emplean casi siempre varios códigos simul-

Transcripción al francés de "Happy birthday to you". En castellano sería algo como "japiberdituyú".

táneamente, y las diferentes partes del intercambio pueden transitar por canales distintos. Pensemos en el ejemplo de una conferencia muy aburrida o discutible. El orador habla y gesticula informaciones decodificables gracias a códigos lingüísticos y gestuales. Pero, simultáneamente, sus oyentes pueden demostrarle su desacuerdo por medio de ruidos, gestos o actitudes, descifrables con ayuda de otros códigos. No nos sería difícil señalar otros ejemplos de esta interacción de códigos: en el juego de Pictionary, el dibujo suscita intervenciones verbales por parte de los participantes. En una sesión de entrenamiento canino, los mensajes enviados son verbales o gestuales, incluso gustativos (el azúcar), y la respuesta es un comportamiento. El sargento primero eructa vocablos que tienen una remota relación con el lenguaje verbal y, en el patio del cuartel, los muchachotes sumisos a su autoridad bosquejan discutibles pasos de danza... Además, para complicar el asunto, si los participantes del intercambio pueden simultáneamente hacer uso de códigos diferentes, uno de esos participantes puede movilizar él solo varios códigos en el mismo momento: hablo, pero simultáneamente hago gestos, mímicas, llevo ciertos vestidos, incluso ciertas insignias, despido ciertos olores: todas son comunicaciones simultáneas que pueden conformarse, completarse o contradecirse. Todos estos ejemplos muestran a las claras que la noción de mensaje es una noción compleja. ¿Constituye una conversación un solo y largo mensaje complejo, o está hecha de varios mensajes entrelazados? Repetiremos aquí lo que se ha dicho más arriba sobre la noción de código: no se puede aislar un código —y por tanto un mensaje conformado sobre la base de dicho código— sino mediante un esfuerzo de clarificación, dentro del cual deberán tomarse decisiones metodológicas a menudo simplificadoras. Una vez más, remitimos al capítulo VI, donde se estudiarán los mensajes pluricódicos.

3.1.2. El feed-back

Los ejemplos precedentes pusieron a la luz un fenómeno importante: el feed-back. Se constata en efecto que el emisor adapta constantemente su manera de emitir en función de lo que percibe de las disposiciones del otro participante. Por lo general, uno interrumpe su frase cuando ve que el interlocutor ha captado lo que uno quería decir; el emisor de un mensaje en Morse adapta la rapidez de su emisión a la de su compañero, etc. Con todo, el esquema clásico de la comunicación pasa por alto este fenómeno.

Incluso los últimos ejemplos son todavía demasiado simplificadores: pueden de hecho llevar a pensar que, como su nombre inglés parece indicarlo ("back"), el fenómeno del *feed-back* tiene lugar en un marco lineal (el emisor a emite un mensaje x, enseguida el receptor b emite una respuesta y, luego a adapta su emisión en x'y así sucesivamente). De hecho, el *feed-back* puede ser inmediato: la respuesta y del receptor b puede tener lugar incluso mientras se desarrolla el mensaje x del emisor a. Las dos emisiones son por tanto simultáneas. Por tanto, un esquema que nos presente la emisión como un fenómeno unilateral aparece como reductor. Emisión y recepción no pueden distinguirse más que en teoría.

3.1.3. ¿Son funciones bien diferenciadas entre sí?

Por lo demás, la frontera entre las diferentes funciones es bastante más tenue de lo que al principio parece.

Entre la función referencial y la conativa, por ejemplo. En efecto, toda información —función referencial— modifica el bagaje de conocimientos del receptor; podemos por tanto decir que actúa sobre él: función conativa. Por otra parte, no pocas de las presuntas informaciones tienen por objeto final un comportamiento. El aviso preventivo "caída de piedras" no se propone solamente informar sino sobre todo suscitar una cierta actitud en el automovilista, y la danza de las abejas constituye un rito que se inserta en el proceso de la recolección del azúcar.

Frontera tenue es también la que hay entre lo fático y lo conativo. La primera función apunta ciertamente a verificar el buen funcionamiento del canal, pero, de paso, pone al receptor en las condiciones de comunicación más adecuadas, por lo tanto es conativa también.

Tercer ejemplo: ¿podemos separar verdaderamente la función metasemiótica de la función referencial? La primera puede en efecto describirse como un caso particular de la segunda, donde el referente es un código. Pero al mismo tiempo es también cercana a la función conativa, ya que puede modificar la estructura del código en el otro participante.

Cuarta observación: la función metasemiótica y la función fática están emparentadas también, en la medida en que una y otra tienen como efecto optimizar las condiciones del intercambio, etc. En los ejemplos de función fática mencionados, pudimos distinguir dos tipos de condiciones de la comunicación: unas condiciones propiamente técnicas, pero también unas condiciones socia-

les. Ahora bien: si definimos la función fática como la que se centra en el canal, no deberíamos tener en cuenta sino a las primeras. Pero se ha visto que era difícil distinguirlas.

3.1.4. ¿Existe una jerarquía de las funciones?

Esta relativa indiferenciación entre las funciones vuelve más frágil todavía la idea de que un mensaje dado, o una porción de mensaje, pueda cumplir una sola función a la vez. Más vale partir de la idea de que una comunicación particular siempre llena el conjunto de las seis funciones enumeradas.

Por ejemplo, por el solo hecho de que el emisor produzca un mensaje, la atención del receptor se vuelve siempre hacia él; es lo que se llama efecto notificativo. Luego, todo mensaje tiene una función fática por el solo hecho de existir. Por otra parte, la función conativa existe siempre en todo mensaje. Su recepción, y el efecto transformador que se sucede en el destinatario, son hechos obligatorios. Vimos también que todo mensaje cargaba las huellas de su enunciación.

Sin embargo, algunos teóricos se han agotado buscando la función que tendría primacía en todo mensaje. Unos sostienen que, en cualquier mensaje, hay siempre un residuo fundado sobre la función referencial, siendo las otras funciones accesorias. Otros insisten, como acabamos de hacerlo, sobre la existencia de la función conativa. ¿Pero hace falta realmente resaltar una sola función? ¿No sería reducir el mensaje a la manifestación de uno solo de los códigos que lo constituyen (códigos sociales, éticos, ideológicos, etc.)? ¿No sería esto introducir de nuevo en los intercambios un principio de estabilidad y de unidad, cuando acabamos precisamente de demostrar la extraordinaria variedad de los aspectos de dichos intercambios, y la notable plasticidad de los medios que la integran?

3.1.5. Las formas y las funciones

Finalmente, podrá formularse una última crítica. El esquema permite identificar funciones pero no mecanismos ni formas semióticas. Ahora bien, una teoría semiótica debe constituir también una gramática —entendiendo esta palabra en un sentido que se discutirá en el capítulo IV— y debe por tanto dar cuenta de sus formas. Así pues, una descripción semiótica no puede limitarse al estudio de las funciones de la comunicación. Debe estudiar la factura de los signos y el funcionamiento de los sistemas donde se ubican.

Acabamos de leer que el esquema permite identificar unas funciones y no unas formas. Expliquémonos. Una misma función puede ser desempeñada por procedimientos formales muy disímiles e, inversamente, una misma forma puede jugar papeles muy diferentes.

Ejemplos de una misma función asumida por formas diversificadas: en la lengua, la orden —que parece ser el prototipo de la función conativa— no se expresa solamente con el modo imperativo. También puede expresarse con el presente del indicativo (/eso no se hace/), el futuro (/no, no, hija mía, no irás a bailar/), el infinitivo (/mirar y no tocar/, /agarrar un buen jamón de cordero.../); con preguntas (/¿no vas a hacer eso, eh?/, /¿podrías sacar la basura?/, /¿es ésa la forma de hablarle a su mamá?/); con perífrasis suavizadas (/me gustaría que sacaras la basura/, /serías muy querido si sacaras la basura/); con una comparación (/fulano, por su parte, no deja a su padre sacar la basura/), indirectas (/¿no te parece que esta basura ya hiede?/), y muchas otras formas más. El acto de preguntar puede hacerse de múltiples maneras, y no solamente a través de formas lingüísticas interrogativas. En el código de tránsito, la orden de pare a un vehículo puede darse con un toque de silbato, con un gesto del agente autorizado, lo mismo que con un semáforo o una señal fija.

Decíamos a la inversa que una misma forma puede asumir papeles diferentes: una interrogación puede constituir una genuina interrogación, con función referencial (/¿qué es eso?/) o metalingüística (/¿qué quiere decir eso?/), pero puede también constituir un reproche, con función conativa (/¿¡qué quiere decir esto!?/), con una emisión de función expresiva (/¿eh?/), y así sucesivamente. La /silueta de una vaca/ puede, según el contexto donde se la encuentra, asumir funciones diversas: referencial en un afiche en la carnicería, doble función referencial y conativa en un aviso del código de tránsito que nos recomienda tener cuidado con el paso de ganado, con función metasemiótica en un abecedario...

Esta pluralidad de relaciones entre una forma y una función no es realmente más que un caso particular de las relaciones complejas entre una forma y un sentido. Las estudiaremos en el capítulo VII, donde abordaremos las nociones de homonimia y sinonimia.

3.1.6. Conclusión: modelo ping-pong y modelo orquesta

En nombre de estas críticas, algunos han calificado este esquema de "modelo ping-pong". La comunicación se presentaría, en efecto, como un proceso donde

unos mensajes son expedidos como pelotas de manera unidireccional, a lo largo del mismo canal, y los participantes se contentarían con intercambiar sus roles alternativamente. Los que desprecian el modelo jakobsoniano quisieron oponerle un "modelo orquesta": en éste, la comunicación es un proceso colectivo donde cada uno toca su partitura (sin que haya un director de orquesta...), poniéndose de acuerdo con la del otro. En semejante concepción, la noción de interacción entre participantes y entre códigos es capital. La semiótica desemboca aquí en disciplinas como el análisis conversacional o la etnografía de la comunicación.

En el marco que acaba de trazarse, incluso la ausencia de acción es todavía una acción ("jamás ocurre que nada ocurra").

3.2. Ventajas

El esquema que acabamos de criticar en cinco oportunidades no está sin embargo privado de toda pertinencia. Por una parte conserva un valor práctico y didáctico y, por la otra, pone en evidencia las variables pragmáticas de la comunicación.

3.2.1. Interés didáctico

En el plano didáctico, el esquema resulta útil a los aprendices de comunicadores. ¿En qué debo pensar si me propongo proceder a tal tipo de comunicación? ¿He identificado correctamente a mi receptor y su sistema de valores? ¿Qué imagen tiene él de mí como emisor? ¿Tengo el mismo código que él? Para ser comprendido, ¿no debería hacer explícito mi propio código? ¿Funciona el canal correctamente? Así, existe cierto peligro al manejar la ironía si no hemos identificado bien al destinatario y su relación con el referente. Burlarse de Claude François* delante de uno de sus fervientes admiradores afirmando que "Claude François ha trastornado verdaderamente la vida de la humanidad" es totalmente inoperante: para el receptor, Claude François en verdad ha trastornado la vida de la humanidad.

3.2.2. Interés teórico: tipología de las situaciones de comunicación

En un plano más teórico, el esquema permite elaborar tipologías de situaciones de comunicación. Las encontramos en la mayoría de manuales consagrados a

^{*} Claude François (1939-1978): popular cantante francés de baladas románticas.

la comunicación. Pero estas tipologías siguen siendo empíricas. Se hallan fundadas bien sea en las funciones preponderantes en un tipo de situación dada, bien sea en una serie de oposiciones que explotan las diversas características que pueden presentar los elementos del esquema y sus relaciones.

Ejemplos de una tipología del primer tipo, fundada sobre las funciones preponderantes en un tipo de situación:

- Palabrería, cocktails, folclor estudiantil de belgas y bautizo iniciático de los estudiantes franceses: función fática;
- Lógica, ciencias, nomenclaturas: función referencial;
- Publicidad, señales de tránsito: función conativa;
- Diccionarios: función metasemiótica;
- Cuartos de hotel, números de teléfono: función referencial.

Como lo hemos visto ampliamente, varias funciones coexisten siempre en una comunicación, de suerte que esta clase de tipología puede volverse compleja:

- Ritos, ceremonias: función fática + función conativa;
- Poesía, música: función poética + función emotiva.

La retórica había propuesto, en la Antigüedad, una tipología de este género, que será examinada en el capítulo VIII.

En las tipologías del segundo tipo se puede, sin que la lista sea exhaustiva, oponer comunicaciones prácticas a comunicaciones no prácticas, comunicaciones próximas o lejanas, comunicaciones bidireccionales o unidireccionales, interpersonales o de difusión, intencionales o no intencionales. Como veremos, cada una de esas opciones también es discutible.

a. Comunicaciones prácticas vs comunicaciones no prácticas

Una comunicación considerada práctica tendría por objetivo ofrecer una información al destinatario o determinar una reacción en éste. El arte sería entonces una comunicación no práctica porque el signo estético sería autónomo y no tendría por función primera ser vehículo de una información. Pero esta distinción es problemática: en las "artes con tema" la comunicación claramente existe y, a la inversa, es arriesgado afirmar que en una música de encantamiento lo lúdico está primero y la función de sortilegio (práctica) en segundo lugar. Por lo demás, incluso si estuviéramos de acuerdo en afirmar que el signo estético no es vehículo de información alguna, no podemos sostener seriamente que éste no intente suscitar ninguna reacción en el o los receptores.

b. Comunicaciones próximas vs comunicaciones lejanas

Cuando las esferas personales del emisor y del receptor coinciden, existe la posibilidad de utilizar los canales naturales. No todos permiten, sin embargo, una idéntica relación entre los participantes (podemos entonces proponer una tipología de los signos fundada sobre la consideración del canal, punto de vista que desarrollaremos en el capítulo VI).

La comunicación lejana (correo postal, telecomunicaciones, mensajería electrónica) exige poner a punto canales artificiales que hagan un relevo a la comunicación cercana. Estos canales artificiales pueden también servir para conservar la comunicación: el papel, el pergamino, la piedra, los paneles pueden acoger la escritura, sustituto del lenguaje hablado; en los discos de cera o de vinilo se pueden imprimir marcas que permitirán reproducir los sonidos de la música; las cintas magnéticas, disquetes o discos ópticos pueden recibir los sustitutos magnéticos de mensajes elaborados en casi todos los códigos. Una tarea de las semióticas particulares consiste en estudiar el impacto que estos diversos relevos —que llamaremos transcodificaciones y a los que volveremos en el capítulo VI— tienen sobre la constitución de los códigos y los mensajes.

c. Comunicaciones bidireccionales vs comunicaciones unidireccionales

En las comunicaciones bidireccionales, emisor y receptor pueden en principio intercambiar sus papeles sirviéndose del mismo código. Es el caso en la conversación corriente, las señales marinas, el lenguaje de signos. En las comunicaciones unidireccionales, los mensajes circulan en un sentido único. Es el caso de la danza de las abejas (la abeja receptora no puede preguntar a la abeja emisora por un movimiento), del código de tránsito, de los cursos impartidos por ciertos profesores...

Podemos relativizar el alcance de esta distinción observando que la bidireccionalidad es a menudo posible gracias a una diferenciación del canal. Por ejemplo, el estudiante puede responder al profesor no por medio del lenguaje sino por una actitud de interés o de desinterés, con mímica, con ruidos de silla. Esos intercambios y sus equivalencias presentan un gran interés.

Si unidireccionalidad y bidireccionalidad fueran realmente opuestas, estos rasgos no permitirían entonces distinguir claramente diversos tipos de comunicación. Medir el porcentaje de unidireccionalidad en una comunicación donde es

posible la bidireccionalidad permite observar y definir semióticamente ciertos tipos de relaciones sociales: convivencia, autoritarismo, etc.

d. Comunicaciones interpersonales vs comunicaciones de difusión

Las comunicaciones llamadas interpersonales ponen en juego dos participantes o grupos de participantes claramente individualizados y casi siempre en contacto directo: dos personas comprometidas en una conversación, dos equipos de scouts enviándose señales con banderines, el dibujante y su equipo en el juego del Pictionary, el mimo y sus compañeros en el juego del retrato chino. Las comunicaciones de difusión ponen en juego un emisor y unos receptores poco individualizados: es el caso de la emisión por radio, de la escultura expuesta en un museo al aire libre. Podemos también hablar de comunicaciones de difusión en el caso de que estén asociados unos emisores poco individualizados y un receptor: es el caso del código de tránsito o de la señal que significa «peligro de muerte» sobre la puerta de una cabina de alta tensión. Cada una de estas relaciones —interpersonales o de difusión— pueden ser uni- o bidireccionales.

Una vez más, tal oposición puede criticarse. Decidir que determinada comunicación es interpersonal o de difusión puede en efecto ser muy arbitrario. Una conversación que se desarrolla entre dos personas puede de hecho concebirse para ser escuchada por un gran número (como en el teatro); la comunicación concebida como de difusión puede en la práctica asociar sólo a un número restringido de personas: ¡cuántos conferencistas grandilocuentes han tenido que aprender la modestia ante un auditorio imprevistamente despoblado!

e. Comunicaciones intencionales vs comunicaciones no intencionales

En el "lenguaje de las flores", de la naturaleza, de los astros o de las máquinas, hay por supuesto transferencia de información, pero es evidente que no hay intención de comunicar. Soy yo quien proyecto mi saber o mi cultura sobre unos hechos naturales que escapan a cualquier voluntad consciente: no es que el color del cielo me anuncie cierto tipo de clima, sino que yo aprendí a asociar esos fenómenos; la violeta no significa modestia, sino que he decidido adjudicarle esa virtud.

Podemos hacer la misma observación a propósito del rastro de pasos que dejo en el suelo fangoso, de la dirección que toma la veleta o de la que toma la sombra proyectada por el gnomon o la escuadra de un reloj solar, incluso si en todos estos.

casos el signo se produce con artefactos humanos. Cada uno de estos fenómenos no significa sino por adición: porque el receptor proyecta sobre ellos ciertas reglas de interpretación.

Algunos excluyen de la semiótica todos los fenómenos donde la intención de comunicar no es manifiesta. Pero podremos hacerles observar que la oposición entre comunicaciones intencionales y comunicaciones no intencionales es más difícil de sostener de lo que parece.

Aun en los casos de los primeros ejemplos —tomados de hechos naturales—, podrá encontrarse en ciertos receptores la creencia en una comunicación intencional. Es el caso de ciertas civilizaciones llamadas primitivas —pero que en este punto no siempre están muy lejos de las nuestras— donde puede creerse, por ejemplo, que un trueno constituye una advertencia divina. Se puede por otra parte también jugar a creer que la emisión es intencional ("La naturaleza es un templo donde vivos pilares/ Dejan a veces salir confusas palabras"*). Creencia o juego —el fanático de los horóscopos raramente sabe dónde está—, poco importa: en todos estos casos ciertamente hay una comunicación, por proyección de un código sobre fenómenos que para nosotros son naturales. Ahora bien, todos los objetos pueden ser blancos de una proyección, de una investidura social semejantes.

Por otra parte, en muchos casos resulta difícil y hasta arbitrario trazar un límite entre la intencionalidad y la no-intencionalidad. Un mismo comportamiento podrá ser emitido voluntariamente o no y, aunque haya sido emitido o no intencionalmente, ser percibido por el receptor como intencional o no. ¿No le daremos estatus de signo sino solamente en el caso en que haya emisión intencional, recibida en calidad de tal? No vemos qué nos autorizaría a trazar esta frontera. Por un lado, puedo andar despreocupado sin sospechar que las huellas de mis pasos le permitirán a alguien seguirme; pero también puedo esforzarme por imprimir bien mis huellas en el fango para permitirle a alguien que me siga. ¿Diremos que hay signo en el segundo caso y no en el primero? Los aficionados a las películas del oeste, donde esas dos posibilidades han sido ampliamente explotadas, difícilmente convendrán con esto. Otro ejemplo: algunas personas con poca imaginación piensan quizás que la vestimenta sirve en principio e incluso exclusivamente para cubrirse y respetar ciertas reglas de decencia. Las comunicaciones que permite establecer serían enton-

^{*} Versos iniciales del poema "Correspondencias", de Charles Baudelaire.

ces involuntarias. Pero uno puede también vestirse de manera particular pensando primero en significar su pertenencia a un grupo de artistas, a una corriente de opinión política, a una clase social, o también a una categoría de personas que comparten los mismos gustos. ¿Quién osaría negar que ése es el papel que juegan prioritariamente ciertas vestimentas? Es, entonces, comunicación intencional. Por otra parte, todo signo natural puede simularse, y entrar así en un proceso de comunicación intencional. Finalmente, por el hecho mismo de que un signo no intencional sea percibido por alguien que le da significación, hay comunicación: una cuyos mecanismos son los mismos que los de la comunicación considerada intencional.

El criterio de intención es, pues, muy difícil de manejar. Podemos sin embargo servirnos de él para proponer, como ha hecho Umberto Eco, una cierta tipología de las situaciones de comunicación.

Sean los mensajes que emanan del emisor (columna E). Estos mensajes pueden ser emitidos voluntaria (+) o involuntariamente (-). El destinatario (columna D) puede percibirlos consciente (+) o inconscientemente (-). Se puede además considerar que este receptor puede tener un juicio sobre el carácter intencional o no de la emisión (columna IE): puede estimar que el mensaje es emitido voluntaria (+) o involuntariamente (-). Esto ofrece una serie de ocho posibilidades (ver la tabla 2).

	E	D	IE
1.	+	+	+
2.	+	+	-
3.	+	-	(+)
4.	+	-	(+) (-)
5.	-	+	+
6.	-	+	-
7.	_	-	(+)
8.	-	-	(-)

Tabla 2.

Comunicación e intencionalidad: tipología de las situaciones

El primer caso es el de la comunicación considerada "normal", que respeta una serie de reglas pragmáticas que serán examinadas en el capítulo VIII: emito unos signos, recibidos voluntariamente, y postulados como voluntarios por mí. Ejemplo: alguien cuenta un chiste ante un auditorio, chiste que exige la imitación de acentos o de actitudes estereotipadas. El narrador emite intencionalmente esos acentos o esas actitudes, pues ha aprendido dichos signos con este fin. Los receptores, por su parte, pueden reír a carcajadas ante el actor sin ofuscarlo porque saben que este último lo hace con la intención expresa de hacerlos reír.

El segundo caso es el de la simulación: el simulador produce voluntariamente signos que el receptor toma por signos emitidos involuntariamente. Un ejemplo, tomado de la historia reciente de nuestros países: un muchacho en edad de prestar servicio militar no quiere ingresar al ejército. Desde su entrada en la visita médica, simula debilidad mental. El médico militar percibe los síntomas de una deficiencia, pero no adivina que se trata de una comedia, pues la estrategia es actuar "naturalmente". La proyección de olores artificiales de pan fresco, delante de ciertas panaderías donde hace mucho tiempo no se cocina un pan, compete también a la simulación.

Los casos tres y cuatro son los de las señales emitidas voluntariamente, pero recibidas de manera subliminal. Ejemplo: estudiantes esperan el final de la clase, previsto para el mediodía. Ahora bien, a las doce en punto el profesor no parece querer parar. Como ese retraso incalificable se ha vuelto un hábito en él, estudiantes que previamente se han puesto de acuerdo comienzan a arreglar sus pertenencias, a arrugar papeles, etc. El parlanchín siente el ruido provocado como una molestia, se da cuenta de la hora e interrumpe su exposición. Notemos que los dos casos se confunden, porque al destinatario, que recibe inconscientemente el mensaje, es difícil atribuirle la posibilidad de darse cuenta o no de la intención de los emisores.

Los casos cinco y seis corresponden a signos emitidos involuntariamente, pero correctamente interpretados por el receptor. Ejemplo: misma sala, mismos estudiantes. Al cabo de cinco minutos de inmovilidad, es muy natural que estos últimos comiencen a mover las piernas para desentumecerlas y a hacer chirriar sus sillas. Pero pueden hacerlo sin darse cuenta, dependiendo de qué tan grande sea su interés. El orador percibe esas señales y deduce por ellas que debe de ser mediodía. La diferencia entre los casos 5 y 6 es la siguiente: en 5, el profesor estima que su público ha encontrado un medio discreto para hacerle comprender gentilmente

que está abusando (aunque el chirrido no era intencional). En 6, el chirrido es correctamente interpretado como un síntoma involuntario.

Otro ejemplo del sexto caso es el de una sesión de psicoanálisis: el paciente deja escapar un lapsus (lapsus que, en la doctrina psicoanalítica, es por definición inconsciente). El analista lo nota, pero no lo atribuye a la conciencia de su paciente: sabe que estos lapsus no son controlables, y de allí su interés.

El séptimo y octavo caso son más problemáticos: corresponden a las señales emitidas involuntariamente y recibidas de manera subliminal. En el caso 7, el destinatario puede, con retraso, darse cuenta de un síntoma del tipo de los que se citaron en 5 y 6. En el caso 8 estamos por fuera de toda situación semiótica, ya que los actores no adquieren en ningún momento conciencia del intercambio. Para que haya relación semiótica es necesario que al menos una persona se dé cuenta del intercambio.

Una clasificación de las situaciones según el grado de conciencia de los participantes no está fundada sobre características internas en el código en cuestión, sino más bien sobre consideraciones de naturaleza pragmática. Su interés consiste, por ejemplo, en permitir la reflexión sobre cuestiones como la distinción entre la mentira y la ficción. Permitiría también reflexionar sobre la distinción entre las semióticas que estudian los artefactos expresamente preparados con fines comunicativos (como la lengua, el código de tránsito) y las comunicaciones no voluntarias (musgo sobre los árboles, meteorología...). Veremos en efecto en el capítulo siguiente que la noción de intencionalidad autoriza a algunos teóricos para oponer una semiótica de la comunicación —correspondiente a los primeros tipos de comunicación— a una semiótica de la significación, una semiótica amplia que tendría en cuenta también las comunicaciones no intencionales.

4. Información, redundancia y ruido

4.1. La información

La palabra información tiene un sentido muy preciso en la teoría de la información. La información es lo que es nuevo, inesperado: una respuesta muy predecible a una pregunta no ofrece ninguna información. Por ejemplo, si me dicen que el resultado de la tirada de un dado es una cifra situada entre uno y seis, la informa-

ción será nula, porque el resultado no puede ser otro que ése. Por el contrario, la información será más rica si me dicen que el resultado es una cifra par; más rica todavía si me anuncian "seis".

Se puede por consiguiente medir la información de manera rigurosa. Su medida es el número de preguntas necesarias para disipar cualquier ambigüedad sobre un evento. Hay que precisar: el número de preguntas binarias, es decir que no dejan lugar más que para una alternativa. La unidad de medida de la información es, de allí en adelante, el bit (abreviación de "binary digit"). Por ejemplo, si alguien quiere saber qué palo de naipes he sacado, le bastará hacer dos preguntas: ¿rojo o negro? Después, si es negro: ¿picas o tréboles? Esta información, obtenida al cabo de dos preguntas, tiene un valor de 2 bits. Notemos que toda información puede reducirse a una cadena de preguntas de elección binaria: ¿tal fenómeno x es exclusivamente p, o es no exclusivamente p? Claro está que para que estas preguntas puedan hacerse con validez, hay que conocer previamente la estructura del conjunto que tienen por objeto. Aquí, la persona que me interroga sobre mi carta en el juego debe conocer la estructura de la baraja, y saber que consta de dos colores y cuatro palos.

El nivel de información es, pues, inseparable de la incertidumbre que reina inicialmente sobre un fenómeno. Ahora bien, quien habla de incertidumbre habla también de desorden. Un sistema totalmente ordenado —donde todo es por consiguiente previsible— no es vehículo para información alguna.

Todavía es necesario tener en cuenta un par de conceptos ligados entre sí: la redundancia y el ruido. El ruido es un fenómeno que afecta el canal, mientras que la redundancia es una propiedad del código.

4.2. El ruido

Cuando las informaciones circulan a lo largo de un canal, corren diversos riesgos. Esos riesgos pueden provenir de tres fuentes, que son los tres componentes del canal: pueden proceder de un mal funcionamiento —o disfuncionamiento— del aparato emisor, de fenómenos que afectan el soporte físico del signo, o también del mal funcionamiento del aparato receptor. Mi voz puede ponerse ronca —disfuncionamiento del emisor—, el aire podría desaparecer de repente, lo que no permitiría la transmisión de las ondas sonoras —modificación del soporte físico—, mi interlocutor puede tener mala audición —dis-

funcionamiento del receptor—. En todos los casos la información transportada por el mensaje corre el riego de perderse completamente.

Seamos, sin embargo, prudentes ante las consecuencias ideológicas de la noción de disfuncionamiento, a la que no hay que amarrar la idea de desviación: un ciego no puede recibir las informaciones que, para otros seres humanos, transitan por el canal visual. No diremos por eso que un ciego es un vidente desviado.

Los factores de disfuncionamiento que sobrevienen durante la transmisión de un mensaje reciben el nombre de *ruido*. Esta palabra reviste aquí un sentido muy general: no concierne exclusivamente al canal auditivo; e incluso cuando lo concierne, no tiene el significado que le da el diccionario (así, en la teoría de la información, ¡la sordera es un ruido!). Así, son ruidos no solamente las interferencias en la radio, una pared interpuesta entre una persona y su escucha o el corte del teléfono, sino también la rasgadura del borde del periódico, un camión mal estacionado delante de un semáforo en rojo, la avería del televisor o de la computadora, una cabeza delante de mí en el cine, una mancha de tinta o de sudor en mi hoja... También son ruidos: la vista baja, la ceguera, la fatiga, la falta de atención, el estado de ebriedad o la sobredosis.

4.3. La redundancia

4.3.1. Un mecanismo de protección

Para preservar los mensajes contra los diversos accidentes que pueden sobrevenir en el curso de su transmisión a lo largo de un canal, los códigos que permiten elaborar esos mensajes pueden prever una redundancia. Se quiere decir con esto que una información dada puede repetirse un cierto número de veces en el enunciado, y distribuirse en las diversas unidades que constituyen el mensaje. La destrucción de una unidad dada no afectará así la transmisión de la información, ya que ésta se encuentra asegurada por unidades de control. La redundancia introduce un cierto nivel de orden (y por ende de información nula) en el desorden que es la información.

Ejemplo lingüístico: la información "plural" se transmite tres veces en el enunciado oral (que transcribimos en alfabeto fonético) /los beλos aκβoles/ (a través del determinante /los/, el /s/ de /beλos/ y el /es/ de /aκβoles/); está tres veces en la versión escrita de este enunciado (/los/, marca /s/ de /bellos/ y /es/ de /árboles/).

Constataremos de paso que en francés lo oral aparece a primera vista como menos redundante que lo escrito. Pero esta constatación no tiene que ver más que con el aspecto morfológico de la lengua: lo oral asegura la redundancia del mensaje con repeticiones, entonaciones, o hasta con gestos.

Ejemplos no lingüísticos: en el semáforo en rojo, la información «detención obligatoria para los vehículos» se transmite dos veces: con el /color rojo/ del disco luminoso, y con su situación /en lo alto/ de los tres discos de luz tricolores: el conductor afectado por el ruido que es el daltonismo no tendrá pues ninguna excusa si se pasa un semáforo. Síempre dentro del código de tránsito, la información «paso permitido a los peatones» se transmite tres o cuatro veces: /color verde/, situación /en la base/, icono de un /peatón en marcha/, incluso una /señal sonora/ diferenciada: el peatón es más mimado (o más vigilado) que el automovilista*. En la señalización marítima, las boyas «a babor» y «a estribor» tienen dos características redundantes, la una de color y la otra de forma: la primera es /cilíndrica/ y /roja/, la segunda es /cónica/ y /verde/.

4.3.2. La interacción de los códigos, la multiplicidad de los canales

Los ejemplos de la oralidad, donde el verbo se acompaña del gesto, o también el de la señal luminosa completada por una señal sonora, nos muestran que la redundancia puede alcanzar un nivel global gracias al uso de signos que pertenecen a códigos distintos y que se yuxtaponen. La información es transportada una primera vez por unos signos elaborados gracias a un código dado y circulan a lo largo de un canal dado; es nuevamente transportada por signos elaborados gracias a un segundo código, que circula eventualmente (pero no necesariamente) a través de otro canal. En el ejemplo de «paso permitido a los peatones», el mensaje moviliza tres códigos, cuyos signos circulan a través de dos canales. Otros ejemplos de la redundancia por códigos superpuestos: un doble gesto de desprecio —corte de mangas y lengua afuera— que es ya redundante en el canal visual, puede estar acompañado de un sonido que imita un pedo; un reloj con repique Big Ben da la hora en el canal visual y en el canal sonoro; algunas noticias en televisión pueden

^{*} Se refiere al sistema de semáforos en Francia, previsto para peatones videntes y cegatones. Su señal sonora es una voz que dice, por ejemplo: "El semáforo está en verde, boulevard Desseux".

acompañarse simultáneamente con imágenes y comentarios del periodista, o ser retomadas en los títulos que aparecen en la pantalla; pueden eventualmente ser objeto de un subtítulo o de una versión gestual.

Podremos entonces distinguir la redundancia intracódica de la redundancia intercódica y, si hacemos intervenir la consideración del canal, enumerar cuatro tipos de producción de redundancia:

- Redundancia producida en un mismo código (intracódica) y sobre un mismo canal;
- Redundancia producida en códigos diferentes (intercódica) y sobre un mismo canal;
- 3) Redundancia producida en un mismo código (intracódica) pero sobre canales diferentes; es un caso un poco delicado, como veremos;
- Redundancia producida en códigos diferentes (intercódica) y sobre canales diferentes.

Ejemplos del caso (1): la mención /cien francos/ repetida varias veces en un mismo billete de banco; los símbolos /picas/ y /corazones/ repetidos varias veces en una misma carta del juego; el nombre de un comerciante puesto diez veces en su aviso (Pirotte Pirotte Pirotte Pirotte, etc.); la cara ridícula de un candidato repetida en veinte carteliros yuxtapuestos.

Ejemplo del caso (2): las menciones lingüística y cifrada /cien/ y /100/ en el billete de banco de más arriba, o incluso las menciones en lenguas diferentes: /cent/, /hundert/, /cento/, y /tschent/ en el caso del billete suizo.

Ejemplo del caso (3): una persona entrevistada en la TV, cuyas palabras se presentan también en subtítulos. Este ejemplo nos muestra que el caso número 3 es sobre todo teórico: si se ponen en subtítulos las palabras del entrevistado aun cuando se supone que habla nuestra lengua, es sin duda porque tiene un fuerte acento o porque sufre de algún achaque. La versión oral nos comunica, pues, informaciones que la versión escrita no nos da y viceversa. Aunque la lengua oral y la lengua escrita funcionan grosso modo según el mismo código, una y otra presentan sus especificidades. Al pasar de un canal a otro, un mismo código sufre, pues, modificaciones, casi siempre sutiles pero a veces también espectaculares, como se verá cuando estudiemos la noción de transcodificación. De suerte que ese tercer caso se asimila la mayor parte de las veces al cuarto: códigos y canales diferentes.

Ejemplo del caso (4): la idea de «cien francos» puede ser expresada por las menciones /cien/ y /100/ en el billete de banco, o por el color, pero puede también serlo con una serie de pequeñas zonas circulares más gruesas sensibles al tacto. También en el ámbito de las finanzas, el valor de una moneda podrá manifestarse a la vez por su /color/, y la indicación de su /valor facial/, datos sensibles a la vista, pero también por su /peso/, su /grosor/ y su /dimensión/, datos a los que se llega también por el tacto. Último ejemplo: el faro giratorio y la sirena de ambulancia.

Los problemas que plantean la pluralidad de canales y el uso de varios códigos en un mismo discurso serán analizados en el capítulo VI, donde estudiaremos no solamente la noción de transcodificación, sino también la del discurso pluricódico.

4.3.3. El contexto pragmático, la estructura de los códigos

La presencia más o menos fuerte de redundancia en un enunciado depende de dos series de parámetros. La primera serie está constituida por las condiciones pragmáticas (un término que se definirá más adelante) de la producción del enunciado. La segunda lo está por la estructura del código utilizado.

a. Condiciones pragmáticas de la producción del enunciado

Las condiciones pragmáticas están constituidas por los contextos de la emisión: contexto físico, contexto psicológico, contexto social.

Contexto físico: podemos con toda naturalidad atenernos a que la redundancia sea más elevada en los contextos donde el nivel de ruido es elevado. De esta manera, si queremos hacernos oír a pesar de los decibeles de una discoteca, elevaremos la voz, separaremos las sílabas, exageraremos los movimientos de nuestra boca...

Contexto psicológico: el nivel de redundancia depende de la representación que el emisor se haga del receptor. Así, si un artículo de periódico se dirige a un público muy definido, su autor podrá contar con la comprensión de este último, y tomar menos precauciones que en el caso de un público muy amplio, donde reducirá la dificultad de lectura. Vemos así un asunto importante: que si la redundancia concierne al código, su descripción debe también tener siempre en cuenta al receptor. La redundancia sólo tiene lugar para un sujeto dado. Por ejemplo, el sonido emitido al mismo tiempo que la luz verde y que significa «paso permitido» sólo es redundante para el peatón que lo ve. No lo es para el que no ve.

Contexto social: la sociedad concede mayor valor a ciertos contenidos que a otros. Podemos por consiguiente esperar que la redundancia sea más elevada cuando crece la exigencia de una transmisión correcta de dichos contenidos. Así, podemos comprender fácilmente —y esto dice mucho de las prioridades de una sociedad— que en materia de seguridad vial o de signos monetarios, la colectividad tome todas las precauciones que considere indispensables.

b. Estructura del código utilizado

Segunda serie de parámetros: la estructura de los códigos. Estos difieren los unos de los otros por la tasa de redundancia que prevén y, en consecuencia, por el equilibrio que instituyen entre orden y desorden. Se estima así que la tasa de redundancia del francés escrito bordea el 55%. Por el contrario, la tasa de redundancia de un número telefónico es bastante baja: basta que falte una sola cifra, jy se pierde todo el número! Los códigos pueden ser también más o menos ricos en procedimientos que permitan producir sinonimias. Finalmente, los diversos componentes de un código (serán descritos más adelante, en el capítulo IV) pueden contribuir diversamente a la producción de la redundancia. Ésta puede, por ejemplo, alcanzarse por distintas vías: semánticas, morfológicas, sintácticas y hasta pragmáticas. Ejemplo de este último tipo de redundancia: si, con malévolo mirar, me dirijo a alguien pronunciando la frase /No eres más que un.../, poco importa la palabra que va a seguir (/cretino/, /imbécil/, etc.); mi interlocutor sabrá ya que lo insulto. Hay redundancia por tanto, pues el valor «insulto» está presente dos veces en el enunciado: está incluido a la vez en el empleo de la forma /no ser más que un/ y en la palabra que le sigue.

Podemos también ser más sistemáticos aun en la descripción de la producción de la redundancia, recordando que esta redundancia es una propiedad del mensaje, y que hemos definido el mensaje como el producto de los otros cinco factores de la comunicación. La primera serie de parámetros corresponde al canal (es lo que hemos llamado el contexto físico), al referente (el contexto social), al emisor y al receptor (contexto psicológico), mientras que la segunda serie de parámetros corresponde evidentemente al código.

Las variaciones de la tasa de redundancia constituyen un fenómeno que tendrá una gran importancia en el estudio de los enunciados retóricos abordados en el capítulo VIII. Por ejemplo, si la palabra que sigue a /No eres más que un.../

es /reverbero/, «reverbero» se vuelve *ipso facto* un insulto, debido al juego de la redundancia. Es, pues, este fenómeno el que permite al capitán Haddock, en las aventuras de Tintín, transformar en insulto la terminología de la biología, de la historia política o de la retórica clásica*.

[&]quot; Cuando se utilizan como insultos en las tiras cómicas expresiones como "ectoplasma", "apache" o "doríforo".

CAPÍTULO III

La significación

1. Comunicación y significación

De lo anterior se puede deducir que no es posible aislar los signos de los códigos que les dan su estatus, ni estos códigos de los canales por los que sus signos transitan, y que ya no es posible aislar estos códigos de los contextos en los cuales se actualizan. Encontraremos este principio de solidaridad general más de una vez en acción. Pero hay que examinar una aplicación precisa que nos servirá para discernir la relación compleja que se anuda entre dos fenómenos susceptibles de ser, cada uno, el objeto principal de la semiótica: la comunicación y la significación.

1.1. La significación en la comunicación

1.1.1. La comunicación y la significación, dos conceptos independientes

En la presentación clásica de la comunicación, la noción de código parece central. Ahora bien, lo que rige una significación es el código. Por consiguiente, nos vemos naturalmente tentados a decir que no hay comunicación sin significación.

Sin embargo, éste no es precisamente el caso. Hay en efecto circunstancias donde hay comunicación sin significación. En este caso, el proceso se reduce simplemente a una secuencia acción/reacción, a un ciclo estímulo/respuesta. Es el caso del reflejo de la rótula, o el de una luz intensa que obliga a cerrar los ojos. En el campo de la semiótica no tenemos que preocuparnos por ese tipo de comunicación. Así, pues, no nos ocuparemos más que de comunicaciones donde hay actualización de una significación. Las llamaremos con otro término que habría podido parecer redundante hasta el presente, y que no lo es: las comunicaciones semióticas.

Si puede haber comunicaciones sin significación, puede haber también, a la inversa, significación sin comunicación. En efecto, la historia del señor Sigma nos enseñó que el signo permite categorizar conceptos tales como «bien» vs «mal»; pero la categorización en sí misma, la estructuración del universo, sería diferente para cada uno de los dos personajes. Ahora bien, ninguno de los dos tiene, en un momento dado, explicitado claramente su código y no lo ha comunicado como tal. Ese código está simplemente disponible para una comunicación eventual que quizá nunca tenga lugar. Pero la categorización que contiene es esencial, puesto que Sigma y el médico fundan sobre ella su existencia cotidiana. Por lo mismo, se puede tener en la libreta de direcciones un número de teléfono que jamás se ha utilizado: la significación está presente allí (ese número corresponde efectivamente a alguien), pero la comunicación (la llamada) no ha tenido lugar. En otros términos, no es por no actualizarse que la significación potencial no existe.

Comunicación sin significación, significación sin comunicación. Se trata entonces de dos conceptos justamente independientes. Pero hasta el momento hemos podido constatar que éstos se interferían constantemente. ¿Cómo describir su interacción?

La cuestión es la siguiente: ¿cómo atribuye el receptor en una comunicación una significación precisa a una señal percibida? Partiremos de un ejemplo simple: el de la /luz roja/ que significa «obligación de detenerse».

Hay que resolver este problema en tres tiempos, simultáneos en realidad, pero que podemos distinguir para los efectos de la exposición.

El primer tiempo podría llamarse la decisión semiótica. El segundo es el tiempo de la significación potencial y el tercero el de la significación actual.

1.1.2. La decisión semiótica

Una luz emitida por una fuente eléctrica situada en lo alto de un mástil no tiene a priori ninguna obligación de significar algo para alguien. En un caso dado, soy yo quien le atribuye una significación, y quien la hace sede de una comunicación entre yo, como usuario de la vía, y un emisor (que puede ser la administración de tránsito, la colectividad de los usuarios o la sociedad global). Esta decisión no sobrevino evidentemente al azar. Está ligada a un doble conocimiento: (1) conocimiento de la equivalencia propuesta por cierto código corriente en la sociedad a la cual pertenezco (/luz roja/ = «pare»), pero también (2) conocimiento de las circunstancias en las cuales esta equivalencia es válida. Porque, en otros contextos, la misma luz no tendría la significación observada, o incluso no la tendría en absoluto: si la caja luminosa brillara en la sala de mi casa ya no sería una señal del código de tránsito, sino del arte conceptual; si se encontrara en un corredor, pero puesta sobre una mesa baja, o si la encontráramos en la parte más alta de un poste que sobrepasara en altura a un edificio, no se impondría la información «pare». Para significar y comunicar la significación «pare», la luz debe no solamente satisfacer unas condiciones de color, dimensión, etc., previstas por el código, sino también presentarse en un tipo de lugar preciso y a una altura dada. Cuando tales condiciones se reúnen, podemos atribuir una significación a eso que, en sí, no es más que un fenómeno físico entre otros: esto es la decisión semiótica. Hay un gran número de fenómenos delante de los cuales no tomamos esta decisión: un gran número de hechos naturales —viento que sopla, camino polvoriento, color del cielo...— no se establecen necesariamente a partir de una función semiótica particular.

1.1.3. La significación potencial

El segundo tiempo de la atribución de una significación es el de la significación potencial.

Aun situada en un código preciso, una señal dada admite toda una serie de significaciones. Una /luz roja/ puede significar «paren los camiones», «las motos»,



1.2. Semiótica de la comunicación y semiótica de la significación

1.2.1. La significación como condición de la comunicación

Así pues, las circunstancias contextuales son elementos de significación que intervienen en el funcionamiento de las comunicaciones. Pero no son hechos de comunicación. O en todo caso, no son comunicaciones intencionales: por mi situación al volante de mi automóvil, no deseo necesariamente comunicar la información «estoy conduciendo mi automóvil» o «soy un conductor»; puedo desear realmente llegar a tiempo a mi oficina, o a una cita amorosa, o a la clínica. Pero esta situación particular es necesaria para que se actualice la significación de la /luz roja/. Es entonces imposible describir el funcionamiento de un código sin hacer intervenir unas reglas contextuales codificadas. De suerte que una comunicación semiótica pone siempre en juego dos clases de significaciones: las que prevén el código propuesto (/luz roja/ y «pare», /caballo/ y «caballo», /. -- / y «w» en Morse) y aquellas que aclara el contexto.

Podemos retener de esto que no se pueden separar los hechos de verdadera comunicación (transferencia de informaciones con intención de comunicar) y los hechos de significación o de simple manifestación de sentido. No obstante, algunos teóricos han insistido mucho sobre una distinción que sería necesario mantener sólidamente entre los hechos expresamente producidos para comunicar (semáforos, toques de trompetas, lenguaje de signos) y los fenómenos no producidos expresamente para comunicar (la posición al volante, el vestido). En el primer tipo de hechos, la significación sería central, y en el segundo, sería accesoria (yo conduzco primero mi automóvil para ir de un punto a a un punto b; y no significo «soy un conductor» sino por añadidura). La preocupación de mantener esta distinción ha llevado a estos teóricos a estimar que habría una prioridad en la búsqueda. Antes hace falta, según ellos, constituir una semiología de la comunicación independiente sobre el modelo de la lingüística. Una vez fundada esta semiología, y solamente en segunda instancia, se podría pasar a una semiótica de la significación. Esta distinción se traduce en la terminología utilizada: los defensores de la semiología de la comunicación tienden a evitar el término mismo de signo, y a reemplazar esta noción por la pareja de indicios y señales. Los indicios son para ellos todos los hechos perceptibles que remiten a cualquier cosa que no está (la palabra es, pues, sinónimo de signo en el sentido en que nosotros la utilizamos hasta el

momento; por nuestra parte la utilizaremos de un modo más preciso), mientras que las señales son unos indicios convencionales, producidos expresamente para manifestar al receptor una intención del emisor.

Pero la distinción no es sostenible, como tampoco la que separa la comunicación intencional de la comunicación no intencional. No se puede aislar la una de la otra, no se puede aislar a las dos clases de significación: aquellas que prevén el código previsto y las que especifica el contexto. La significación se halla en todas partes (desde el momento en que se proyecta un valor sobre alguna cosa, se desencadena un proceso de significación) y es necesaria para que se establezca incluso la comunicación semiótica más banal. Tendremos en efecto muchas razones para volver a la proposición de nuestros predecesores, y afirmar que es necesario disponer de una semiótica de la significación para que una semiología de la comunicación válida pueda elaborarse.

1.2.2. Las semióticas de la significación

Al lado de la semiótica de la lengua y de aquellas que estudian el código de tránsito, la señalización marítima, los grados militares, la heráldica, las banderas nacionales, la codificación de las partidas de damas o de bridge, la criptografía, los signos de carretera, los gestos de los mimos, todas las escrituras (la nuestra, las inscripciones mayas, el lineal B, los jeroglíficos egipcios o hititas, las cuneiformes sumerias), los ábacos, el Braille, el Morse, el lenguaje por gestos de los indios de las planicies, el de Camerún o incluso el de los mayas, la "lengua de signos" de los sordomudos, las áreas con señales de los aeropuertos, los ritos de saludo, las fórmulas químicas, las diferentes estenografías que son las notas tironianas, el sistema Prévost-Delaunay, el sistema Stolze-Schrey o el sistema Gregg, la dactilología, las indicaciones en las cabinas telefónicas, las cartas de navegación, los uniformes de los futbolistas o de los ciclistas, los toques de clarín, los de las campanas o del teléfono, las fumarolas de la elección papal, la señalización ferroviaria, los faros de la costa, las luces en las pistas de aviación, los mapas viales, marítimos, geológicos o militares, las recetas de cocina, las etiquetas de precios, los números de vuelos comerciales, las pirámides de las edades, los colores de las estelas de los planeadores, las curvas de natalidad, los signos del Zodíaco, la criptografía de los vagabundos, la simbólica de la masonería, los jeroglíficos, los acertijos, las chapas, las condecoraciones e insignias, los cheques, los números de las cuentas bancarias, las

tarjetas de crédito, los naipes, las tarjetas de visita, los mapas aéreos, los mapas meteorológicos, las imágenes obtenidas por tomografía, termografía, radiografía, ultrasonidos, resonancia magnética nuclear, la escintografía, el telégrafo Chappe, los planos de instalación eléctrica, los iconos del Macintosh y de Windows, los tatuajes maoríes, el mutanga de los legas del bajo Zaire, los tambores de los dogón, los kamon japoneses, las lenguas silbadas de La Gomera o de los mazatecas, los movimientos del kathakali, las bufandas de las barras deportivas, las escarapelas, los emblemas de los carros, las placas mineralógicas, el Zodíaco, las siglas, los pictogramas, la inutilización de sellos postales, las pastas de los libros, los quipús, los timbres postales, los logos, el ábaco, etc.; al lado de todo eso se puede prever la existencia de semióticas que estudian los hechos no expresamente previstos para comunicar.

A título de ejemplo, existe, por consiguiente, una semiótica que trata los usos sociales de la organización del espacio: la proxémica. Ésta observa por ejemplo que la /distancia interpersonal/ significa la «relación» entre los individuos. Ahora bien, esta distancia varía con las culturas. En los países del norte de Europa, la distancia entre cualquier interlocutor debe ser x: una /distancia inferior y/ significaría «intimidad». Ahora bien, en los países del Sur, la misma /distancia y/ no tendría la misma significación. La proxémica observa que todas las culturas no ocupan el espacio de la misma manera al caminar en lugares públicos, así esas ocupaciones se codifiquen explícitamente (no hace mucho se dejaba «lo alto de la calzada» a aquél que se quería respetar) o no (el europeo camina ocupando el espacio con un balanceo longitudinal, el americano con un balanceo lateral). Esta disciplina también se ocupa de los artefactos de los que nos servimos para estructurar el espacio. Por consiguiente, en nuestra sociedad las grandes oficinas están reservadas a personas de altos puestos, con el fin de expresar la distancia jerárquica que separa a los interlocutores. Esta distancia jerárquica puede también ser recordada al subordinado por el espacio que debe recorrer para acceder al superior, después de la puerta hasta el escritorio (recordemos El dictador y el champiñón, de Franquin). Finalmente, esta misma importancia se puede indicar por la altura de la silla (recordemos esta vez la escena del peluquero en El gran dictador, de Chaplin; en cuanto a los reyes, se sabe que todos tienen su trono). La proxémica observa incluso que el factor de la dimensión —una característica espacial de los objetos— puede significar muchas cosas: importancia psicológica relativa de los miembros de una familia en el dibujo del niño sometido a la tortura de los P.M.S., jerarquía social de los personajes en el teatro de marionetas de Lieja.

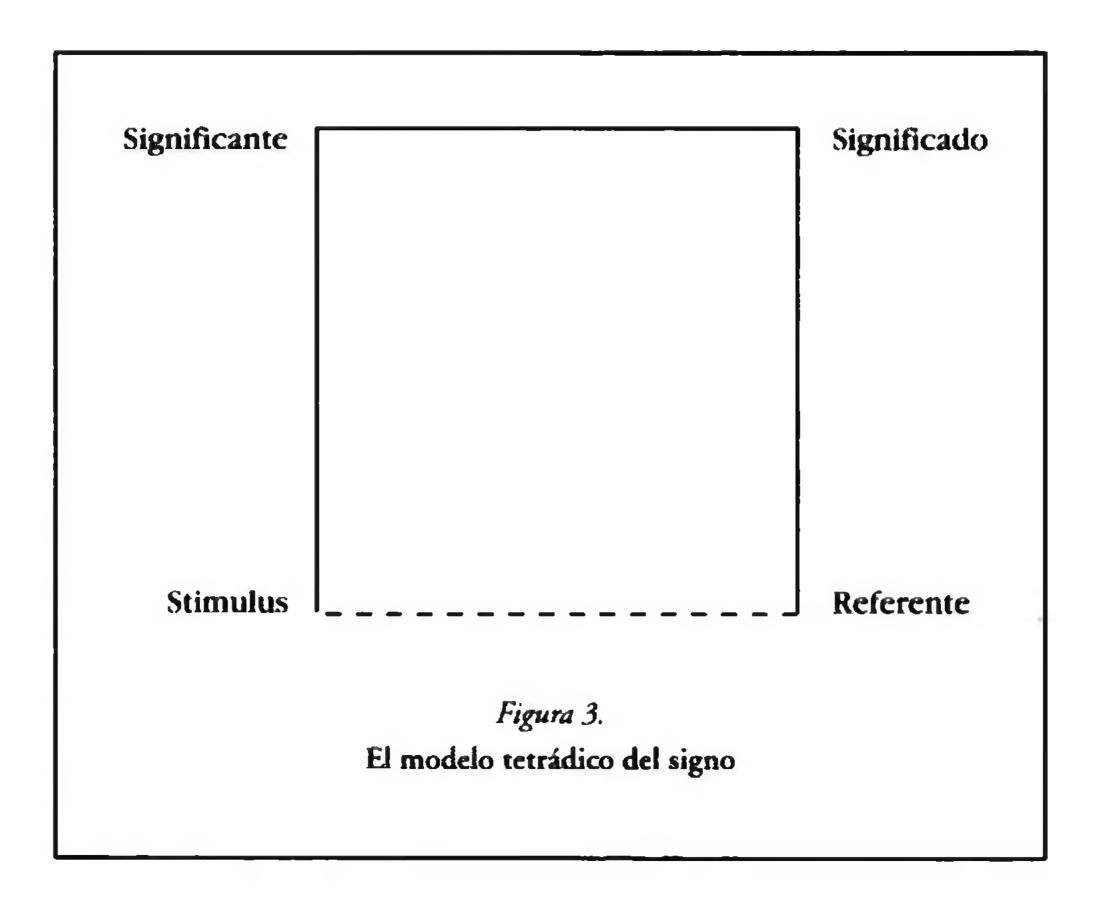






de vista muy particular? ¿Y qué es lo que hace que se decida que una cosa vale tanto por ella misma como por otra?

Todas estas preguntas nos llevan a tratar de distinguir los diferentes elementos cuya presencia es necesaria para que haya signo. Estos elementos son cuatro, como lo muestra el esquema de cuatro términos (ver la figura 3): el stimulus, el significante, el significado y el referente.



Vamos a definir los conceptos situados en cada uno de los ángulos de este esquema. Pero hay que anotar, antes de comenzar, que cada uno de estos conceptos no puede definirse sino en relación con los otros; por ejemplo, no existe un significante puro. Un fenómeno físico dado no tiene este estatus de significante sino en una cierta relación con un significado. Cada definición deberá entonces, para ser bien comprendida, ser leída dos veces, pues cada concepto no se aclara bien sino después de la lectura de la definición de todos los demás conceptos.







Según ellos, no se sabe lo que pasa en el interior del cerebro, si hay o no una idea y cuál (lo que parece sugerir el empleo de la palabra "concepto"): a lo sumo podemos apreciar si el receptor ha comprendido o no al observar sus reacciones; es el principio de la caja negra.

La semiótica no tiene que preocuparse por este debate. Se contenta con anotar que el sentido nace de la relación entre un universo del que deriva el significante y otro universo del que deriva el significado. Enseguida hablaremos de una relación entre un plano del contenido y un plano de la expresión.

2.4. El referente

La noción de referente (Ref.) ya se examinó cuando estudiamos el esquema de la comunicación: es aquello de lo que se trata en un proceso de comunicación o de significación dado. Una comunicación dada, reiteramos. Es decir, que el referente es particular (lo que no quiere decir singular, singular entendido aquí por oposición a plural): es una actualización del significado.

Pero el referente no es un objeto del mundo, por ejemplo en tanto que paquete de moléculas. No se puede conocer el objeto del mundo como tal: no hacemos más que proyectar nuestros modelos sobre los stimuli que provienen de la realidad. El referente es, pues, un objeto del mundo en tanto que puede ser asociado a un modelo, en tanto que puede hacer parte de una clase.

Un referente no es necesariamente real ni concreto. No es necesariamente real: sabemos cómo son los unicornios, aunque no creamos en su existencia. No es necesariamente concreto: el referente puede ser un objeto, ciertamente, pero también una cualidad o un proceso.

2.5. Solidaridad de los elementos del signo

Como hemos podido constatar, los diferentes componentes del signo se llaman el uno al otro: un stimulus no es un stimulus semiótico sino porque actualiza el modelo que es el significante; un significante no existe como tal (con el estatus de significante) sino porque entra en asociación con un significado; un referente no tiene ese estatus sino porque hay un significado que permite clasificarlo en una clase. Es la relación entre estos elementos lo que forma el signo.







nueva subcategoría entre los mamíferos). Ese doble movimiento hace pensar evidentemente en la pareja asimilación-acomodación de los psicólogos de la percepción.

Ese modelo insiste sobre el hecho de que el signo emerge de la experiencia. Su originalidad está en poner el acento en la *corporeidad* del signo: nuestro cuerpo es una estructura física sometida a las leyes que estudia la biología, pero es también una estructura vivida que tiene una existencia fenomenológica. Más adelante (en el capítulo VIII) veremos que si el signo emerge de la experiencia, orienta igualmente la acción. Éste es su segundo vínculo con la experiencia.

3.1. Cualidades y entidades

En la perspectiva que acaba de citarse, semiótica y cognición están estrechamente ligadas: la estructura semiótica elemental refleja exactamente nuestra actividad de percepción. Nuestro cuerpo, gracias a esta actividad perceptiva, es la sede de los mecanismos cognitivos. Acerquémonos a esta actividad.

Miremos un campo cualquiera sobre el cual llevemos nuestra actividad perceptora (visión, audición, etc.).

En su desarrollo más simple, esta actividad consiste en detectar una cualidad en el campo. Ahora bien, nuestros órganos perceptivos y el sistema nervioso central que coordina las informaciones que ellos proporcionan están equipados para detectar las invariantes en un campo dado. Mi ojo, por ejemplo, no se contenta con detectar múltiples puntos yuxtapuestos: si todos esos puntos tienen la misma luminosidad y el mismo color, diré que constituyen en conjunto una mancha, o una forma precisa. La cualidad percibida puede entonces llamarse translocal. Detectar una cualidad en un campo permite distinguir una entidad, dotada de esta cualidad y distinguirla de su entorno: en ese papel blanco discierno una mancha (entidad) azul (cualidad), en el aire percibo un sonido de sirena (entidad) agudo y poderoso (cualidad). En cierto modo puede decirse que la entidad es una cualidad vuelta cosa: una cualidad reificada*.

He aquí el origen del saber humano: la conjunción de estas adquisiciones simultáneas —cualidad y entidad— constituye un conocimiento elemental.

Notemos de paso que no se puede distinguir cualidad y entidad sino mediante una maniobra de diferenciación: la forma vista se desprende de un fondo visual,

^{*} Reificada: cosificada. Del latín res, rei: cosa, objeto, asunto o negocio.







interacciones— en todas las semióticas: en el lenguaje verbal, por supuesto, pero también en el de las imágenes, los símbolos químicos, los colores, etc. Tanto en las semióticas como en el conocimiento perceptivo —lo veremos más adelante para las primeras—, el sentido es el resultado de un acto de distinción: se segregan ciertas unidades (el rojo y el azul de las señales de carretera, por ejemplo) en un continuum (el de los colores, en nuestro ejemplo), en nombre de cierto valor. Ciertamente las semióticas no pueden llevarse de vuelta a los conocimientos perceptivos: para que haya semiótica se necesita algo más que el acto de distinción. Es necesario, como se verá más adelante, haber relacionado un plano del contenido y un plano de la expresión. Pero lo que hemos establecido hasta el momento sugiere ya que podrán compararse la unidad (semiótica) y la entidad (perceptiva); el valor (semiótico) y la cualidad (perceptiva); y que en general podrán relacionarse percepción y semiótica.

Volvamos a la tríada entidades-cualidades-interacciones. Todo transcurre como si el pensamiento humano no pudiera funcionar sino elaborando conjuntamente un repertorio de entidades y un conjunto de reglas que rigen sus interacciones. Por consiguiente, el físico investiga las partículas elementales (mesones, piones, bariones...: entidades) y describe sus interacciones fuertes o débiles (atracción de masas, fuerzas eléctricas y magnéticas...: interacciones). Es igual con la mecánica («movimientos» —interacción— de los «cuerpos» —entidades—...), la química («propiedades» de los «elementos»...), la ecología («equilibrio» de las «especies»...). Los lenguajes por su parte también reproducen esta estructura de base. Por ejemplo, el del código de tránsito con sus diversas formas (círculo, triángulo, etc.) y sus colores (azul, rojo, blanco...) asociados en las diferentes señales.

A continuación llamaremos *enciclopedia* a un sistema dado de clasificaciones de entidades distinguidas según sus cualidades y a las que se atribuyen ciertas interacciones.

3.4. El carácter plural y provisorio de las enciclopedias

Hemos dicho más arriba que el proceso cognitivo recorría la pirámide de las disyunciones en dirección de distinciones siempre nuevas y multiplicadas, en una progresión que no tiene fin, puesto que las cualidades reconocidas pueden cuestionarse una y otra vez. Pero también hemos hablado de un movimiento







tica? Un semiótico integrista no lo admitiría. Sin embargo, una frase como la mía sería incomprensible si «rapidez» no interviniera, de alguna manera, en la definición de liebre. Dicho de otra forma, esta frase no sería válida desde la perspectiva del diccionario. Si se quiere describirla correctamente, se debe, pues, optar por la perspectiva enciclopédica.

Por otra parte, ¿cuál es el estatuto de los rasgos de los términos que entran en las proposiciones sintéticas? Se ve de entrada que no hay un límite definido entre las cualidades que producen proposiciones analíticas y las demás cualidades: es bastante claro que «ser árbol» es analítica en el caso de «abedul»; es igualmente claro que «ser utilizado frecuentemente en papelería» no lo es. Pero, ¿qué pasa verdaderamente con «flexible» y, sobre todo, con «blanco»? ¿No deben situarse en alguna parte entre los dos rasgos precedentes? Parece, pues, que todos los intermediarios son posibles entre los rasgos del diccionario y los rasgos enciclopédicos. «Rapidez» pertenece a la definición de la «liebre» por la misma razón que «animalidad», pero tal vez en grado menor...

Por consiguiente, se llega a decir que las proposiciones analíticas no son otra cosa que antiguas proposiciones sintéticas que se establecieron en una cultura. Son unánimemente aceptadas y no tienen ya que ser objeto de confrontaciones con la realidad. Asignan a una entidad estable una cualidad estable también: una cualidad prototípica. Pero la confrontación puede tener lugar en cualquier momento para hacer atribuir nuevas cualidades a las entidades, de modo que se puede siempre remodelar el conjunto de proposiciones analíticas disponibles en dicha cultura. "Las ballenas son peces" fue una proposición analítica; hoy en día, "las ballenas son mamíferos" es igualmente analítica. "La tierra es plana" se ha vuelto "la tierra es redonda". Estos cambios no han podido producirse sino a través de un discurso enciclopédico (el paso de la una a la otra se establece gracias a proposiciones sintéticas del tipo: "Pero créame, la tierra es redonda, ha sido probado por el cálculo, y por Magallanes").

Si se puede definir las proposiciones analíticas como aquellas que no se discuten en una cultura dada, todos los grados de estabilización son posibles. Y no solamente todos los grados de estabilización son posibles, sino también muchas enciclopedias pueden coexistir, como vimos. Pueden coexistir en la misma sociedad (muchos de nuestros contemporáneos estiman todavía que la tierra es plana, que las ballenas son peces), pero igualmente en el mismo individuo (el



Índice de conceptos

Siempre que fue oportuno, indicamos en caracteres más gruesos el o los pasajes donde la noción está definida o explicada.

Hemos añadido a este índice de conceptos una elección de entradas referentes a semióticas importantes que sirvieron para ilustrar la exposición: por ejemplo la lengua, la escritura, el código de tránsito, la música, la arquitectura, el vestido, los ritos religiosos. Por el contrario, no sería útil remitir a los ejemplos utilizados más puntualmente: billetes de banco, signos del Zodíaco, danza de Bali...

A

Acción: 22, 26, 105, 290, 291, 312; v. acto, pragmático.

Acomodación: 105; v. asimilación.

Actante: 177; v. modelo actancial,
protagonista, objeto, sujeto, emisor, destinatario, oponente, adyuvante, narración.

Actio: 311; v. retórica.

Actitud 1: 256, 261, 263, 264, 282; v. variación, representación.

Actitud 2: 62, 267, 292; v. gesto, cinético, proxémico.

Actividad cognoscitiva, perceptiva: v. cognición, percepción, corporeidad.

Acto; - de lengua: 293-295 (v. locutorio, ilocutorio, perlocutorio, pragmático); - asertivo: 294; - directivo: 294; - interrogativo: 294 (v. interrogación); - social: 312, 314 (v. retórica); v. actio, acción.

Actor: 294, 295 (v. sujeto, emisor, interlocutor, usuario); - narrativo: 294, 295 (v. narración, actante).

Actualización: v. unidad, resultado, palabra, enunciado, modelo; - del implícito: 300, 303.

Adición: v. adjunción.

Adjetivo: 211.

Adjunción: 331, 331-333, 334, 335, 392;- repetitiva: 332; - supresión: v. supresión - adjunción. v. operación retórica.

Adstrato: 280, 280, 281; v. interferencia. Adverbio: 203.

Adyuvante: 177-179; v. opositor, modelo actancial, eje del poder, narración.

Agramaticalidad: 120; v. gramática, gramaticalidad.

Alegoría: 332; v. metalogismo.

Álgebra: 145, 151, 153, 162, 232, 363; v. cifra.

Alimento: v. cocina.

Alotopía: 150, 319, 331-322, 323, 324, 328, 329, 385, 386, 387, 389; v. isotopía, divergencia.

Altura: 346; v. sonido.

Amplificación: 312, 314; v. discurso epidíctico.

Amplitud: 346; v. sonido.

Anáfora: 332; v. metataxis.

Análisis: - componencial, sémico: 158, 158, 387, 388 (v. descomposición, clase, articulación, sema, unidad); - conversacional: 72, 295-297.

Analítico; proposición -: 112-113 (v. sintético); transformación -: v. transformación 2.

Analogía: 275, 276, 277, 388, 389, 392; v. economía semiótica.

Anamorfosis: 361, 366; v. transformación cinética.

Ángulo de vista: 366; v. visión.

Animal: 32, 54, 62; v. zoosemiótica.

Antífrasis: 332; v. metasemema, contradicción.

Antimetábole: 332; v. metataxis.

Antisujeto: 178; v. sujeto, opositor, modelo actancial.

Antropología: 23, 34, 60, 95, 168, 249, 297; v. etnografía, etnología, sociología, cultura.

Antropomorfización: 171; v. curso generativo.

Aparato emisor, receptor: 41, 58, 181;

v. emisor, receptor, canal.

Aprehensión fenomenológica: 342.

Aprendizaje: 197-199.

Arbitrario, arbitrariedad: 103, 183, 184, 186, 187, 187, 189, 192-194, 196, 202,

203, 205, 206, 236, 382; v. motivación.

Arcaísmo lateral, zonas laterales: 243, 245; v. variación en el espacio.

Argot: 323; v. verlán.

Argumentación: 163, 171, 174, 310, 311, 314-316; v. retórica de la -, mediación argumentativa, esquema.

Argumento: 310, 311, 314; v. inventio, dispositio, elocutio.

Armonía: 349; v. color.

Arquetipo: v. prototipo, mediación arquetípico.

Arquitectura: 32, 94, 220, 250, 259, 360, 377; v. espacio, plan 1, poxémico, diseño, urbanismo, muebles, arte.

Arte: 73, 381; - del tiempo: 58 (v. lineal); - del espacio: 58 (v. espacio, tabularidad); - abstracto: 66, 380-381; v. arquitectura, diseño, pintura, dibujo, tira cómica, cine, música, escultura, fotografía, literatura, escritura, danza.

Articulación: 148, 151, 152, 154-158, 160-163, 274, 327, 328, 368, 370, 372-374; primera -: 157, 161, 162; segunda -: 162; doble -: 157, 162, 370; - dicha móvil: 162; v. unidad, costo, economía, descomposición, sintaxis, código.

Artículo llamado partitivo: 136, 137. Aserción: 175; v. negación, denegación, transformación, sintaxis funda-

mental, acto asertivo.

Asimilación: 105; v. acomodación.

Asociación: v. paradigma.

Aspecto: v. verbo.

Ausencia: 72, 133, 138, 139; v. oposición, signo cero.

Autonomía: 66, 216-218, 300; v. heteronomía.

B

Bandera: <u>92</u>, 208, 250; - de marina: 123 (v. semáforo).

Barrio: 94, 153; v. geografia, urbanismo.

Base: 144; v. componente, léxico, categoría, sintaxis.

Bidimensionalidad: 354, 369, 382; v. proyección.

Bidirecionalidad, bidireccional: v. comunicación bidireccional.

Bilingüismo: 270; v. dicodia.

Binarismo: 134, 135.

Bit: 80; v. información.

Biunivocidad: 61, 231, 232, 342; v. restricción, discurso científico.

Blasón: v. heráldica.

Borroso 1:60, 106, 146, 147, 236, 348; v. conjunto.

Borroso 2: 381; v. continuización, vibración.

Braille: 92, 208, 211; v. escritura.

Brillo: v. luminosidad, color.

Buen uso: v. uso.

 \mathbf{C}

Caja negra: 120.

Caligrafia: 217; v. escritura, arte, dibujo.

Cambio: v. variación en el tiempo.

Campo; - de claridad: 361, 365, (v. transformación v. óptica, fotografía); - perceptivo: 105, 106 (v. percepción, calidad, entidad).

Canal: 53, 57, 58, 61, 63, 61, 69, 72, 66, 74, 80, 87, 98, 116, 117, 126, 181, 207-212, 219, 221, 345, 346; - de funcionamiento cercano, lejano: 74, 208-212, 221 (v. comunicación cercana, lejano); - auditivo: 58, 81, 207, 209, 210, 346 (v. su); - táctil: 208, 209, 212,

345;- visual:58, 82, 209, 212, 213, 219, 346, 373; - olfativo:209, 346 (v. perfume); - gustativo: 208, 209, 346; v. apoyo, aparato, redundancia, ruido, stimulus, experiencia, contexto instrumental, trascripción, dificultad de -.

Cantidad: v. máxima de -.

Caricatura: 368, 382, 391; v. dibujo.

Cartas, cartografía: 44, 56, 64, 92, 98, 185, 187, 191, 193, 196, 210, 242, 249-251, 285, 362, 375: v. plan 1, semiografía, proyección, geografía.

Categoría, clasificación: 88, 108, 117, 190, 338; v. oposición, estructura, clase, experiencia.

Causalidad: 185, 188, 201; v. motivación.

Centro motor: 257, 255; v. variación en el espacio, arcaísmo lateral.

Cercana: v. comunicación -.

Cibernética: 32, 55; v. computador.

Ciencia: 73, 107, 111, 169-170, 176, 231, 281, 338-344; v. terminología, imágenes, discurso científico, reestructuración científica, código científico.

Cifra: 156-157, 162, 214, 224, 248; v. sistema 2, álgebra.

Cine: 41, 60, 61, 170, 171, 220-221, 260, 346, 347, 371, 383; v. arte, dibujo animado, fotografía.

Cinésica: 32, 220, 239; v. proxémica, gesto, actitud 2.

Circuito de la comunicación: 53, 71, 295; v. emisor, receptor, comunicación, cooperación.

Circularidad: 87, 148.

Circunstancia: v. contexto.

Cita: 64, 65.

Clase: 99, 100, 106-110, 146-148, 158, 160, 339, 351, 354 (v. paradigma, categoría); - social: v. sociedad.

Clic: 121.

Cocina: 95, 123, 142, 145, 153, 166, 208, 241, 243-244, 263, 280, 281, 283; v. canal gustativo.

Código: 45-47, 49, 59, 53, 57, 58, 58, 59-60, 61, 64, 65, 66-69, 74, 78, 79, 82-84, 96-99, 113-118, 125, 130, 137, 139-142, 144, 151, 153-157, 160-163, 227-230, 232-234, 236, 245, 246, 275, 276, 277-279, 286-288, 291, 295, 298, 299, 300-302, 305-307, 308, 324-327, 329, 346, 382; - elemental, mínimo: 139; superposición de códigos: 59, 82 (v. redundancia, discurso pluricódico);

- científico: 231 (v. ciencia);
- retórico: 231 (v. retórica);
- llamado "de signo único": 161;
- llamado sin articulación: 160, 161;
- llamado con segunda articulación solamente: 162;
- llamado de primera articulación solamente: 162, 163; doble articulación: 163;
- llamado de articulación móvil: 163 (v. articulación); sistematicidad de -: 150;
- de tránsito: 24, 29, 32, 37, 47, 62, 71, 68, 79, 82, 89, 109, 123, 124, 129, 133, 138-139, 144, 145, 152, 158, 160, 207, 210, 228-230, 232, 241, 270, 275, 292 (v. el panel, semáforo);
- postal: 37; v. sistema, dicodia, unicodia, homonimia y sinonimia inter códigos e

intra códigos, redundancia inter códigos e intra códigos, metasemiótica, arbitrariedad, motivación, variación, interferencia.

Cognición: 25, 35, 105-107, 108-110, 337, 338; v. percepción, conocimiento, ciencia.

Co-inclusión: v. inclusión.

Color: 49, 57, 95, 108, 109, 116, 188, 190, 192, 228, 346, 347, 347-349, 353, 354, 358, 364; simbólica de los colores: 187, 188, 198, 232, 233 (v. símbolo); v. saturación, dominante cromática, brillo, plástico, visión, cromema, contraste, luz.

Comida: v. cocina.

Combinación: v. sintagma.

Comparación: 71, 373, 391, 392; v. emparejamiento, metáfora.

Comparativo: 195.

Compatibilidad: 320; v. incompatibilidad.

Compensación: 268; v. norma, hipercorrectismo, inseguridad.

Competencia: 120; - enciclopédica: v. enciclopedia;

v. resultado.

Componencial: v. análisis -, descomposición.

Componente; - fonológico, léxico, morfológico, semántico, sintáctico, pragmático: v. fonología, léxico, morfología, semántica (y curso generativo), sintaxis (y curso generativo), pragmática, gramática; - transformacional,

- de categoría: v. transformación 1, gramática generativa; v. análisis componencial. Comportamiento: v. pragmático, interpretante, psicología comportamental.

Comprensión entre usuarios: 229; v. uso, participantes, recepción, producción, interpretación.

Comprensión: v. clase, extensión, sinécdoque, hiponimia, hiperonimia.

Comunicación: 21, 22, 24, 32-34, 35. <u>37, 40, 42, 53-78, 87-96, 101, 110, 115, </u> 116, 122, 223, 227-231, 234-237, 251, 253, 259-261, 264, 275, 290, 291, 292, 295-297, 321, 327; - semiótica: 88, 91; esquema de -: 53-79, 116-118, 125; situación de -, tipología de las situaciones de comunicación: 73-79: - animal: v. zoosemiótica; - práctica, no práctica: 72, 73; - cercana, lejana: 74, 75 (v. distancia); - unidireccional, bidireccional: 71, 75. 68; - interpersonal, de difusión: 68; intencional, no intencional: 75-78, 91 (v. intencionalidad); éxito y el fracaso del acto de -: 90-92; v. tipología; semiótica, semiología de -: v. semiótica, semiología; circuito de -: v. circuito; v. eje de -, etnografia de -.

Comunidad semiótica: 251; v. usuario, socio, norma.

Conativa; función <u>-:62</u>, <u>63</u>, <u>69-73</u>, 312; v. acto directivo, imperativo.

Concebido; grado -: v. grado.

Concepto: 100, 104; descomposición conceptual: v. descomposición; v. sentido, significado, filosofía, modelo.

Conciencia: <u>77-78</u>, 177, 271, 272; v. intención.

Concluyente: 202, 203; v. espacio, signo ostensiva.

Condensación: 170; v. psicoanálisis, desplazamiento.

Conector: 223, 224, 382; v. índex, conmutador, co-referencia.

Confirmación: v. dispositio.

Conformidad: 350, 355, 359, 369; v. significando icónico, referente, tipo.

Congruencia: 361.

Conjugación: 277; v. verbo.

Conjunción 1: 134, 165, 168, 316; v. disyunción 1, eje semántico, cuadrado semiótico.

Conjunción 2: 389, 390; v. disyunción 2, grados percibido y concebido.

Conjunto: 146-147, 158, 159, 336; - estricto, laxo: 146 (v. borrosidad 1); v. clase, paradigma, calidad (cualidad).

Conmensurabilidad: 353, 354; v. transformador.

Conmutación: 139, 141, 145, 184, 236; v. paradigma, sistema.

Conmutador: 203, 223, 382; v. índex, conector.

Connotación: 118, 188, 198, 213, 231, 234-238, 239, 248, 257, 262, 262, 269, 279, 282; v. signo, interpretando.

Conocimiento: 22, 40, 106-109, 359; - científico: v. discurso científico, ciencia; - retórica: v. retórica; v. cognición, filosofía, epistemología.

Constatativo; verbo -: 294, 295; v. performativo.

Contable: 136, 137; v. masivo.

Contacto; función de -: v. fático; entre semióticas: v. interferencia; v. distancia. Comunicación cercana.

Contenido; plano del -: 61, 101, 109, 116, 117, 123, 141, 148, 157, 158, 172, 182-184 (v. significado, expresión, signo, reparto); inversión de -: 172, 174 (v. transformación 1, curso generativo).

Contexto: 89, 90, 91, 95, 96, 199-201, 232, 234, 241, 289, 293, 300, 302, 303, 306, 318, 319, 323, 391; -como sinónimo de referente: 53, 56, 87 (v. referente); - física: v. canal; - social: 259, 260, 261, 269, 282 (v. sociolingüística, variación en la sociedad, situación, sociedad) - formal, informal: 260; - instrumental: 276, 260, 261, 269, 282 (v. canal); - referencial: 259, 260, 261, 269, 280, 281, 343; v. variación, significado del contexto, error sobre el -.

Contigüidad: 185, 186, 187, 201, 203-206, 218; v. motivación, signo contiguo.

Continuización: 361; v. transformación analítica, continuo.

Continuo: 49, 115, 116, 347; v. discreto, reparto, forma, continuización, serie.

Continuum: 49, 115, 116; v. materia, discreto (y unidad discreta), oposición, continuo.

Contradicción, contradictorio: 60, 164, 165, 166, 175, 228, 304, 323; v. contrario, cuadrado semiótico, negación, ironía, antífrasis.

Contrario, contrariedad: 160, 164-166, 175; v. contradicción, cuadrado semiótico, subcontrario, aserción.

Contraste: 346, 349, 360; transformación óptica, fotografía, color.

Contrato: 263, 275, 295; v. cooperación, convenio, sociosemiótico.

Convención: 46, 47, 104, 184, 198, 202, 263, 293; - explícita, implícita: 47; v. código, arbitrario.

Convencionalización: 327; v. divergencia, reestructuración.

Conversación: 220; v. análisis conversacional.

Cooperación: 258, 275, 276, 295-298, 299, 307, 316, 317, 319, 321, 324, 325, 327, 343; v. contrato, interlocutor, pragmática, retórica, diferenciación 2, máxima de, economía semiótica, pertinencia.

Coordinación: 370, 371, 373; v. determinación, icono.

Co-referencia: 223; v. referente.

Corporeidad del signo: 105, 290.

Corpus: 271; v. estatus.

Cortesía: 249, 252, 267, 272; v. rito, actitud 2.

Cosa: v. objeto 1, referente.

Costo: 156, 274-276, 286-288, 298; - paradigmático, sintagmático: 156, 214, 225, 274; v. economía semiótica.

Cotipia: 352, 357-358, 369; v. tipo, transformación 2.

Criterio: 123, 124, 126; v. distinción.

Cromema: 348; v. color, dominante cromática.

Cronofotografía: 383; v. fotografía. Cronosintaxis: 150, 152, 373; v. sintaxis.

Cuadrado semiótico: 135, 163, 165, 167, 175; v. oposición, conjunción 1, disyunción 1, sentido (organización global de-), mediación.

Cuadro: 220; v. índex, pintura, arte. Cualidad 1: 274, 275, 276, 276; Cualidad 2: 105, 106, 110-111, 112, 113, 134, 145, 335, 339; - translocal: 106; v. entidad.

Cualidad 3: v. máxima de -. Cuento de hadas: 170, 171; v. relato,

Cuento de hadas: 170, 171; v. relato, literatura.

Cultura: 47-49, 102, 113, 136, 146, 147, 160, 167, 168, 191-194, 206, 219-221, 228, 246, 348; v. naturaleza, sociedad, arbitrario, relativismo, antropología.

Curso generativo: 171, 174-176; v. narración, relato, cuadrado semiótico.

D

Danza: v. arte.

Decisión semiótica: 89, 90, 65, 102.

Deconstruccionismo: 25.

Definición: 64, 310; v. interpretante, perífrasis.

Degradé: 334; v. borroso.

Deliberativo: v. discurso.

Demografía: 261, 278, 288; v. sociedad, economía.

Denegación: 175; v. aserción, transformación, sintaxis fundamental.

Denotación: 118, 231, 234, 235, 236; v. connotación.

Derecho: 254; v. retórica, sociedad, institución.

Derivada: 364; v. álgebra, discretización.

Descomposición; -referencial, conceptual, en modo –, en modo »: 158-161, 3089, 333, 359, 378, 388; v. análisis componencial, discretización, rompimiento.

Descripción: 126-130, 138; - semiótica: 26, 119-179, 240, 347; v. enciclopedia, diccionario.

Desembolso: v. costo.

Deseo: v. eje del -.

Desfamiliarización: 67; v. poética (función -), poesía, estilo.

Desglose; - correspondiente, no correspondiente: 182, 183, 184, 186-187; v. descomposición, discretización, contenido, expresión, unidad, signo indescomponible, oposición.

Desmultiplicación: v. articulación.

Desorden: 80; v. orden 1.

Desplazamiento 1: 362; v. permutación.

Desplazamiento 2: 170; v. psicoanálisis, condensación.

Destinador: 54, 55, 125, 177, 178, 240, 241; v. emisora, destinatario, usuario, participante, emotiva, modelo actancial, eje de la transmisión, narración.

Destinatario: 53, 55, 56, 117, 125, 177-179, 240, 241, 311, 326, 365; v. receptor, usuario, socio, conativa, modelo actancial, eje del transmisión, narración.

Desviación: 240, 307, 315, 321, 324-328, 343, 383; reacciones ante el -: 326. 327; v. alotopía, error, grado percibido, concebido, norma, convencionalización, reevaluación, estilo, elección, figura, retórica, conciencia.

Determinación: 370, 371, 386;

- interno: 371, 387, 430;
- externo: 371, 387, 390; conflicto de s: 387, 390;
- v. subordinación, supraordenación, coordinación, preordenación, determinante.

Determinante: 123, 151, 374, 388, 489; v. icono, trazo, tipo, señal icónica, forma, unidad distintiva, determinación.

Devolución: 225; v. escritura.

Diacronía: 129, 130, 245; v. variación en el tiempo.

Diafasia: 245; v. estilo.

Dialéctica: 309, 371; v. retórica, filosofía.

Dialecto: 243, 248-251, 254-257,

285;- social: v. sociolecto;

dialectalización: 251 (v. diversificación); v. variación en el espacio, norma.

Diario, periodismo: 40, 43, 54, 171, 244, 247, 283, 371, 379; v. medios de comunicación.

Diastrasia: 245; v. variación en la sociedad.

Diatopía: 245; v. variación en el espacio. Dibujo: 48, 142, 153, 158, 192, 193, 197, 198, 210, 220, 313, 362, 37; - a trazos: v. discretización, línea limpia; - animado: 482 (v. cine); v. icono, arte, pintura, caricatura, plano 1, perspectiva, tira cómica.

Diccionario: 64, 73, 111-113, 122, 252, 253, 292, 293; v. léxico. v. modelo – de descripción del sentido: 111-113, 299; v. sentido 1, enciclopedia.

Dicodia: 252, 268-270, 279, 284, 285, 286; v. código, unicodia, variedad, diglosia.

Diégesis: 173; v. relato.

Diferencia, diferencialidad: 106-108, 130, 133, 134 (v. disyunción 1, oposición, cuadrado semiótico, identidad, diferenciación 2 y 3);

- específica: 158 (v. clase, género).

Diferenciación 1: 106; v. oposición; - de canal: v. canal.

Diferenciación 2; principio de -: 297; v. cooperación, retórica.

Diferenciación 3: 361, 364: v. icono, transformación analítica, indiferenciación.

Difusión: v. comunicación de -.

Diglosia: 269, 270; v. dicodia, lengua variedad, bilingüismo.

Dimensión: 348, 355; v. homotecia, proyección.

Dirección de la comunicación: v. comunicación.

Discontinuo: v. serie, discreto, discretización, distinción, oposición.

Discretización 1: 115-117, 182, 335, 339, 348, 395; v. descomposición, desglose, unidad discreta, oposición, estructura.

Discretización 2: 363, 364; v. transformación analítica.

Discreto; carácter -: 78, 347; v. continuo, unidad discreta, discretización 1.

Discurso (y discursivo): 61, 172, 310, 315, 316, 344; -social: 314; -narrativo: 172-173 (v. narración, relato, curso generativo, estructura semionarrativa);

- -episemiótico: v. episemiótico;
- pluricódigo: 41, 68, 84, 163, 219-226,
 269, 305, 347, 358, 360, 376, 382 (v. redundancia intercódica, código);
- judicial: 309, 312, 313;
- epidíctico: 312, 313;
- deliberativo: 312, 313;
- argumentativo: v. argumentación, retórica;
- retórico: 313, 315, 339-344 (v. inestabilidad, multiplicación no falsable); científico: 168-170, 174, 176, 231, 335, 339-344 (v. estabilidad, restricción, falsabilidad, ciencia); v. enunciado, mediación discursivo, acto.

Diseño: 94; v. muebles, arte, objeto 2. Disfunción: 80, 81; v. ruido, canal, redundancia.

Dispositio: 310, 311; v. retórica, argumento.

Distancia: 93, 95, 96, 209, 213, 297, 316, 365; v. comunicación cercana, lejana, canal, funcionamiento cercano, lejano, argumentación.

Distinción: 106-109, 275 (v. disyunción 1, diferenciación, oposición, distintiva); - social: 265-267 (v. norma, legitimidad, poder, sociedad).

Distintiva; unidad -: 153, 154, 157, 161-163; v. fonema, rasgo distintivo, determinante, oposición, significativa.

Disyunción 1: 105, 107, 109, 133-135, 158, 163, 165, 167-169, 315, 316, 323, 251; v. oposición, conjunción 1, eje semántico, cuadrado semiótico.

Disyunción 2: 389, 390; v. conjunción 2, grados percibido y concebido.

Diversificación: 245, 246-251, 256,

271; v. variación, evolución.

División: v. dispositio.

Doble articulación: v. articulación.

Doble enunciación: v. enunciación.

Dominante cromática: 193, 348, 349, 354, 364; v. color.

Dualismo: 137, 138; v. monismo, oposición, diferencia.

Duración: 376-384; - intersticial: 378, 379, 382; v. movimiento, tiempo.

E

Economía: 253-258, 274, 275, 278, 285, 287, 288, 318 (v. prestigio); - semiótica: 155, 156, 214, 274, 275, 297, 298, 318, 382, (v. pertinencia, cooperación, diferenciación);

- paradigmática, sintagmática: 155, 156 (v. costo); v. restricción, discurso científico.

Efecto: 295 (v. acción);

- Buben: 219, 261 (v. escritura, regresión 2);
- notificativo: 70.

Eje; - semántico: 134, 135, 171-173, 339 (v. oposición, conjunción 1, disyunción 1, cuadrado semiótico);

 paradigmático, sintagmático, de la combinación, de la selección: v. paradigma, sintagma;

- del deseo: 178 (v. objeto, sujeto, modelo actancial);
- del poder: 178 (v. sujeto, opositor, coadyuvante, modelo actancial);
- de la transmisión, de la comunicación:
 178 (v. emisor, destinatario, objeto, modelo actancial);
- de variación: v. variación; -es icónicas: 381, 353- 356, 369.

Ejecución del signo: 205; v. emisión, producción, enunciación, estilo, pragmático. Ejemplo: 338; v. discurso deliberativo.

Ejecución: 120, 311, v. competencia, enunciación, habla.

Elección: 232, 240; - v. estilo, divergencia, alternativa, variación.

Elipsis: v. metataxis.

Elocutio: 311, 314, 344; v. retórica, argumento, tropo, figura.

Émic: 128, 129, 286; v. étic.

Emisión; - voluntaria, involuntaria: 84 (v. intencionalidad); v. emisora, enunciación.

Emisor, emisora: 54, 55-58 62, 64, 68, 73, 74, 76, 77, 94, 95, 117, 237-241, 274, 275, 295, 321, 358, 360; cadena de instancias emisoras: 54; v. receptor, emotivo, aparato -, emisión, usuario, enunciación, producción.

Emotiva: función -: 62, 63, 64; v. emisor. Emparejamiento: 391, 392; v. figura icónica, comparación.

Empirismo: 104, 316; v. idealismo. Enciclopedia: 49, 109 110- 114, 146, 312, 319, 321-327, 338-344, 355, 373, 376-378, 380, 391; reorganización, restructuración de la -: 109, 110, 335-339 (v. recategorización de la experiencia, v. experiencia, mediación); v. incompatibilidad enciclopédica, inyección, oposición, diccionario, sentido.

Enseñanza: v. escuela, institución.
Entidad: 105-108, 109-110, 113,
146, 335-339, 354; v. cualidad, unidad.
Entimema: 312, 313; v. discurso judicial, silogismo.

Entonación: 199, 213, 215; v. paralingüística, tono.

Entropía: 276; v. orden, información. Enunciación: 60, 62, 69, 125, 127, 203, 236, 241, 292, 298, 301-305, 307, 310, 328; doble -: 305; v. ilusión enunciativa, emisor, enunciado.

Enunciado: 56, 61, 120, 122, 125, 136, 142-146, 149, 150, 169, 170, 203, 219-224, 228, 235-241, 290, 293-295, 297-310, 317-326, 343, 360, 365, 366, 379, 382-386, 390-392; v. discurso, sintagma, enunciación, narración, relato, retórica.

Enunciador: v. emisor, receptor, participantes, enunciación, sujeto.

Epanórtosis: 331; v. metataxis.

Epidíctico: v. discurso-.

Episemiótico; discurso -: 129, 263, 266, 286, 288; v. émic, actitud 1, representación.

Epistemología: 40; v. filosofía.

Equivalencia: 352, 359, 360; v. signo, función, icono.

Error; - en el signo, - en el contexto: 96 (v. señal, contexto); v. divergencia, pertinencia, alotopía, ilusión.

Escala de iconicidad: 192-194; v. motivación, icono.

Escolarización: v. escuela.

Escritura: 74, 81, 92, 151, 207, 211, 211-219, 247, 260, 311, 346, 375, 384; - ideográfica, logográfica: 213, 214, 218, 224-226; funciones grafemológica, gramatológica, fonográfica, logográfica, morfológica, temática, indexical, taxonómica, topológica, simbólica, de la -: v. grafemológica, gramatológica, fonográfico, etc.; v. lengua, transliteración, objeto gráfico, tipografía, transcodificación, devolución, taquigrafía, caligrafía, grafología, ortografía, jeroglífico, efecto Buben, Braille, puntuación.

Escuela: 252, 267; v. institución. Escultura: 58, 75, 221, 347, 365; v. arte, transformación cinética.

Espacialidad: v. tabularidad, sintaxis, toposintaxis, espacio.

Espacio: 60, 93-95, 119, 243, 244, 351, 352, 358, 362; v. variación en el; - artes del -, semiótica visual, forma, proxémica, sintaxis tabular, sintaxis topológica, arquitectura, superficie, tiempo.

Esquema: 315; v. argumento, argumentación, retórica de 1a argumentación.

Estabilidad: 107, 113, 146, 340-342; v. inestabilidad, permanencia, universalidad, reestructuración, institucionalización.

Estabilización: 113, 350, 352, 355; v. referente, tipo.

Estándar, estandarización: 212, 247, 251-256, 285; v. variación en el espacio, en la sociedad, comunidad semiótica, institución, dialecto, sociosemiótica.

Estatus, status: 271; (v. corpus); - social: 257 (v. prestigio, legitimidad, sociología); v. sociedad.

Estética: 36, 73, 95, 221, 265 266, 313, 349, 367; v. norma, filosofía, arte.

Estilística: 237-241, 381; v. rasgo, fonoestilística, estiloestadística.

Estilo: 198, 206, 231, 232, 237-241, 259, 268, 311, 336-338, 348, 351, 362, 366, 367; v. singularización, rasgo, elección, divergencia, variación, connotación, ejecución.

Estiloestadística: 240.

Estimulación: 104, 115, 209; v. stimulus, experiencia, percepción.

Estratificación social: v. variación en la sociedad, sociedad.

Estructura: 48-51, 88, 133, 134, - diádica, triádica, - tetrádica del signo: 97, 98, 101, 103, 368; - profunda, - de superficie: 43, 143, 173, 175, 176; - elemental de la significación: v. cuadrado semiótico; - narrativa: v. narración, curso generativo; - semionarrativa: 174-175; (v. curso generativo, relato) - discursiva: 175 (v. curso generativo, discurso); v. reestructuración, categorización, código y sistema, oposición, gramática.

Estructuralismo: 115, 137.

Étic: 128, 129; v. émic.

Ética: 227, 265; v. norma, institución.

Etnografía de la comunicación: 72; v. antropología.

Etnología: 129, 367; v. antropología.

Eufemismo: v. metalogismo.

Evolución: 270-288, 339;

- interna: 291-273;

- externa: 273, 283-288;

rapidez de la -: 271, 272;

sistematicidad de la -: 272;

factores de -: 274-277, 281, 286-288; v.

diacronía, variación en el tiempo.

Exclusión recíproca: 159, 160, 164, 165; v. intersección, metáfora, cuadrado semiótico, disyunción, lógica.

Éxito: v. comunicación.

Exordio: v. dispositio.

Expansión semiótica: 255, 256, 283, 284-288; v. retroceso, implantación, superposición, importación, radiación, interferencia.

Expectativa; - satisfecha, - decepcionada: 149, 150; v. redundancia, isotopía.

Experiencia: 59, 103-107, 114, 290-292, 336, 374, 342, 343, 351, 352; recategorización de la -: 336-338; v. percepción, estimulación, estructura.

Explícito: 300; v. implícito, sentido expreso, grado percibido.

Expresión; plano de la -: 101, 109. 116, 117, 124, 141, 157, 172, 182-184, 189, 388; v. significante, contenido, signo.

Expresiva; función -: v. emotiva.

Expreso: v. icono, signo ostensiva.

Extensión: v. clase, hiperonimia,

hiponimia, sinécdoque.

F

Fábula: v. relato, cuento.

Falsabilidad: 342-343; v. no falsable, reestructuración, discurso científico, retórica.

Fática; función -: 63. 67. 69. 70. 73: v. canal.

Feedback: 68, 69.

Fenomenología: 105; v. aprehensión fenomenológica, filosofia.

Ficción: 79; v. relato, discurso.

Figura: 240, 299, 306, 307, 311, 315, 316, 317-344; producción de la -: 318-320, 327-329; clasificación de las- s: 332-334; - de pensamiento: 330; - de estilo: 311 (v. estilo); figura icónica: 308, 328, 384-392; (v. tropo, proyectado, interpenetración, emparejamiento); v. metaplasma, metataxis, metasemema, metalogismo, tropo, grados percibido y concebido, sentido propio y figurado, retórica, implícito, mediación retórica.

Film: v. cine.

Filosofía: 33, 34, 95, 100, 104, 117, 137, 138, 189, 190, 309, 315; - del lenguaje: 34, 40; v. ideología, lógica, fenomenología, pragmática, hermenéutica, estética, dialéctica, idealismo, realismo, empirismo, monismo, dualismo,

Filtrado: 361, 364; v. transformación analítica, color, cromema.

Flash-back: 380.

Folclor: 32, 233; v. antropología, cultura, sociedad.

Fonema: <u>57. 99.</u> 116, 121, 124, 128, 136, 141, 151, 154, 184, 213-215, 225,

239, 240, 276, 279, 329; v. sonido, fonología, unidad.

Fonémica, fonemático: v. fonología. Fonética: 128; v. fonología, sonido.

Fonoestilística: 239; v. estilo, sonido.

Fonografia: 213, 214, 215, 218, 225;

v. escritura.

Fonología: 121, 128, 141, 239, 272;

v. fonema, fonética.

Forma 1: 29, 34, 61, 114, 115, 116, 117, 172, 173, 182, 183, 346-349; v. expresión, contenido, sustancia, materia.

Forma 2: 57, 116, 117, 184, 214, 347, 348, 353, 356, 390; v. plástica, determinante, formema.

Forma 3: 70, 71; v. gramática.

Forma truncada: 332; v. metaplasma.

Formador; nivel -: v. nivel.

Formema: 348; v. forma 2.

Fotografía: 44, 185, 191-194, 197, 198, 210, 245, 260, 347, 354, 355, 362-364, 374, 380, 381, 383; v. cronofotografía, proyección, contraste, campo de nitidez, arte.

Fracaso: v. comunicación.

Frase: 31, 46, 143, 144, 151, 152, 154, 155, 195, 210, 216, 294, 373; v. enunciado, sintaxis.

Frecuencia: 346; v. sonido.

Frontera: 94, 185, 195, 196; - de significante, del significado: 248-250; v. urbanismo, geografía.

Fuente: 57, 209; v. referente.

Fuerza;- centrífuga, - centrípeta: 245-257; v. unificación, diversificación, evolución.

Función 1: 269, 270, 275, 284; v. variedad, contexto.

Función 2: 61-72, 73, 74; v. conativa, emotiva, metasemiótica, referencial, poética, fática; v. también

- gramatológica,
- grafemológica;
- mediadora: v. mediación.
 Función 3: v. objeto 2.
 Fundido: v. borroso 2, vibración.

G

Generalización: v. sinécdoque.

Generativo; curso -: v. curso; gramática generativa; v. gramática; v. génesis.

Género; - próximo: 158; v. clase, diferencia.

Génesis del sentido: 104- 107, 130, 335, 338-342; v. estabilización, sentido, enciclopedia.

Geografía: 94, 245, 255, 265, 283; v. espacio (y variación en la -), nudo, vista, frontera, punto saliente, barrio, urbanismo, cartografía.

Geometría: v. transformación geométrica, espacio.

Gestalt, psicología de la: v. psicología de la percepción, forma 2.

Gesto, gestualidad: 32, 35, 36, 41, 42, 60, 82, 187, 196, 199, 210, 231, 240, 260, 272, 292; v. cinésica, mimo, actitud 2, icono, paralingüística.

Grado; - percibido: 317, 319, 329, 332, 336, 385, 386, 388 (v. sentido expreso); - concebido: 317, 319- 321, 328, 332, 336, 385, 386 (grado conce-

bido 1: 319, 320, 385, 386; grado concebido 2, grado concebido completo: 320, 321, 328, 385, 386); v. conjunción 2, disyunción 2, in absentia, in prasentia, sentido propio y figurado; - de conciencia de los participantes: v. conciencia; - de libertad: v. variación, alternativa, estilo.

Grafemológica; función -: 215, 216, 217-219, 224, 236; v. escritura. Grafología: 217; v. escritura.

Gramática: 39, 41, 43, 70, 112, 120, 121, 122-129, 143, 248, 310; - generativo: 143, 174 (v. recorrido generativo);

- textual: 120 (v. texto, enunciado); - lingüística: 121-122, 252 (v. lengua; lingüística); -: filosófica: 190; v. código, fonología, morfología, semántica, sintaxis, pragmática, retórica, gramaticalidad, agramaticalidad.

Gramaticalidad: 120, 122, 139; v. agramaticalidad, gramática Gramatológica; función -: v. escritura. Gusto: v. canal, sentido, icono gustativo.

H

Hábito: 292; v. interpretante. Habla: 90, 126, 127, 315, 316, 325; v. lengua 2, enunciación.

Heráldica: 36, 92, 140; v. bandera. Hermenéutico: 317, 323, 336; v. recepción, conocimiento, figura, metáfora, filosofía.

Heteromorfismo: v. desglose no correspondiente.

Heteronomía: 218, 224; v. autonomía.

Hipálage: 332; v. metataxis.

Hipérbaton: 332; v. metataxis.

Hipérbole: 331, 333; v. lítote.

Hipercorrectismo: 265, 268; v. inseguridad, norma, compensación.

Hiperonimia: 159, 308, 337; v. hiponimia, implícito, presupuesto, léxico.

Hiponimia: 159, 308, 337; v. hiperonimia, implícito, presupuesto, léxico.

Hipótesis Sapir-Whorf: 191; v. arbitrario, relativismo, lengua.

Historia 1; v. relato.

Historia 2: v. diacronía, variación en el tiempo.

Holismo: v. monismo.

Homogeneidad: v. isotopía, redundancia, texto, enunciado, discurso.

Homonimia: 71, 231-233;

- infinita: 232;
- intercódica, intracódica: 233; v. sinonimia, variación.

Homotecia: 361, 362; v. transformación geométrica.

I

Iconicidad: 185, 187, 193; escala de -; v. escala; indicación de -: 375; v. icono, icónico, imagen.

Icónico, icónica; signo -: 345, 346, 349-358 (v. signo, imagen); función - de la escritura: 216, 218 (v. escritura); retórica -: 384-392; v. icono, significante -, selección -.

Icono: 60, 113, 186, 187-188, 193, 194, 204, 205, 217, 218, 220, 221, 235, 308, 309, 345-392; - visual: 113, 119, 123, 150, 159, 187, 220, 344, 345-392; - no visual: 346, 347; - auditivo, sonoro: 194, 195, 345, 346; - táctil: 346; - olfativo: 346; grafía de la palabra icono: 187, 280; v. icónico, iconicidad, imagen, motivación, significante icónico, tipo, subtipo, determinante, estabilización, conformidad, reconocimiento, iconosintaxis, ilusión referencial.

Iconosintaxis: 151, 218; v. sintaxis, toposintaxis, icono.

Idealismo: 104, 193; v. empirismo. Identidad: 134; v. diferencialidad. Identificación: 350, 356, 370- 374, 377, 379, 387; tipo de -: 356; v. icono, redundancia, transformación, reconocimiento.

Ideografía: 213, 214, 215, 218; v. escritura.

Ideología: 70, 147, 177, 234, 236, 241, 253, 266, 337, 367; v. filosofía, sociología, sociedad.

llegitimidad: 263, 265, 268, 284, v. instancia, variedad, actitud 1, legitimidad.

Ilocutorio, ilocucionario: 294-295, 335; v. locutorio, perlocutorio.

Ilusión óptica: 192; v. motivación, realidad, icono.

Ilusión; - referencial: 193, 291, 368 (v. referente, icono, realismo 2); - enunciativa: 313 (v. enunciación, sujeto).

Imagen: 36, 219, 376-385 (v. icono visual); - fija: 219, 376-385; - en movimiento real: 358; única: 378; - en secuencia: 376, 378-380; v. movimiento, enunciado, icono, plástico, semiótica visual, multimedia.

Imágenes: v. semiótica visual, icono visual.

Imperativa; función -: v. conativa.
Imperativo: 62, 71, 294; v. verbo.
Impertinencia: v. divergencia, error, alotopía, pertinencia.

Implantación: 284, 285; v. expansión semiótica.

Implicación: 164, 165, 175, 24; metonímica: 378 (v. metonimia, implícito); v. implícito, presupuesto, cuadrado semiótico, aserción.

Implícito: 296, 298, 299, 300-309, 377; v. cooperación, pragmático, sentido expreso, explícito, subentendido, presupuesto, tropo, figura,

Importación: 283, 284; v. expansión semiótica.

In absentia: 145, 389, 390; v. grado concebido y percibido.

In præsentia: 142, 389, 390; v. grados concebido y percibido, sintagma.

Incertidumbre: 80; v. información. Inclusión: 232, 337; v. sinécdoque, intersección.

Incompatibilidad enciclopédica: 317; v. divergencia, alotopía.

Index, indexical: 200, 201, 202, 204, 217, 220, 221, 223, 376, 382, 383; - verbal: 201; función indexical de la escritura:

217, 218, 219, 223, 224, 225 (v. escritura);v. conmutador, conector, inyección.Indicación de iconicidad: v.

Indicado: 186, 194; v. indicio. Indicante: 194; v. indicio.

iconicidad.

Indicio: 183, 186- 187, 190, 194, 201, 205, 346, 347, 380-382 (sentido particular: 91); función indexical de la escritura: 216, 217 (v. escritura); v. indicante, indicado, inyección.

Indiferenciación: 361; v. transformación analítica, diferenciación 3.
Individualidad: 238, 340, 367; v. inestabilidad, universalidad.

Inestabilidad: 276, 340-342; v. estabilidad, instantaneidad, individualidad, reestructuración.

Inferencia: v. implícito, interpretación, implicación.

Infinitivo: 71; v. verbo.

Información: 45, 50, 54, 55-58, 79, 80-86, 210, 296- 298; teoría de la -: 79; - nula: 79, 364; v. incertidumbre.

Informática: v. ordenador.

Inseguridad; - semiótica: 266, 267; - lingüística: 266; v. norma, seguridad, autodepreciación, hipercorrectismo, compensación, mutismo semiótico.

Insignia: v. vestido, uniforme.

Instancia; - de legitimación: v. legitimidad; -productora: v. enunciación, emisora, emisor; - receptora: v. enunciación recepción, receptor.

Instantaneidad: 340, 341; v. inestabilidad, permanencia.

Institución, institucionalización: 106, 107, 212, 220, 221, 252, 253, 260, 278, 287, 288, 326; v. estándar, sociedad.

Integración 1: 352, 354; v. estabilización.

Integración 2: 361; v. transformación analítica.

Inteligencia artificial: 161; v. ordenador. Intención, intencionalidad: 54-79, 91, 92, 182, 317; v. comunicación intencional, emisión voluntaria, participante, pragmática.

Interacción: 55, 72, 82, 167, 192, 240, 241, 257, 258, 259, 262, 289, 295- 297, 327 (v. usuario, relación); - de entidades, de cualidades (v. entidad, cualidad): 108, 109, 336, 366; - sintáctico: 223; - semántica: 222, 223, 389 (v. discurso pluricódigo).

Interaccionismo: 104-105, 192.

Intercambio: 63, 64; - semiótico: 295-297; v. comunicación, acción, participante, emisión, recepción, enunciado, enunciación, pragmática.

Intercódigo, intercódico: v. código, discurso pluricódigo, homonimia, sinonimia, dicodia.

Interferencia: 255, 277-281; v. contacto, interacción, superestrato, substrato, adstrato.

Interpenetración: 390; v. figura icónica, palabra-valija.

Interpersonal: v. comunicación -. Interpretación: <u>64, 65, 76,</u> 291-293, 299, 300, 306, 324, 325, 333; v. recepción, interpretante.

Interpretante: 65, 241, 290-293, 295, 298, 299, 322; v. hábito, pragmática, interpretación, intérprete.

Intérprete: 241, 290, 299; v. interpretante.

Interrogación: 71, 294, 302, 304, 306, 308; v. acto interrogativo, presupuesto, tropo.

Intersección: 232, 334-, 387, 388; v. metáfora, inclusión.

Intracódigo, intracódigo: v. código, homonimia, sinonimia.

Intriga: v. relato.

Invariante: 380.

Inventio: 310; v. retórica, argumento.

Inversión 1: 332; - de contenido: v. contenido, transformación; v. permutación, operación retórica.

Inversión 2: 361; v. transformación óptica. Invección: 376;

- por indicio: 376, 380-382;
- por índex: 376, 382;
- por enciclopedia: 376, 377- 380;
- por pluricodia: 376, 383; v. movimiento. Ironía: 72, 125, 223, 305; 306, 312, 332; v. subentendido, doble enunciación, implícito, mentira, antífrasis, metalogismo, contradicción.

Irradiación: 266, 267; v. expansión semiótica.

Isomorfismo: v. desglose, correspondiente.

Isotopía: 150, 216, 293, 298, 318, 319, 324, 328, 370, 372, 385, 385, 386, 387, 389, 391; - proyectada: 391; v. alotopía, sintagma, redundancia, expectativa, figura.

Jeroglífico: 214, 224; v. escritura. Judicial: v. discurso -. Juego: 66, 73, 168, 294, 323; - de palabras: 66 - (v. metaplasma); - de ajedrez: 131, 132, 134, 135, 239; v. pictionary. Juicio: v. actitud 1, representación, émic, retórica. L Lapsus: 79; v. figura, psicoanálisis. Lectura: 341, 343, 365, 379, 383, 384; v. recepción, escritura, interpretación, interpretante. Legitimidad: 222, 245, 259, 262-263, 264-265, 266, 270, 280, 281, 283, 284; v. instancia, variedad, variación en la sociedad, status social, norma, actitud 1, ilegitimidad. Lejana: v. comunicación -, distancia. Lengua 1: 24, 31-32, 35, 35, 36, 58, <u>60, 64, 65, 79, 109,</u> 116, 119, 121-123, 135-137, 142-144, 150-152, 189, 190, 191, 195, 210, 212, 213, 229, 243, 244, 245, 247, 251-254, 259, 260, 263, 270-273, 278, 281, 285-288, 301, 325, 359, 360, 372-374, 377, 392; niveles de -: v. nivel; - llamada de signos: 32, 35, 56, 91, 210, 240 (v. gesto); v. lingüística, paralingüística, lenguaje verbal, escrito, diglosia, bilingüismo, semiótica, literatura. Lengua 2: 90, 127; v. habla. Lenguaje: 19, 64-65, 373; - silbido: 32, 93; - verbal, escrito: 82 (v. escritura); - verbal: v. lengua 1; v. traducción automática, lingüística, semiótica.

Lexema: 153, 158; v. monema.

Léxico: 121, 122, 132, 272, 278, 282, 303; v. terminología, hiponimia, hiperonimia, sinonimia, homonimia, unidad, diccionario (y de diccionario).

Ley del mínimo esfuerzo: 274; v. economía semiótica.

Libro: 55.

Limitación: 207-209, 211, 240; v. canal, estilo, enunciación.

Línea: v. forma; - limpia: 364, 367 (v. tira cómica).

Linealidad: 41, 58, 124, 150, 176, 210, 372; v. sintaxis lineal, sucesividad, tabularidad, tabular, cronosintaxis.

Lingüística: 36-42, 59, 60, 91, 102, 111, 121-123, 127, 128, 143-144, 224, 239, 240, 248, 252, 268, 269, 300-301, 305, 315, 321, 344, 353, 372, 377, 378, 387-388; - general: 24-25; v. lengua 1, paralingüística, semiótica.

Literatura: 170-171, 238, 245, 252, 309, 315; v. poética, arte, poesía, relato, cuento de hadas, novela policíaca.

Lítote: 331; v. hipérbole.

Locutor: v. usuario.

Locutorio, locucionario: 293, 294; v. perlocutorio, ilocutorio.

Lógica: 34, 35, 38, 40, 73, 105, 112, 163-167, 265, 312-313, 315, 380; v. suma -, producto -; v. clase, genero, especie, intersección, exclusión recíproca, inclusión, disyunción, contrario, contradictorio, subcontrario, implicación, inferencia, presupuesto, analítica, sintética, argumentación, filosofía, cuadrado semiótico.

Logografía: 213, 214, 215, 218; v. escritura.

Ludismo: v. juego.

Lugar común: v. tópico, retórica, inventio.

Luminosidad: 193, 346, 348-349, 354, 364; v. color.

Luz: 115, 349, 364; v. plástico, color, brillo, onda, canal visual, semiótica visual, visión.

M

Magia: 294; v. rito, religión.

Manifestación: 123, 124, 143-144,

347-348; v. estructura de superficie.

Máquina: 32-33, 54, 59, 62, 120,

366; v. cibernética, ordenador.

Marcha: 66-68, 143, 254.

Marina: v. semáforo, bandera.

Masivo: 136-137; v. contable.

Matemáticas: v. álgebra.

Materia: 59, 114, 115-117; v. sustancia, continuum.

Matriz trópica de base: 333; v. tropo, sinécdoque.

Máxima; - conversacional: 295, 298; - de cantidad: 296; - de calidad: 296, 297 - de relación: 296; - de modalidad: 296, 297; v. cooperación.

Mediación: 135, 167-170, 171, 291, 309, 316, 319-320, 323, 327, 366; - discursiva: 169, 170 (v. discurso); - simbólica: 169 (v. símbolo); retórica: 170 (v. retórica, figura); - referencial: 169 (v. referente); -

arquetípica: 169 (v. arquetipo);

- narrativa: 170, 171-172 (v. relato); - argumentativa: 169, 170 (v. argumentación); v. reorganización de la enciclopedia.

Medicina: 256; v. Semiología médica, sintomatología.

Medios de comunicación: 246, 252; v. diario, cine, televisión, publicidad.

Memoria 1: 106, 198.

Memoria 2: 311; v. retórica.

Mensaje: <u>53-54</u>, <u>58-60</u>, <u>61</u>, <u>65-72</u>,

74, 80-83, 116-117, 125; v. poética.

Mentira: 297, 298, 305; v. máxima, ironía, simulación.

Metáfora: 323-324, 331, 334, 334-338, 344, 379-380, 387-389; v. tropo, sinécdoque.

Metalenguaje: <u>64-66</u>, 359; - universal: <u>64, 65</u>; v. metalingüística (función -).

Metalingüística; función -: 64-66, 71:

v. función metasemiótica, metalenguaje.

Metalogismo: 330, 330-333; v. figura,
referencia, lógica, eufemismo, alegoría,
parábola, ironía.

Metaplasmo: 330, 333; v. figura, morfología.

Metasemema: 330, 330-333; v. figura, tropo, metáfora, metonimia, sinécdoque, antífrasis.

Metasemiótica; función -: 64-66, 69.

71, 72-73; - homosemiótica,
heterosemiótica: 65-66; v. metalingüística
(función -), metalenguaje, metateoría.

Metataxis: 330, 330-333; v. figura, sintaxis, epanórtosis, polisíndeton, hipálage, hipérbaton, tmesis, palíndromo, quiasmo, anáfora, antimetábole.

Metateoría: 22; v. metasemiótica (función -).

Metonimia: 334, 336, 388-389; v. tropo, sinécdoque, implicación metonímica.

Mimo: 205, 301; v. gesto, signo contiguo, implícito.

Mito: 221; v. relato mítico.

Mitología: 319-320, 321; v. relato mítico.

Moda (de indumentaria): 95; v. vestido, evolución.

Modalidad; v. máxima de -.

Modelo 1: 56, 97, 98-99, 100, 104, 110, 120, 126-128, 137, 138, 141, 186, 188-189, 192, 206, 221, 229, 251, 347.

Modelo 2: v. estándar.

Modelo; - actancial: 176-179; v. actante, actor, objeto, sujeto (y anti-sujeto), destinador, destinatario, opositor, adyuvante, eje, narración.

Modo –, modo ": v. descomposición. Momentaneidad: v. instantaneidad. Monema: 153, 275, 324-325, 373; v.

morfema, lexema, unidad. Monismo: 138; v. dualismo.

morfosintaxis, unidad.

Morfema: 152, 153, 154, 213-214, 225, 373, 392; v. monema, unidad.

Morfología: 82, 121, 122, 130, 215-216, 230, 277, 329-330, 331; v.

Morfológica; función -, morfosintáctica de la escritura: 215, 216, 217-218, 224-225; v. escritura.

Morfosintaxis: 215-216; morfología, morfológica, sintaxis.

Morse: 32, 37, 39, 68, 92, 123-125, 131, 136, 139, 150-151, 208, 211, 274; v. escritura, transcodificación.

Motivación, motivado: 183, 184-185, 188, 189-200, 345, 350, 368-370; - por contigüidad: 185, 186 (v. contigüidad); - por semejanza: 185, 186, 187 (v. semejanza, ilusión referencial); escala de -: 192, 193; - total: 193; v. arbitrario, icono, tipo, transformación.

Movimiento: 66, 368, 376-378; v. inyección, imagen, cine.

Muebles: 35, 94, 259-260; v. espacio, proxémica, diseño, arquitectura, arte.

Multimedia: 220; v. ordenador, discurso pluricódigo.

Multiplicación: 342-343; v. restricción, reestructuración, discurso retórico.

Mundo: v. realidad.

Música: 58, 64, 65, 73, 74, 131, 150, 171, 210, 220, 292; v. arte, ópera, sonido.

Mutismo semiótico: 267; v. inseguridad.

N

Narración: 36, 60, 169-178, 371, 379, 383-384; v. relato, discurso (narrativo), curso generativo, estructura, semionarrativa, signo narrativo, mediación narrativa, modelo actancial, preordenación, dispositio, sentido (organización global del -).

Narratividad: 171, 173; v. relato, discurso.

Narratología: 177, 178; v. relato, discurso.

Nasalización: 121.

Naturaleza: 47-49, 75, 76, 89; v. cultura, decisión semiótica.

Negación: 164-165, 175, 302, 304, 306-307, 308-309, 332, 360; v. aserción, transformación, contradictorio, sintaxís fundamental, contradicción; presupuesto, tropo.

Negociación: 59, 316; v. retórica, pragmática, cooperación, código.

Neorretórica: 314-317; v. retórica (de las figuras, de la argumentación).

Nivel; - de lengua: 239-240; - portador: 328, 329, 385, 386, 387, 389; - revelador: 328, 329, 387, 389, 391; - formador: 328, 328, 387, 389; v. figura, operación, operando.

No contradicción: v. contradicción, restricción, lógica, discurso científico.

No falsable: 342; v. falsabilidad, discurso retórico.

Nominalismo: 190.

Norma 1: 325, 326, 327; v. divergencia.

Norma 2: 40, 120, 237, 251, 264-267, 287, 288;

- objetiva: 264, 266;

- evaluativa: 264, 266, 267-268, 288; v. seguridad, inseguridad,

hipercorrectismo, estándar, uso.

Notificación: v. icono, efecto notificativo.

Novela policial: 171, 178; v. relato, literatura.

Nudo: 94, 153; v. geografia, urbanismo.

O

Objeto 1: 33, 291-293, 333, 347, 351, 356, 366, 369, 374, 375, 381, 382; v. realidad, referente, stimulus.

Objeto 2; - gráfico: 223-226; v. escritura, función.

Objeto 3: 176, 177, 178, 178; v. sujeto, semántica narrativa, eje (del deseo, de la transmisión).

Ocurrencia: 126, 127, 128; v. tipo 2.

Oído: 58; v. canal auditivo, icono auditivo, percepción, transformación auditiva.

Olfato: v. canal olfativo.

Olor, olfato: v. canal olfativo, icono olfativo, percepción.

Ondas: - sonoras: 58 (v. sonido); - luminosas: 58 (v. luz); v. materia, sustancia, percepción.

Onomasiología: 38; v. palabra, semasiología, semántica, léxico.

Onomatopeya: 195, 346; v. motivación, sonido.

Ópera: 60, 171; v. arte, teatro, música, discurso pluricódigo.

Operación retórica: 330, 331, 332; v. adjunción-, supresión, supresión-adjunción, permutación, operando, figura, nivel.

Operando retórico: 329, 330, 332; v. operación retórica, figura, nivel.

Opinión: v. actitud 1, representación, émic.

Oposición: 29, 49, 99, 105, 115, 131-138, 140, 141, 163-174, 177, 178, 183, 237, 250, 314-317, 335, 339; - constituti-

va: 135, 136; - regulativa: 135; v. conjunción 1, disyunción 1, distinción, discretización, cuadrado semiótico, mediación, variación pertinente, argumentación, enciclopedia, diferenciación, estructura.

Opositor: 177, 178; v. adyuvante, anti-sujeto, modelo actancial, eje del poder, narración.

Óptica: v. transformación -, fotografía. Oralidad: v. lenguaje oral, escritura.

Orden 1: 80, 81, 276, 326; v. desorden, redundancia.

Orden 2: v. imperativo, conativo, acto directivo.

Orden 3: 195; v. linealidad, sintagma, palíndromo.

Ordenador: 46, 57, 120, 156, 161, 220, 260, 277, 282; v. traducción asistida por ordenador, inteligencia artificial, multimedia, cibernética.

Orientación: 348; v. formema.

Orígenes del sentido: v. génesis.

Ortografía: 190; v. escritura.

P

Pabellón: v. bandera.

Palabra: 121, 122, 128, 151-153, 272, 293, 329-330, 344; palabra-valija: 389, 392 (v. interpenetración); v. léxico, morfología, terminología, unidad.

Palíndromo: 332; v. metataxis, permutación.

Panel; - direccional, de carretera: 47, 71, 151-152, 157, 197, 249, 274, 3293; v. Código de Tránsito.

Parábola: 332; v. metalogismo.

Paradigma: 132, 142, 144-151, 233, 353, 354-357, 387; v. conmutación, sintagma, clase, costo, economía, componente semántico.

Paralelismo: 240.

Paralingüística: 199; v. lingüística, gesto, cinésica.

Parámetro: 364. v. color.

Participante; - de la comunicación, del intercambio: 47, 55, 59, 61, 63, 64, 66-68, 72, 73, 75, 78-79, 95, 96, 104, 122, 126, 201, 203, 236, 240, 258, 259, 275-276, 290, 291, 294-303, 304, 307, 349, 327; implicación del -: 301, 302, 304, 307; v. emisor, destinatario, receptor, usuario, sujeto semiótico, pragmático, conciencia, cooperación (principio de -), retórica, solidaridad, poder, interacción, comunicación interpersonal.

Particularización: v. sinécdoque.

Percepción: 38, 57, 104-109, 197, 292, 353, 354, 371; - visual: v. visión; v. canal, oído, vista, olfato, gusto, sinestesia, cualidad, entidad, interacción, cognición, corporeidad.

Percibido; grado -: v. grado.

Performativo: 294, 295; verbo -: 294 (v. verbo); v. constatativo, ilocutorio.

Perfume: 95, 123, 185, 209; v. canal olfativo.

Perífrasis: 71, 332; v. definición, interpretante.

Perlocutorio, perlocucionario: 293, 295; v. locutorio, ilocutorio, acción.

Permanencia: 340-342; v. estabilidad, instantaneidad.

Permutación: 331, 332, 333, 391, 392; v. operación retórica, inversión.

Peroración: v. dispositio.

Persona: v. verbo, enunciación.

Personaje: v. narración, actor.

Perspectiva 1: 191, 243; v. icono, tridimensionalidad, arte.

Perspectiva 2; - émic, étic, sincrónico, diácrónico: v. émic, étic, sincronía, diacronía.

Persuasión: v. retórica.

Pertinencia: 121, 274, 296-298; tendencia a la -: 297, 318, 319, 354, 355; v. economía semiótica.

Pi (-): v. descomposición.

Pictionary: 68, 75, 114; v. juego.

Pictograma: 45.

Pintura: 64, 142, 210, 220, 243, 347, 365, 374, 375, 380, 382, 383, 384, 390, 391; v. marco, dibujo, arte.

Plano 1 (en sentido geométrico): 187, 243; - de ciudad, del metro, de arquitecto, etc.: 33, 64, 193, 242, 362, 362, 367; v. perspectiva, espacio, cartografía.

Plano 2; - del contenido, de la expresión: v. contenido, expresión, significado, significante, unidad, desglose.

Plástico: 220, 240, 346-349, 364; v. icónica, forma, color, textura, significante -, retórica -.

Pluricódigo, pluricodia: v. discurso pluricódigo, inyección.

Poder: 258, 266, 295, 296, 298; v. solidaridad, relación, interacción, sociedad, participante, eje.

Poesía: <u>66-67, 73, 113,</u> 170, 233,

240; v. arte, prosa, rima, literatura.

Poética: 313, 315; función -: 66, 67, 73; v. retórica, literatura, mensaje, desfamiliarización.

Polemología: 297; v. sociología.

Polifonía: 317; v. pragmática, retórica, implícito, figura.

Polisemia: 225, 240; v. homonimia, biunivocidad.

Polisíndeton: 331; v. metataxis.

Política: 249, 250, 253, 255; v. economía, sociedad, institución, demografía, retórica, poder.

Polo: 94, 153; v. geografía, urbanismo.

Portador; nivel -: v. nivel.

Posición: 348, 353; v. formema.

Práctico: v. comunicación, pragmática.

Pragmática: 25, 59, 60, 72, 77, 79, 96, 121, 122, 123, 125, 137, 230, 236, 237, 241, 262, 263, 279, 282, 289, 290, 291-298, 300, 307, 312, 314, 315, 339, 347, 367, 373-375, 379, 383; v. retórica, semántica, cooperación, ejecución, acto, ilocutorio, variación.

Precio: v. economía semiótica.

Pregunta: 71, 79; v. interrogación.

Prensa: v. diario.

Preordenación: 370, 371; v. determinación, narración, relato.

Préstamo: 279; v. interferencia.

Prestigio: 243, 245, 253, 257, 273; - económico: 257 (v. economía); - simbó-

lico: 257; v. centro motor, variación en la sociedad, estatus social, legitimidad.

Presupuesto: 232, 301-303, 306-309; producción de -: 303; comportamiento del -: 302-303; - de existencia, existencial: 338, 339; presupuesto ontológico: 103; v. implícito, subentendido, tropo, sentido expreso, actualización, negación, interrogación.

Previsibilidad: 342; v. ciencia.

Principio; - de diferenciación, de cooperación: v. diferenciación, cooperación.

Proceso: 128; v. frecuencia, enunciación.

Producción: 347-348, 366; v. enunciación, ejecución, - del presupuesto, del subentendido, del sentido retórico, de la figura.

Producto lógico: 159; v. lógica.

Profundidad de campo: v. campo de nitidez.

Pronombre: 203.

Propiedad: v. cualidad.

Proposición; - analítica, sintética: 112, 113; v. dispositio, lógica.

Prosa: 66; v. poesía.

Prototipo, prototipia: 106, 113, 146-147, 160, 309, 354, 356; v. tipo, clase.

Proxémica: 93, 94, 220; v. cinésica, actitud 2, espacio.

Proyección 1: 361, 362; v. transformación geométrica, cartografía, plano 1.

Proyección 2: 320; v. isotopía proyectada, tropo proyectado.

Psicoanálisis: 79, 170, 297; v. psicología, condensación, desplazamiento 2.

Psicología: 34, 40, 100 (v. psicoanálisis); - social: 40 (v. sociedad, sociología);

de la percepción: 40 (v. percepción, cognición);
 comportamental: 100.

Publicidad: <u>60</u>, <u>62</u>, <u>66</u>, <u>73</u>, 106, 170, 198, 220, 297, 313, 321, 322, 324, 371, 379, 380, 388, 389; v. arte, medios de comunicación.

Punto; - de vista: v. transformación cinética; - saliente: 94 (v. geografía, urbanismo).

Puntuación: 216, 305; v. escritura.

Q

Quiasmo: 332; v. metataxis.

R

Radiación luminosa: v. luz.

Radio de acción: v. distancia, canal.

Rasgo: 124, 154 (v. manifestación, articulación);

- semántico: 158, 366, 376, 377, 387 (v. sema, semántica, análisis);

- estilístico: 238, 239, 240 (v. estilo);

- distintivo: 154, 155 (v. unidad distintiva).

Realidad: <u>55-57.</u> 186-194, 289, 290, 346; v. referente, ilusión referencial.

Realismo 1: 189-192; v. motivación, idealismo, materialismo.

Realismo 2: 192-193, 290, 323; v. referente, ilusión referencial.

Realización del signo: 197; v. emisión, producción, enunciación, estilo, pragmático. Ejemplo: 312; v. discurso deliberativo.

Recategorización: v. categoría, experiencia (recategorización de la -).

Recepción: 69, 70, 77, 78, 79, 240, 241, 317, 354, 358, 366; - subliminal: 79; v. receptor, cooperación, interpretante, interpretación, enunciación, percepción, acción.

Receptor: 55, 56, 62, 63, 65, 72-79, 94, 237-241, 275, 295, 321; v. aparato -, recepción, emisor, destinatario, participante.

Reconocimiento: 350, 356, 360 (v. icono, significante icónico, tipo); - social: v. legitimidad.

Redundancia: 81-84, 149-150, 198, 211, 212, 222, 223, 233, 240, 273, 274, 298, 318, 319, 320, 356-358, 370-372, 383, 387; - intracódica, intercódica: 83, 222 (v. discurso pluricódigo); v. retórica, ruido, información, orden 1, isotopía, expectativa, transformación.

Reestructuración: - retórica: 341-344 (v. figura, retórica); - científica: 160, 170, 340-344 (v. ciencia); v. estructura, experiencia (recategorización de 1a -), divergencia, reevaluación, enciclopedia, estabilidad, inestabilidad, restricción, falsabilidad, verificabilidad.

Reevaluación: 321, 325-327; v. divergencia, enciclopedia (reestructuración de la -), expansión semiótica.

Referencia: v. referente, ilusión referencial, co-referencia.

Referencial; función referencial: 63, 69-73; descomposición referencial: v. descomposición –; ilusión referencial; v. ilusión; v. referente, contexto referencial, mediación referencial.

Referente: 53, 54, 56-57, 59, 60, 61, 63, 64, 69, 73, 101, 102, 103, 116, 117, 126, 159, 181-185, 192-196, 198-201, 202, 203, 205, 223, 231, 232, 234, 336, 337, 349-355, 356-360, 366, 367, 368, 369, 370, 374, 375, 376, 377, 378, 384; v. referencial, objeto 1, stimulus, transformación, estabilización, conformidad.

Reflejo: 87.

Reflexión: v. óptica.

Refracción: v. óptica.

Refutación: v. dispositio.

Registro: 239, 260; v. lengua, estilo, variación.

Regla; - sintagmática: 143, 144 (v. sintagma); - paradigmática: v. paradigma; - de devolución: v. devolución.

Regresión 1: v. reestructuración.

Regresión 2: 246; v. variación en el tiempo.

Relación asociativa: v. paradigma.

Relación: 131-133, 338, 339 (v. oposición); - cercana, - distante, poder, de solidaridad: 259 (v. interacción); - en el signo icónico: 349-356; - transitiva, intransitiva, simétrica: v. transitividad, intransitividad, simetría; - paradigmática (o asociativa), sintagmática: v. paradigma, sintagma; v. máxima de -, sintaxis.

Relativismo: 190, 191, 193, 194; v. arbitrario, hipótesis Sapir-Whorf, universalidad.

Relato: 36, 60, 170-179, 220, 371, 379, 383; (v. discurso); - mítico: v. mito; v. narración, narratividad, narratología,

"[...] Ante todo digamos que este manual ha asumido un propósito. Su ambición es dirigirse, en un lenguaje claro, a quienes no tienen todavía ningún conocimiento en semiótica. Su autor ha postulado también que esos lectores y lectoras no tenían ningún conocimiento particular ni en lingüística ni en filosofía y que no habían sido iniciados en esa nebulosa de disciplinas que se llaman ciencias de la comunicación. [...]

"He escrito, pues, para el principiante (y él es el único que podrá decir si alcancé o no los objetivos que defino). Es decir: para lo que se llama 'el hombre honesto' (locución sospechosa en varios órdenes, siendo el primero de ellos que no se le conozca femenino). Más precisamente aun, para: el estudiante o la estudiante salidos de la educación media; el espíritu despierto y curioso que desee reflexionar sobre la manera en que se ha constituido la imagen que tiene del universo; el artista, el periodista o publicista que desee reflexionar sobre sus prácticas; el ciudadano que intenta mirar con otros ojos, distintos de los de la costumbre, el mundo que le han fabricado. Porque, entre todos los representantes de las categorías que acabo de enumerar sin ánimo de ser exhaustivo, es a aquellos que se preocupan por lanzar una mirada nueva sobre las prácticas más banales y más cotidianas a quienes me dirijo.

"Es un libro, pues, para principiantes".

